

Silvia Quezada
Coordinadora

RAÍCES

Guadalajara como espacio narrativo



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

RAÍCES.
GUADALAJARA COMO
ESPACIO NARRATIVO

Silvia Quezada
Coordinadora

Universidad de Guadalajara
2023

Esta publicación fue dictaminada favorablemente mediante el método doble ciego por pares académicos y financiada por el Programa de Incorporación y Permanencia (PROINPEP, 2023).

M863.5

RAI

Raíces. Guadalajara como espacio narrativo / Silvia Quezada, coordinadora.

Primera edición, 2023.

Guadalajara, Jalisco: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Unidad de Apoyo Editorial, 2023.

ISBN 978-607-581-139-0

1.- Literatura mexicana - Siglo XXI. 2.- Cuentos cortos - Siglo XXI - Guadalajara (México).
3.- Patrimonio cultural - Guadalajara (México). 4.- Guadalajara (México) - Historia. 5.- Guadalajara (México) - Arquitectura.

I.- Quezada, Silvia, coordinadora. II.- Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades.

Primera edición, 2023.

D. R. © 2023 Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Unidad de Apoyo Editorial
Av. José Parres Arias 150, San José del Bajío,
C. P. 45132. Zapopan, Jalisco.

ISBN 978-607-581-139-0

Editado y hecho en México / *Edited and made in Mexico*

ÍNDICE

GUADALAJARA EN LA NARRATIVA ACTUAL. UNA MUESTRA REPRESENTATIVA <i>Silvia Quezada</i>	11
PARAMNESIA Escuela de Música <i>Adán Madrigal</i>	23
OCULTO EN EL TIEMPO Instituto Cultural Cabañas <i>Carla González Arellano</i>	33
OSCURIDAD ROJA Panteón de Belén <i>Dacara</i>	43
LLENA ERES DE GRACIA Templo Expiatorio <i>Fa Padilla</i>	51
DESAPARECIDOS Calzada del Ejército <i>Fernanda De la Mora</i>	57

LÍBRANOS DEL MAL	
Los dos templos	
<i>Fernanda Ruiz</i>	65
LABERINTO DE ESPEJOS	
El Museo de Cera	
<i>Georgette Yañez</i>	73
ELLAS Y ELLOS	
Glorieta de las y los Desaparecidos	
<i>Helena de la Peña Llamas</i>	81
SUEÑO	
Teatro Degollado	
<i>Iago Ferrer</i>	85
EL DISFRAZ	
Tianguis Cultural	
<i>Sara Pendragon</i>	91
BAJO LA LLUVIA	
Café Madoka	
<i>Luis Antonio Pulido</i>	99
LA SOMBRA	
Museo López Portillo	
<i>Marisela Valdez</i>	107
LA BANCA DEL PARQUE ROJO	
Parque Revolución	
<i>Mel Ramírez</i>	115
RAÍCES	
Mercado de las Flores	
<i>Miguel Ponce</i>	123

AUSENCIA EN ESPERA
Puente Matute Remus
Slofa

133

SUEÑO REMOTO
Ex claustro de Santa María de Gracia
Thaily Ailed Sánchez

143

ACERCA DE LOS AUTORES

151

GUADALAJARA EN LA NARRATIVA ACTUAL. UNA MUESTRA REPRESENTATIVA

Silvia Quezada

Toda ciudad tiene su cielo de concreto

Jesús Cruz Flores

Las ciudades cobran una especial importancia en la novela, son los espacios de convergencia de los personajes, los escenarios sutiles donde se desarrollan las acciones, los paisajes de un tiempo definido y una época precisa. Guadalajara, como espacio narrativo, es un hecho en muchas obras contemporáneas, las cuales nos permiten disfrutar de la vista imaginaria de grandes construcciones, lugares abiertos, sitios cerrados de carácter público, colonias en la periferia, incluso de mercados y hospitales. Recrear Guadalajara es un oficio de quienes la aman.

A partir del siglo XIX, la fotografía y la novela pintan —una con imágenes y otra con palabras— la vida cotidiana con pasajes de un tiempo caduco, caracteres humanos y lugares específicos. Si los libros de historia y geografía se perdieran, bien podríamos recordar tiempos y espacios merced a las narraciones literarias. Una muestra la ofrece la novela *Clemencia*, de Ignacio Manuel Altamirano, en cuyas páginas podemos acercarnos a la segunda Intervención francesa en México y a la vida particular de Guadalajara en el último tercio de dicha centuria.

Recordemos de modo somero la historia novelada, junto con otras dos de reconocido espacio. *Clemencia* representa a una muchacha romántica, enamorada de las apariencias. En su vida hay dos hombres aspirando a ser correspondidos, si bien con diversas intenciones: Fernando Valle, un militar honesto y desinteresado, y Enrique Flores, el apuesto galán de la historia, cobarde y acomodaticio. El drama entre la elección de alguno de ellos termina en tragedia, por lo tanto, los hechos ficticios conmueven y mueven a la reflexión.

Esta novela romántica, de estilo realista, de corte histórico, guarda una particularidad interesante: su trama se desarrolla en la ciudad de Guadalajara. En el

capítulo sexto el núcleo urbano se narra de lejos. El narrador describe con tintes majestuosos la geografía del lugar, basada en la comparación:

Guadalajara está separada del centro de la República por una faja de desierto que comienza en Lagos, y que, con la única interrupción de Tepatlán, pequeño oasis famoso por la belleza de las huríes que le habitan, concluye a las puertas de la gran ciudad; de modo que esta se muestra, al viajero que la divisa a lo lejos, más orgullosa en su soledad, semejante a una mujer que, dotada de una hermosura regia, se separa del grupo que forman bellezas vulgares, para ostentarse con toda la majestad de sus soberbios encantos (Altamirano, 2010: 14-15).

Al adentrarse en el argumento surgen las calles citadinas, para admirar luego sus muchas torres y cúpulas, hasta detenerse en lo benigno del clima, sin olvidar el espectáculo de la estación de aguas, tan intensas, que ciñen el valle. Guadalajara es presentada como “la hija predilecta del trueno y la tormenta”, y bajo sus nubes se ve la altiva catedral, la calle del Carmen y, en especial, una aristocrática casona de la antigua calle de San Francisco —hoy Alcalde— y otros sitios de interés actual:

Trasladémonos ahora, de noche, a una casa aristocrática... de Guadalajara, situada en la calle más lujosa y más céntrica de aquella ciudad, la calle de San Francisco. Allá, como en México, la iglesia del seráfico fraile presidía el barrio más encopetado y rico de la población. En esta calle viven las familias opulentas, las que reinan por su lujo y por su gusto (Altamirano, 2010: 51).

En *Clemencia* aparece como espacio narrativo la catedral y su atrio enrejado, algunas casas señoriales cercanas al barrio de los dos templos, como nos hemos acostumbrado a llamar a los de San Francisco y Aranzazú, se pinta con palabras la plaza de armas con sus antiguos naranjos y otras lindezas. Leer el capítulo quince de *Clemencia* es una verdadera delicia para los guadalajarólogos; es sencillo encontrarlo en internet, pruebe usted lector, lectora, y lo revisará con deleite. En ese apartado se inicia la trama de un amor lanzado a la desdicha y lleno de complicaciones, dificultades que llevarán a la muerte a uno de los protagonistas. El capítulo es una instantánea verdadera del modo de obrar de algunas jovencitas inexpertas.

Los barrios allende el centro, cercanos, pero definidos en nuevos relieves, aparecerán en novelas posteriores, como *María Luisa* de Mariano Azuela, en la

cual se recrea la Alameda, hoy parque Morelos, y sus alrededores; y en *Flor de juegos antiguos*, de Agustín Yáñez, pieza narrativa donde se anima el barrio del Santuario de Guadalupe. Mariano Azuela entrega una novela sucedida en un ambiente no tan opulento, nada menos que en las cercanías del Hospital Civil, nosocomio donde el protagonista realiza su internado, sitio donde conoce a una joven sifilítica que le inspirará la trama de su novela corta.

María Luisa es una novela cuya protagonista vive en una casa de asistencia de Guadalajara como hija de la dueña de la casa de huéspedes, a la que llega un joven estudiante de medicina para llevar a cabo sus estudios. El narrador muestra los mecanismos de las casas de abono, en las cuales es posible encontrar vivienda con servicio de alimentos y lavado de ropa por un precio accesible. La cercanía del oasis verde, llamado la Alameda, permite el paseo diurno de los jóvenes y las familias, y por la noche, los encuentros furtivos con mujeres necesitadas que convierten su cuerpo en mercancía. La calle principal de Guadalajara, la avenida San Francisco, aparece de nuevo, ahora junto al tranvía, el parque Agua Azul, la zona actual de la plaza de la Liberación y Palacio de Gobierno.

En *Flor de juegos antiguos*, Agustín Yáñez hace una evocación autoficcional de su niñez en el barrio del Santuario, muestra sus primeros años entre juegos, canciones y llamados a misa. Su amor por las calles que ha transitado desde siempre sale a flote cuando su familia le anuncia que habrán de mudarse a Mexicaltzingo, lejos de sus amigos, sobre todo de la niña María, por quien siente especial predilección:

Nos cambiamos hasta por Mexicaltzingo. Qué extraño es todo por acá: hasta los ruidos y el color de las cosas. Estoy como si en sueños alguien me hubiera llevado a un país muy distante, casi ni entiendo el modo de hablar que tienen las gentes del barrio (Yáñez, 1965: 69).

Y es que, a pesar de que ambos barrios pueden enlazarse con media hora de caminata a buen paso, de acuerdo con el cálculo del padre del niño Agustín, al pequeño le parece una población distante. El arraigo habrá de aparecer en otros muchos libros, como lo iremos descubriendo en estas páginas. Adriana Abundis, por ejemplo, asienta su historia *Manzanas verdes* en el barrio del Retiro, al norte del parque Morelos. La narración ofrece pasajes de ese entorno vegetal cuando llevaba el nombre de Alameda, del templo neogótico conocido como del padre Galván, cercano al antiguo Hospital Civil y de la estación del tren (de nuevo San Francisco), en pleno corazón de la ciudad.

En *Manzanas verdes*, publicada en junio de 2021, lectoras y lectores pueden revivir una historia de amor ocurrida cien años antes, protagonizada por una pareja de profesores combativos, quienes desde el idealismo más puro deseaban reformar el idioma español, hacerlo más mexicano, apegado a los sonidos reales de la lengua. Se adhirieron entonces al movimiento latinoamericano desde Guadalajara, en el periódico llamado *El orto-gráfico kinsenal* (1939) de Alberto M. Brambila Pelayo.

Recordemos que Brambila Pelayo fue un filólogo y escritor que estableció en Guadalajara su imprenta y en 1926, junto con Luis Páez Brotchie, inició en la urbe el Sistema Racional Orto-gráfico Ispanoamericano, cuya base central fue unificar en una sola letra los sonidos de la be y uve; la ese, ce (con sonido suave) y zeta. La labor de Brambila, cristalizada en el diccionario *Lenguaje popular en Jalisco*, lo hizo merecedor al Premio Jalisco en 1957.

Los protagonistas de *Manzanas verdes*, al igual que el personaje central de *Flor de juegos antiguos*, reflexionan sobre el habla de los tapatíos residentes en entornos distintos. Los lectores más jóvenes encontrarán en la obra de Adriana Abundis el antecedente *orto-gráfico* tapatío del capítulo 69 de la novela *Rayuela* de Julio Cortázar, quien en ese apartado recrea la historia de un militar suicida. Estas y otras curiosidades son anzuelos para leer la novela.

Sigamos con la literatura de barrio. Acerquémonos a otro espacio narrativo singular, con el comentario breve a *Memorias irreverentes: andanzas en el barrio de Mezquitán* de Raúl Ernesto Aguilar Ortiz, profesor retirado de la Universidad de Guadalajara, un libro escrito en primera persona. El trasfondo de la novela *Memorias irreverentes* es una biografía presentada como la de cualquier individuo amoroso de su ciudad, donde se explica, apenas entrando a la pieza narrativa, como el olvido y el descuido de la zona y su templo provocaron que los habitantes primarios, los llamados indios de Mezquitán, emigraran al Arroyo Hondo. Menciona que con esta acción se redujo a dos la trilogía de los barrios fundadores de Guadalajara: Mexicaltzingo y Analco, y es que Mezquitán dejó de ser pueblo de indios el 24 de junio de 1885, cuando fue declarado barrio urbano, distinguiéndose como un espacio de canteros y albañiles.

Por las memorias de Raúl Ernesto sabemos que en la esquina de Plan de San Luis y Díaz de León había una arena de lucha libre y box, la ABC, y de la festiva costumbre del martes de carnaval reservado para realizar bodas. Si las uniones se llevaban a cabo por la mañana, en casa de la novia se servía un desayuno con chocolate y pan de repostería, o bien, champurrado de maíz con vainilla y finos pastelillos. Era normal que los visitantes se llevaran como recuerdo el plato o el

jarro donde les habían servido, trastes que funcionaban como recuerdo, sobre todo porque habían sido comprados la víspera en Tlaquepaque.

El mismo día de la boda, a eso de las seis de la tarde, otra curiosidad ocurría por la calle de Tamaulipas: “en una esquina de la mencionada calle, se reunía el novio con su familia y amigos, portando una bandera roja, mientras que en el otro extremo se encontraba la novia con su ajuar blanco, también acompañada de familiares, amigos y colados —que nunca faltan— también portaba una bandera del mismo color (2018: 24); la bandera simbolizaba la consumación de la luna de miel, siempre postergada, porque la música de carnaval sonaba y los bandos de novio y novia atacaban la tela con huevos rellenos de confeti. Si se rompía el estandarte del novio, él tenía que esperar ocho días para la consumación carnal; y si ella, como novia frustrada, debía regresar a casa de sus padres el mismo número de días.

La mirada de Raúl Ernesto Aguilar Ortiz rememora a los ricos del barrio, los tendejones, los comercios y los sitios de diversión. Es así como se retrae en una reminiscencia del cine Montes, ubicado antaño cerca del actual parque del Refugio, lugar que se destruyó por un incendio, o pinta la fiesta del circo, improvisado y lleno de artilugios para los chiquitines de los años cuarenta. El libro reúne estampas de la Guadalajara como ciudad de las rosas, aunque no todo sea alegre y pintoresco. La infancia y adolescencia del protagonista lucen sus policromías, las aspiraciones del personaje, sus alegrías, tristezas y desencantos. La biografía es interesante, narrada con amenidad, tanto, que logra conmovernos al grado de desear conocer a su autor en persona.

Mientras agonizas es un libro de memorias. La autora, Martha Cerda, recoge sus vivencias familiares enfocándose en lo vivido junto al padre, don Jorge, quien falleció quince días antes de cumplir los cien años. Los recuerdos, casi todos, son felices, se traducen en los calendarios de una familia que transcurre buenos momentos. En el proceso creativo, como es natural, aparece el género de la biografía, y destaca, en particular, el recorrido por Guadalajara como espacio narrativo. Los lectores transitamos por el centro de la ciudad a partir de los años cuarenta del siglo xx, y hasta bien entrado el siglo xxi.

La catedral es nombrada con frecuencia, sus torres, calificadas como alcatrazes al revés, ven pasar a la pequeña Martha rumbo al negocio familiar, la renombrada Casa Cerda, tan visitada por los avicultores y los excursionistas que acudían a la esquina de Pedro Moreno y Degollado a realizar sus variadas compras, lugar antaño ocupado por la Botica de la Garza.

El texto es de alguna manera un álbum de familia, pero también una novela de espacio, tras la cual recorreremos sitios archirreconocidos por los tapatíos, como el negocio mencionado, o el hospital donde comienza la historia. Martha Cerda nace en el hospital de la Beata Margarita, ubicado por la calle Garibaldi, del barrio de la Capilla de Jesús. Los olores y colorido de los aguacates, las tortillas, los jitomates, que se ofrecen al grito de “¡pásale, marchantita!”, se encuentran cercanos a su advenimiento en el recién inaugurado mercado Cuarto Centenario, más conocido por los transeúntes como mercado de Jesús, por su cercanía con el templo del mismo nombre. La historia va contándose de forma lineal, desde la temprana edad de la autora, quien recorre su existencia auxiliada de una serie de fotografías que enmarcan el avance de los años.

Entre los sitios mencionados se encuentra el Colegio de las Mercedarias, la Casa Loyola, el hospital Bernadette, la plaza Tapatía, construida en sus más de setenta mil metros cuadrados y sus diversas plazas, entre ellas la de los Fundadores y el paseo hacia el Cabañas, conocido como el Paseo del Hospicio, plaza inaugurada el 5 de febrero de 1982. Como es normal, son los años setenta, los de la juventud de Martha Cerda (1945) donde ocurren mayores eventos de interés, porque su mirada se fija en los sucesos que marcaron esa década: la toma de la Casa del Estudiante de la Universidad de Guadalajara por 200 activistas y al año siguiente, un suceso de contracultura singular: el festival de Avándaro, al que acudieron doscientos mil jóvenes. Las fechas se nombran, se acumulan, van pintando de color los días. Quien las vivió tiene la oportunidad de ir siguiendo la pauta; quien no, solo observa el contenido de los hechos históricos, sin la posibilidad de profundizar en ellos. El recorrido del padre aparece también en segundo plano. No podría ser de otro modo, recuérdese que el subtítulo lleva la palabra *memorias*.

Leer a Jorge Fábregas es garantía de calidad. En cualesquiera de sus páginas campea el conocimiento escritural, los temas bien desarrollados y las historias pensadas a profundidad. *Polvo, sudor y goles* no es la excepción, se trata de una novela cuyo espacio narrativo es Guadalajara, en concreto la Unidad Deportiva López Mateos, ubicada en la avenida Colón y la calzada Lázaro Cárdenas, lugar donde se entrecruzan media docena de historias alrededor del fútbol llanero, pasión unida a una serie de expectativas que llevan al lector a seguir con interés acendrado las acciones de los personajes.

La oncenena de futbolistas llenan las páginas para realizar sus mejores jugadas en el campo, ante la mirada expectante de quien recorre las páginas, atento a los movimientos del balón, el área de meta, las decisiones del árbitro, las con-

ductas antideportivas y toda actividad frente a la red, pero, sobre todo, en seguimiento del goleador estrella, Luis Arroyo, figura central de la trama, cuyas acciones mueven de igual manera a su patrocinador y a los hinchas seguidores a pie juntillas de sus patadas decisivas. Luis, joven de 25 años, se encuentra en el momento crucial de su vida, en el límite justo para despegar o despeñarse.

Como hombre de teatro, el autor de *Polvo, sudor y goles* monta una serie de cuadros narrativos, colocando personajes diversos ante la vista del lector/espectador de su novela, están el dueño del equipo llanero y su cónyuge, el entrenador, el contador de la empresa alentadora del equipo de obreros, el jefe de personal, un aspirante a escritor y una jovencita cuyo rol será convertirse en el centro de un *ring* amoroso, en el cual tres hombres desearán su cercanía corporal, situación aprovechada por ella para sus propios fines económicos, haciendo gala de una coqueta astucia.

La trama de la novela permite los atisbos a los pensamientos del dueño del equipo, un fanático del Club Guadalajara dispuesto a todo tipo de apoyo para el rebaño sagrado, aun a costa de su felicidad familiar. La relación conyugal decrece y se hace notoria cuando la esposa, a quien también se nos permite observar en sus conversaciones más íntimas, cuestiona si su matrimonio es lo deseable, con el fútbol como baluarte central del hogar, como falso cimiento y en desventaja de tiempos. En el desarrollo de la novela hay muchas historias paralelas, entrelazadas con naturalidad en singulares apartados.

El personaje que se lleva las palmas es el de Francisco de Mérida, cuya sola presencia causa hilaridad, por la inocencia de sus argumentaciones en torno a sus aspiraciones de ser un gran escritor. El humor se instala a sus anchas cada vez que Francisco externa sus sueños y sus alcances imaginarios en el futuro. Entre los recursos literarios aparecen, a modo de *collage*, textos de la pluma de Francisco de Mérida, tan divertidos y castos como su propia integridad sexual. Una novela bien escrita, humorística, original y altamente recomendable.

Una historia más: Un joven escritor sueña con ser un famoso novelista. Los medios no importan: está dispuesto a firmar un contrato con Satán, “El Oscuro”, quien pide, a cambio de la fama otorgada al libro, sumisión y servicio. Para cerrar el trato, el diablo le regala una pluma que convertirá los deseos del escritor en acciones de fuego, solo tiene que escribirlos. El autor no muestra escrúpulos, quiere que su libro sea conocido por el mayor número de personas.

El libro se publica y se convierte con rapidez en un *bestseller*, pero aparece sin la firma de su autor. Como sabemos, un escritor fantasma es aquel que escribe un libro sin que su nombre se encuentre en la portada, muchos autores viven de

escribir libros para otros. Este es el caso del libro de Nicolás Bugarín, quien se siente engañado y perdido. Esa frustración lo lleva a involucrarse de más con la vida barrial, dejarse influenciar por la vida en su colonia, ubicada al norte de la Ciudad sin Nombre, urbe en todo semejante a Guadalajara:

La colonia y el Área Geoestadística Básica en donde vivía el escritor Fantasma era considerada como de marginación baja. Se localizaba a dos kilómetros del periférico y muy cerca se encontraba una de las principales arterias viales de la ciudad, nada más ni nada menos que la avenida Federales, la única que iba de un extremo del Periférico al otro (Torres, 2015: 88).

Los amigos y vecinos de la periferia citadina llevan una vida simple, sus diversiones mayores consisten en fiestas escandalosas, con fuertes cantidades de alcohol y música ruidosa. La trama narra acciones rápidas, violentas. El argumento retrata la vida social de aquellos que han perdido la fe en el progreso y se asientan en el facilismo de la vida, no porque lo deseen de verdad, sino por sus condiciones de carencia económica para llevar a cabo otros planes. *El escritor fantasma* de Andrés Torres es una novela de espacio y de crítica social.

En el barrio hay soledad, camiones abarrotados, basura que a nadie importa, animales callejeros, peligro en las esquinas, implantación de la ley de la selva. La inseguridad se vive día con día: decadencia, miseria, hambre y delincuencia son los cuatro jinetes del apocalipsis urbano de esa zona, aunque también puede leerse el contraste, las grandes mansiones de fachas opulentas, los edificios de lujo, las avenidas repletas de cafés, bares y restaurantes con ostentación extrema.

Guadalajara, o la Ciudad sin Nombre se muestra en su vida cotidiana en las colonias de la periferia, habitada por los tapatíos de a pie, que gastan la mitad de su sueldo en los pasajes de camión y en el lonche comprado en una esquina, porque el tiempo y la distancia no les da para regresar a casa a comer y a descansar un rato en familia. Los fines de semana, cuando se tienen, son para cubrir con ropa lavada las ventanas.

Punto ciego es una novela policiaca cuyo espacio narrativo es Guadalajara. Narra las peripecias de Teo, ladrón venido a menos cuyo móvil es reivindicarse luego de haber salido de prisión. Durante toda la trama, el personaje central planea con meticulosidad su último hurto, todos los detalles son repasados una y otra vez: no puede fallar, porque de esa diligencia dependerá su futuro como hombre regenerado y pacífico.

El antagonista, un asesino a sueldo, llega a Guadalajara encargado de una misión secreta.

Para desviar las probables pesquisas de la policía ejecuta ancianos indigentes; muy pronto, la vida delincencial enfrenta a los dos personajes, los inmiscuye en relaciones peligrosamente cercanas. En esos ires y venires, Guadalajara muestra sus cantinas, sus centros de vicio, los puentes no peatonales de su modernidad no planeada.

Los nombres de los espacios para el esparcimiento y el sexo como mercancía aparecen nombrados o con el disfraz de palabras cercanas, de tal manera que son identificables por su geografía o su numen, pero, sobre todo, por los ambientes descritos. La zona del parque Morelos, San Juan Dios, los alrededores de algunas zonas cercanas a las vías ferroviarias son localizadas con facilidad por el imaginario lector.

Las novelas policíacas enfrentan siempre dos bandos. Es común identificarse con uno de ellos, no tanto por las acciones realizadas, sino por las pulsiones expresadas por los personajes al actuar de tal o cual manera. En *Punto ciego* los dos bandos son criminales, uno está asociado con grupo de ladrones, el otro actúa unido a una organización que no deja de ser menos corrupta.

El móvil de la visita a Guadalajara del capitalino mataindigentes se devela casi al final de la historia, cuando la suerte del asesino no importa demasiado, porque el lector ha simpatizado ya con el ladrón, hombre gentil a pesar de sus fallos, amante de la naturaleza y los canarios, a quienes resguarda y procura por sus trinos. Las escenas finales de la novela obedecen a una sincronía perfecta, la cual acota, une los hilos narrativos, sin dejar cabos sueltos.

Desde la perspectiva estructural, *Punto ciego* de Constanancio Porrás cumple con la función detectivesca, porque entrega una novela dirigida a un lector ávido por conocer el final de la anécdota, siempre en vilo por saber qué ocurrirá. Entre los aciertos del libro se encuentran sus frases sentenciosas, esas oraciones reflexivas desaceleradoras de la acción cuando es necesario hacerlo, como pausas meditativas, con significado.

La edición podría mejorar de manera considerable si cuidara detalles sintácticos que enrarecen la agilidad de una ficción desveladora de los resortes del alma humana, nada imposible para un corrector de estilo no pudiera hacer, para mejoría de una pieza detectivesca bien pensada, por la inteligencia con la cual ha sido planteada la historia de crímenes y el *modus operandi* inmediato a los robos de alhajas y los asaltos en transporte público, tan frecuentes y poco resueltos en la capital tapatía, Guadalajara.

¿Cuáles son los espacios narrativos apropiados para escribir una novela acerca de un joven que llega a Guadalajara sin dinero, sin apoyos y con muchos sueños? ¿En qué puede emplearse y dónde habrá de vivir mientras encuentra empleo? Con apenas dieciséis años, el personaje de *Grito y no me escuchas* comienza por acercarse al centro de la ciudad, para encontrar un lugar donde dormir. Al amanecer su instinto lo lleva a los alrededores del mercado de San Juan de Dios, donde se sumerge en el ambiente propio de un sitio de mercaderías: películas piratas, celulares robados, mujeres maquilladas en exceso y tacones altísimos.

Con un metro ochenta de estatura, juventud y bíceps, el empleo como cargador fue una consecuencia natural. El mercado Libertad/San Juan de Dios es el trasfondo de acciones sumatorias para ganar buena estima por parte del patrón, quien desea ayudar a ese joven movido y atento a las necesidades del negocio. La calzada Independencia se queda atrás: ahora Venki se convierte en mesero de un antro, en el cual habrá de pasar por varias etapas, como la de bailarín, por ejemplo.

El espacio de la novela se transforma, ahora son los barrios bajos, la vida nocturna, los negocios de mala muerte y aquellos de apariencia más fina, pero con la misma podredumbre. El joven se transforma, se llena de dinero y puede ahorrar. Las áreas narradas pueden ser reconocidas por sus pormenores: fachadas, prácticas de ingreso, zonas de estacionamiento. La atmósfera se enrarece: es la de la prostitución.

La historia sufre una transformación cuando el protagonista ingresa a la escuela de medicina. Ahora más que espacio es atmósfera. Los discursos médicos se apropian de los apartados del libro en voz de los profesores, los compañeros, los aspirantes a una carrera que lo promete todo e ilusiona a tantos. El lector se instala como testigo, las anécdotas fluyen, gozosas, para regocijo de quien recorre las páginas.

Grito y no me escuchas de Emmanuel González es un retrato fiel de la vida universitaria, con sus maestros de vocación férrea y los políticos allegados de falsa actuación académica. Están allí las personas de corazón noble y también los de bolsillo presto a llenarse con el sufrimiento de otros. El apostolado del médico se anuncia con crudeza: “Ustedes no tienen derecho a comer, no tienen derecho a dormir” (2021: 69). Los demás son primero en todo momento.

El sacrificio del médico y la trasnochada del bailarín conviven en la existencia de Venki, personaje que causa la empatía suficiente como para querer leer completa la segunda novela escrita por un perito médico, Emmanuel González, cuyas jornadas de trabajo pueden darle a conocer estos y otros espacios tapatíos,

para traerlos a la página y hacernos sentir la urbe de contrastes que habitamos desde hace más de 480 años, y que cada vez pierde más su horizontalidad, para convertirse en un filoso colmillo vertical que desangra la tranquilidad.

Los jóvenes estudiantes de la Licenciatura en Escritura Creativa de la Universidad de Guadalajara se suman a las aventuras librescas en las páginas de este libro. Cada uno ha elegido su lugar favorito para imaginar historias que recrean los espacios de la zona metropolitana. Es notable la asociación que realizan en sus escritos con otras artes, así como su gusto por lo sobrenatural. Pasar la vista por los renglones mostrará a los lectores las técnicas narrativas del siglo XXI, como el tachado o los planos simultáneos. Quizá el más novedoso sea el tachado, cuyo uso permite que los pensamientos de los personajes se conozcan, pero al colocar la raya encima se indica que no se desea sean públicos, es casi una introspección culposa, propia de los eventos funestos.

Referencias

- Abundis, Adriana (2021). *Manzanas verdes*. Sin Fe.
- Aguilar Ortiz, Raúl Ernesto (2018). *Memorias irreverentes. Andanzas en el barrio de Mezquitán*. Consejo Estatal para la Cultura y las Artes en Jalisco.
- Altamirano, Ignacio Manuel (2010). *Clemencia*. Norma.
- Cerda, Martha (2020). *Mientras agonizas*. La Zonámbula.
- Fábregas, Jorge (2012). *Polvo, sudor y goles*. Terracota.
- Porras, Constancio (2014). *Punto ciego*. Secretaría de Cultura de Jalisco.
- González, Emmanuel (2021). *Grito y no me escuchas*. Universo de Libros.
- Torres, Andrés (2015). *El escritor fantasma, fuego del infierno*. El Viaje.
- Yáñez, Agustín (1965). *Flor de juegos antiguos*. Novaro.

PARAMNESIA

Escuela de Música

Adán Madrigal

Últimamente siento que yo no soy yo. O, mejor dicho, cada día que pasa hay otro yo que no es el yo que conocía, que parece haber despertado de un prolongado letargo y que reclama su lugar como habitante de mi cuerpo. Para ser franco, la compañía no me ha resultado del todo incómoda, sin embargo, ha puesto en duda los límites de mi existencia. Lo que antes se consideraba una realidad absoluta, ahora es una constante incertidumbre. ¿Qué puedes hacer cuando ni siquiera eres capaz de saber quién eres? Supongo que no se me ocurrió otra idea mejor que escribir al respecto, aunque no pueda asegurar que soy solo yo quien lo está haciendo.

La intrusión ocurrió de manera gradual pero exponencial. Como estudiante de violín en la Escuela de Música de la Universidad de Guadalajara, nunca fui un ejemplar sobresaliente. Gran parte de los que conformaban al selecto grupo de alumnos avanzados provenían de familias con una amplia tradición musical: hijos de concertistas, sobrinas de músicos orquestales, hermanos de lauderos. Generaciones enteras de mariachi con apellidos conocidos, de grupos versátiles donde todos los integrantes son parientes. En caso de no pertenecer al nepotismo sonoro, se contaba con algún maestro cercano que, por circunstancias de la vida, se había convertido en su mentor, quizá pagando algún favor o algún pecado. En el último de los casos, al menos, unos padres cuyo interés por el desarrollo artístico de sus hijos, además de una situación económica privilegiada, habían permitido que la formación musical de sus retoños comenzara desde la infancia, como ocurre en Europa, Norteamérica y parte de Asia, a diferencia de la mayoría de la población en México, donde la educación, el arte y la cultura son un lujo que pocos pueden permitirse. Para estos estudiantes de élite eran las invitaciones a los ensambles representativos, a las presentaciones como solistas acompañados de orquesta. Podían elegir incluso con qué maestro deseaban estudiar, su horario y hasta el cubículo de mejores condiciones. Poco faltaba para que un letrado de *Reservado* o un listón VIP señalara lo que resultaba una verdad evidente para los demás.

Y no me malentiendas, no escribo desde el resentimiento sino de la envidia, de la buena, si es que eso existe. Cuando ves videos en YouTube de niños de cinco años tocando obras que ni siquiera has llegado a practicar en el conservatorio, te planteas si estás en el lugar correcto. Para alguien como yo, que su primer acercamiento al instrumento fue a los quince, la perspectiva es bastante diferente. Con padre contador y madre médico, mi único contacto con la música eran las influencias de los grupos que escuchaban mis hermanos, en su mayoría rock y metal. Quizá guitarristas como Yngwie Malmsteen, Ritchie Blackmore, Luca Turilli, Friedman, Becker o Giardino, que introducían temas de lo que se conoce como “música clásica” en sus proyectos de metal, era lo más cercano a la música académica.

Me había destacado en los deportes, en las ciencias exactas y hasta en el campo de ciencias biológicas y de la salud, habiendo ganado en varias ocasiones olimpiadas de conocimiento a nivel nacional y formando parte de la selección de básquetbol de Jalisco. Aún no entiendo cómo elegí la música. Supongo que era lo más alejado a mi zona de confort, lo único en lo que no era particularmente bueno. Tal vez era la forma de arriesgar mi futuro, de retarme a mí mismo para sobrevivir con una carrera que tenía la fama de “morirse de hambre”. Es más común de lo que se podría pensar que después de decir lo que estudiaba vinieran a continuación los clásicos “¿y vas a estudiar otra cosa?”, “¿por qué no te metes a algo de verdad?”, “¿para eso se estudia?” y similares. Quizá solo fue para hacer enojar a mis padres.

De cualquier manera, una vez que ingresé a la escuela, estaba seguro de que era la decisión correcta. Lo que había comenzado como un pasatiempo, mientras escogía la profesión a la que dedicaría mis años de vida laboral, fue cobrando cada vez más relevancia, hasta el punto de desplazar todas las demás opciones. El reto de mejorar cada día y desarrollar una técnica adecuada; de cambiar los maullidos del violín por sonidos que fueran al menos soportables y, luego, disfrutables; poder solfear y leer a primera vista partituras que para los demás mortales resultaban incomprensibles; tener la capacidad de interpretar melodías, de acuerdo con cada época y estilo musical o hasta comenzar a hacer mis propias composiciones que surgían después de equivocarme en algún pasaje y darme cuenta de que ese error me había gustado más que la obra original, grabándolos de manera rústica como audios en el celular. Había descubierto el fuego y aunque no estaba seguro de cómo se había originado, estaba decidido a no dejar que se apagara.

Por varios semestres disfruté la rutina de salir temprano de mi casa, caminar a oscuras hasta la estación del tren ligero de Atemajac, llegar a Juárez y transbordar a la línea dos, descendiendo en la estación Plaza Universidad. Ahí, el centro de Guadalajara me recibía, con sus grandes espacios vacíos que muy pronto se abarrotarían de peatones, artistas ambulantes, vendedores y demás seres. Durante el recorrido me saludaba la Biblioteca Iberoamericana Octavio Paz, con su apariencia de templo griego del conocimiento; la multitud de arcos que resguardaban los locales y cortinas cerradas; las plazas de Armas y de la Liberación, donde las palomas comenzaban a despertar, al igual que los vagabundos que habían pernoctado en alguna banca y que probablemente eran los encargados del característico olor a orín que reinaba en ciertas partes del trayecto; entre ambas partes de la cruz de plazas me observaba la catedral, que sin importar el esfuerzo en memorizarla, siempre era más pequeña en mi mente que cuando levantaba la cabeza para tratar de divisar la punta de alguna de sus torres, con sus puertas inmensas que me recordaban al chiste del Altísimo; el Museo de Cera y de lo increíble, que tenía a propósito la parte superior de la cortina con barrotes que dejaban ver al interior, como escaparate para invitar a visitarlo una vez más; el teatro Degollado, sueño supremo de todo músico tapatío y, finalmente, a su costado izquierdo, un jardín con la estatua de Beethoven que siempre parecía juzgar a los prospectos musicales y que antecedía a la única puerta de la escuela.

El recinto en cuestión se encontraba donde antes era el claustro de San Agustín, quedando como evidencia del pasado solamente el templo homónimo a su lado derecho. La oficina administrativa, cerrada también a esas horas, daba a una fría bienvenida, para luego continuar con el auditorio donde se realizaban los exámenes, que para ser una escuela de música siempre lo consideré diminuto. Luego seguía un gran patio, rodeado por altos pilares y bancas de madera; los baños que parecían alternar la carencia de jabón, agua, papel o luz, según el día de la semana; la limitada biblioteca, algunas otras aulas improvisadas y una escalera de caracol que llevaba al siguiente nivel. Si se trataba de una clase teórica, la mayoría de las veces se tomaba en alguno de los salones del piso intermedio, donde también estaban los pocos cubículos “de lujo”, espaciosos, con piano afinado y vidrios para que se apreciara el virtuosismo desde el exterior. Por otro lado, las clases de instrumento se tomaban en su mayoría en la planta más alta de las tres, que era una especie de balcón acondicionado con una sección de cubículos de espacio reducido, donde apenas cabía un piano vertical, cuando contaban con él, y otro músico parado a su lado. Otra gran parte de los cubículos estaban vacíos y funcionaban como sitio de práctica para instrumentos diversos

y, finalmente, un cubículo más grande para el área de percusiones, con batería, timbales y otros instrumentos de su familia.

Sin importar la condición física con la que se contara, era inevitable llegar sin aliento hasta la planta alta. También era ineludible que durante el trayecto encontraras a un guitarrista apartando el espacio de mejor acústica de toda la escuela, una especie de banca que formaba parte de la escalera, situada en el piso de en medio. Uno a uno, se iban llenando los cubículos, con alumnos que querían calentar y practicar para su clase de instrumento, de otros que tenían tarea de solfeo y querían repasar con piano o de alumnos de armonía y contrapunto que querían revisar, una vez más, si su ejercicio no tenía quintas paralelas.

En lo que a mí respecta, madrugaba para tener el privilegio de un espacio seguro para tocar. No tenía la suficiente confianza en mi sonido como para hacerlo en alguna de las bancas o en el patio, donde se escuchaban los conciertos en la menor de Vivaldi y Bach de los alumnos de recién ingreso, los estudios de Kreutzer a una velocidad que dudaba algún día alcanzar o fragmentos de caprichos y fantasías que ni siquiera lograba identificar. La mayoría de las veces conseguía resguardarme tras la celda insonorizada de los cubículos, sin embargo, cuando la demanda aumentaba, a finales de periodo, con audiciones en puerta, o por retardos ocasionados por lluvia, saturación de transporte o discusión mañanera con el despertador, me enfrentaba con la carencia tercermundista de un espacio digno para estudiar mi instrumento. Cuando eso sucedía, tenía que recurrir al plan B.

Opuesta al área de cubículos, al lado de la escalera, se hallaba toda una pared con vitrales y respiraderos que pertenecían al templo de San Agustín. Si el clima lo permitía, uno podía sentarse de manera más o menos funcional en alguno de los ventanales y practicar. Casi siempre era un lugar reservado para los metales, en especial trompeta, trombón y corno, como si se tratara de un acuerdo implícito de subdivisión territorial, sin embargo, prefería el enfrentamiento y el trato de extranjero o invasor a exponerme con otros violinistas. Con el tiempo, incluso algunos músicos de aliento llegaron a saludarme y hasta a platicar y ofrecerme un poco de lo que daba ese aroma particular y célebre del rincón de la escuela. Si bien declinaba la oferta, agradecía el gesto.

Fuera del viento que volaba las hojas y que a cierta hora el sol ya no permitía continuar la práctica sin bloqueador y sombrero, me agradaba ese sitio porque entre descansos podías asomarte por algunas rendijas al interior del templo, el cual realizaba escasas misas entre semana. Desde la parte superior podía observarlo en su silencio, en su soledad, como si fuera el sacristán. O una paloma que

había entrado por la ventana y al no recordar el camino de vuelta, había decidido anidar. O un alma que había quedado atrapada, que aún no se había dado cuenta de su situación y que se limitaba a recorrerlo, lentamente, sin descanso.

La primera señal de cambio ocurrió una mañana, cuando practicaba pasajes de un estudio de ligaduras que, por más horas dedicadas, no conseguía ejecutarlos de manera apropiada. De pronto, casi sin darme cuenta, comencé a tocar de forma asombrosa. No había pasado del tercer pentagrama en los últimos días y de repente, logré llegar hasta el final, con un sonido y afinación impecables, sin una nota de más o de menos. Todavía resonaba el último fa cuando mi mente estalló de júbilo. No sabía cómo, pero había tocado como nunca en la vida. Lamentablemente para mi ego, que acarició por unos momentos las mieles del virtuosismo, no pude repetir la hazaña ese día, ni los días que le siguieron.

Frustrado por la situación, traté de analizar qué había ocurrido. Cambié mi postura, experimenté con el agarre del arco, con ejecutarlo de memoria y leyendo, con la soltura de la mano izquierda y el martilleo articulado de los dedos. Nada. El sonido atropellado, los tallones, la escasez de arco, la afinación deficiente en los cambios de posición. Poco faltó para que arrojara mi violín desde la azotea hacia el patio central y ver cómo se destrozaba en pedacitos, como lo hacía mi sueño de ser violinista, sin embargo, justo antes de que eso sucediera, cerré los ojos, respiré profundo y traté de poner mi mente en blanco. Casi sin percatarme, me coloqué el violín y las notas volvieron a fluir de manera misteriosa. Yo no era dueño de mis movimientos, era un espectador, un admirador atónito de la manera en que mi mano se desplazaba con gracia por el diapason del violín. Al terminar, quería aplaudirme, por más absurdo que eso fuera, pero el instrumento y el arco lo impedían. Solo suspiré aliviado de poder encontrar nuevamente ese sonido que había escuchado días atrás.

A error y prueba, fui puliendo mi función como intermediario entre la música y lo que sea que estuviera en mi interior que se encargaba de interpretarla. Primero descarté la posibilidad de que fuera un instrumento mágico o imbuido de una fuerza desconocida, cuando pude repetir el fenómeno con el violín de uno de mis compañeros, el cual me lo había intercambiado por unas horas, a regañadientes. Fue un poco decepcionante, pues era una explicación bastante lógica, dado lo irracional del escenario. Luego descubrí que debía abstraerme lo más posible de mis pensamientos. Al principio solo lo conseguía cerrando los ojos y callando la voz interna que estaba atenta a los pendientes inmediatos, aunque con la práctica logré hacerlo fijando mi vista a un punto específico mientras respiraba lentamente.

Cuando puse a prueba por primera vez esta nueva habilidad con mi profesor de violín, noté su sorpresa, quizá igual que la mía cuando escuché ese sonido que no me pertenecía. Elogió mi constancia y dedicación, me dio las partituras de dos nuevos estudios, además del concierto de Acolloy, y, como nunca había ocurrido, me dijo que estaba orgulloso de mí y de mi progreso.

Salí de la escuela para tomar un respiro, con un sentimiento agrídulce de victoria inmerecida. A esa hora, el centro ya estaba lleno de vida. A veces era hasta complicado caminar sin chocar con alguien o golpearlo involuntariamente con el estuche de mi violín. Compré un café para llevar en un local cercano y dos cigarrillos sueltos en el puesto de revistas situado a espaldas de la escuela, luego, caminé sin rumbo fijo. Un organillero giraba el cilindro para ejecutar una versión con marcado *rubato* de *Cielito lindo*. Mientras terminaba de fumar, me quedé parado observando el peculiar dispositivo mecánico. ¿Era el organillo un instrumento musical? ¿Era el organillero un músico? Técnicamente, la música emergía del aparato y, técnicamente, sin la persona que lo *ejecutara* no se producía esa música. A pesar de esos hechos, nunca había visto una licenciatura en música con especialización en organillo y, aún más allá, no conocía a ningún organillero famoso, alguien que se considerara el mayor de los virtuosos del organillo. Al consumirse el segundo cigarro, llegué a dos conclusiones: que el organillero era en realidad el instrumento, siendo el organillo el que se valía del humano para hacer música y que, en ese preciso instante, no encontraba diferencia entre el organillero y yo.

Sin lograr entender el fenómeno del que formaba parte, estaba dispuesto a llevarlo a las últimas consecuencias. Para la próxima clase, volví a aplicar el método que perfeccionaba cada vez más y entregué sin problemas el repertorio de tarea. Alardeando un poco, aunque de manera imprudente, toqué el concierto de Haydn sin siquiera ver las notas. Bastó el título para una interpretación digna de Perlman o Heifetz. Tras esto, mi maestro salió del cubículo sin decir nada. Luego de unos segundos, crucé la puerta para ver qué sucedía y lo encontré fumando. Me preguntó con tono serio si había estado tomando clases con alguien más, lo cual negué rotundamente y traté de contarle una “nueva rutina de práctica” de diez horas diarias y que el concierto en do mayor de Haydn era mi favorito, así que lo había practicado desde hacía muchos meses. Por alguna razón, esa mentira fue la que me costó más decir, pues no estaba seguro de siquiera haberlo escuchado antes y, en mi escaso acervo violinístico, solo tenía en la punta de la pirámide el concierto en re menor de Sibelius, una de las pocas piezas instrumentales que estaba en mis listas de reproducción repletas de rock alternati-

vo, metal y demás música contemporánea y la cual se hallaba como meta final en mi trayectoria académica.

La explicación, aunada a una serie de alabanzas a lo enseñado en clases pasadas y la manera en que me habían ayudado sus consejos, parecían haber sido lo suficientemente creíbles como para tranquilizar a mi profesor, aunque descubrí que debía usar de manera más cautelosa este virtuosismo repentino. Dejé de asistir a clase de instrumento en el riguroso formato semanal, diciéndole a mi maestro que aún no estaba listo, espaciando de una a tres semanas las prácticas para hacer más verosímil que pudiera tocar de esa manera, seguía siendo casi un milagro, al menos tenía una especie de pretexto del cual podía valerme por algún tiempo. Con la suficiente prudencia lograría extenderlo hasta el final de la carrera. Así pasé por Mozart, Bruch, Brahms, Tchaikovsky y hasta Paganini. Sin darme cuenta, ya se hablaba de mí en los pasillos, el grupo de élite comenzó a invitarme a desayunar y hasta a pedirme consejos, tratando de sacarme la verdad del método de mi mejoría, a lo que respondía con historias cada vez más confusas y enredadas. Llegué a tener un espacio para las revisiones en los cubículos del nivel intermedio y pianistas de acompañamiento se ofrecían para tocar en mi recital de fin de semestre. De pronto era algo parecido a una celebridad, una esperanza para los que, como yo hace algún tiempo, no tenían tan claro su futuro musical, los que no veían avances en su técnica, los que soñaban con pertenecer a la filarmónica o a ingresar a alguna universidad de renombre internacional más adelante.

Esta espiral ascendente de fama y reconocimiento se movía de manera totalmente inversa a mi satisfacción personal. Cada vez me sentía más vacío, más farsante, más objeto. La decisión de entregar mi vida a la música se basaba principalmente en el reto que esto representaba y ahora se me había arrebatado esa oportunidad. El último día que asistí a la escuela de música me senté en uno de los ventanales de la planta alta. Estaba dispuesto a tocar el concierto de Sibelius y, con esto, dar por terminada mi “formación académica”. Ni siquiera tenía las partituras, aunque sabía de alguna manera que no eran necesarias. Justo antes de comenzar, escuché que desde la parroquia estaban dando la bendición. Me di cuenta de que nunca había entrado al templo, casi siempre estaba cerrado y aunque no me considero un católico ejemplar, sino más bien un creyente pasivo por herencia cultural, algo me hizo querer conocer el santuario desde el interior. Guardé el violín, bajé las escaleras y salí de la escuela para ingresar por la siguiente puerta, que pertenecía a la parroquia de San Agustín.

Entré haciendo una reverencia respetuosa, como me había enseñado mi madre, y lo recorrí lentamente. Desde abajo, el techo lucía mucho más alto de lo que la vista casi aérea de la escuela me había permitido imaginar. No sé mucho de arquitectura, pero notaba diferentes estilos, como si hubiera sido reparado en numerosas ocasiones. Un vistoso púlpito se encontraba del lado derecho, haciendo compañía al cuadro de la Virgen de Guadalupe y a otros pequeños retratos del viacrucis. También me llamó la atención la multitud de figuras de santos y santas que acompañaban ambos pasillos laterales. La de mayor relevancia parecía ser Santa Rita, sin embargo, quien atrajo mi interés fue una figura de un hombre con una estrella en su pecho, ubicado al lado del Sagrado Corazón, muy cerca del altar, cuyo nombre no me sonaba. San Nicolás de Tolentino.

Salí del templo y me senté en la fuente del jardín, justo enfrente de Beethoven. Por un momento pensé si su sordera no era en realidad una manera de disimular una situación sobrenatural similar a la mía. Luego, sin poder sacarme de la mente el nombre del misterioso santo que había conocido hace un momento, prendí un cigarro, que ahora provenía de una cajetilla propia en lugar de un aparador con ejemplares abiertos a medias, y me puse a investigar en mi celular.

San Nicolás de Tolentino era uno de los santos más venerados por la orden agustiniana. Su historia narraba que no comía carne en honor a la Virgen, sin embargo, enfermó y el médico le recomendó que comiera carne de paloma para que se recuperara. Cuando iba a hacerlo, bendijo los alimentos en el plato y en ese momento la paloma volvió a la vida y salió volando.

Una cosa llevó a la otra y terminé leyendo sobre la historia del templo y del claustro de San Agustín. Se trataba de un conjunto rebelde, por encontrarse orientado de norte a sur, a diferencia de la mayoría de los templos que miraban hacia el poniente. Había sufrido con los terremotos de 1819 y tuvieron que reconstruir gran parte de su estructura. Una vez que el claustro fue expropiado por las leyes de Reforma, fue Escuela de Artes Mecánicas, donde enseñaban carpintería, herrería, sastrería y otras técnicas; Escuela de Artes y Oficios para jóvenes, diversificando su oferta académica; luego se transformó en Casa Correccional de Jóvenes, Cuartel General, sede de la Facultad de Contaduría y Comercio y Escuela de Arquitectura e Ingeniería. Casi para finalizar su metamorfosis, se convirtió en Escuela Secundaria para Señoritas, una de las más importantes en su tiempo, llegando a tener hasta tres mil estudiantes. Por último, en 1980, se estrenó como la nueva sede de la Escuela de Música de la Universidad de Guadalajara.

Si una paloma era capaz de emprender vuelo después de haber muerto y un edificio se había transfigurado en cosas tan diversas, quizá aún hubiera esperan-

za para mí. Era momento de empezar de nuevo, de renacer en algo que me apasionara, de encontrar un motivo para abrir los ojos cada mañana y volver a sentir los nervios de lo incierto, la satisfacción de fallar, caer y levantarse.

Comencé anotando en una libreta las diferentes posibilidades. Lo más inmediato sería cambiar de instrumento, quizá piano, trompeta, fagot o violonchelo, sin embargo, descarté esas opciones por considerarlas demasiado cercanas a mis circunstancias actuales. No estaba seguro de que mi salud mental lograra sobreponerse a un segundo torrente de triunfos injustificados. Luego elaboré pequeñas fichas, algunas más detalladas que otras, imaginando cómo sería mi vida si elegía tal o cual camino profesional.

Las realidades alternas se hacían cada vez más profundas y complejas. En algunos casos todo indicaba que terminaría siendo padre de tres hijos, en otros cambiaría el trabajo que respaldaban mis estudios para ser chofer de Uber y en algunas otras moría de sobredosis. En unas tenía una mansión en Puerta de Hierro y en otras me sacaban a golpes por no pagar la renta. En ciertos casos lograba subir en la jerarquía empresarial meritocrática, y en otros me estancaba por falta de contactos en un empleo rutinario que solo me daba disgustos y hemorroides.

Tras mucho tiempo de reflexión, análisis FODA y tablas de pros y contras, además de las extensas fichas de personajes que había redactado, llegué a la conclusión que me parecía más lógica. Sería escritor. Y mi primer texto trataría de un violinista que deja de serlo para convertirse en uno de ellos.

OCULTO EN EL TIEMPO

Instituto Cultural Cabañas

Carla González Arellano

El líquido carmesí mojaba el lienzo matizado con destreza. Las pinceladas eufóricas marcaban el ritmo de una armonía de colores brillantes, y el sudor en la frente se retiraba sin cuidado con el dorso de la mano para evitar caer sobre aquellos ojos sin descanso. La mancha de agua demostraba con facilidad una guerra que resaltaba, de manera inconsciente, el valor de una artista frustrada buscando plasmar en la pintura una meta que buscaba complacer.

Ella sumergió tres veces el pincel en el agua y lo empapó en el blanco; color neutro, puro, con tanto significado y tan vano a la vez. Rápido —pensó—. El tiempo se acababa, su clase de pintura en el Instituto Cabañas no duraba más de tres horas, aunque los minutos pasaban corriendo como si se escaparan de sus manos. Más café, no hay suficiente color en las facciones, necesitaba resaltar la inocencia, el sentimiento escondido de una pequeña desconocida; la belleza, la tranquilidad, la pureza en su rostro, la paz.

—¡Un momento, por favor! —la chica pedía apresurada, no tardaba en terminar el cuadro que tal vez se convertiría en su mejor obra. Unos retoques al vestido, tres más a sus ojos, un poco de color en los labios, y listo. Por fin, su pintura estaba terminada. Una escena preparada como sorpresa para el cumpleaños de su madre, el cual sería celebrado aquella semana.

Estaba orgullosa de su creación, era la figura que había ideado plasmar por meses después de tenerla presente en un sueño. La niña del cuadro representaba una conexión instantánea e incierta, pues había decidido hacerla en memoria a su fallecida hermana.

Once años después de su propio nacimiento, su madre se embarazó por segunda ocasión; recordaba cómo todos estaban emocionados por la llegada de este nuevo integrante, pensando con anhelo en cómo renovaría para bien sus vidas, sin embargo, a los pocos meses de conocer que tendrían una pequeña, su madre de improviso, tuvo una complicación. Su padre la llevó de emergencia al hospital San Javier por ser el más cercano a su ubicación, y después de interminables horas intercaladas con desesperantes momentos de angustia, se llegó a la

funesta noticia de que había perdido al bebé. Hubo meses en donde el silencio reinaba en la casa, pues todos preferían callar el dolor. Veía a su madre destrozada llorando a escondidas en la cocina, culpándose por todo; su padre intentaba disimular un poco mejor, aunque inevitable escucharlo llorar en el baño; y ella, en la poca experiencia vivida con la muerte, evitó hacer interacción con cualquiera de los dos. Pasaron un par de años hasta que todo se tranquilizó, en donde cada integrante de la familia volvió a su rutina intentando superar la melancólica situación. Aquella pintura significaba el cierre de ese momento amargo, y estaba segura de que a su madre le encantaría tener una imagen de lo que su pequeña niña pudo ser.

Dejó en un salón el cuadro para poder llevárselo al día siguiente y regresando a su lugar se dispuso a guardar el material. Estaba por terminar cuando sintió que algo tocaba con insistencia su brazo; al momento de voltear, pudo observar a una chiquilla de no más de ocho años mirándola con persistencia, por alguna razón se perdió en sus ojos, brillantes y azules, tan profundos, tan genuinos y hermosos. No supo el porqué, pero aquellos ojos le resultaban familiares, como si los hubiera estado observando por años, aunque de momento no los pudo reconocer.

—Necesito que me ayudes —dijo la niña provocando que la joven saliera de su ensoñación. Ni siquiera le dio un momento para procesar sus palabras, cuando la pequeña ya había dejado que sus pies la guiaran con rapidez hacia los pasillos del instituto. La joven con algo de duda la siguió, intentando no perderle el rastro, cuanto antes puso en marcha su carrera buscando en vano ponerse a la par.

Desde el patio de artes plásticas, recorrió varios pasillos evadiendo pilares y árboles de naranjos para no perder de vista su objetivo; al llegar a la esquina oriente del edificio, detrás del cine-teatro, observó a la lejanía como la niña levantaba sin esfuerzo una losa del piso para después entrar dentro ella. Se sorprendió bastante al ver ese detalle, pues en tal zona no estaba permitido el acceso a cualquier persona, llegando incluso a plantearse la idea de abandonar la persecución. Nunca había ido más allá de los conocidos horizontes del patio donde estaba su taller, razón por la cual en realidad se encontraba confusa. Avanzó decidida hacia la losa que hace poco se había tragado a la infanta, y la abrió con cuidado, permitiéndole ver unas escaleras de piedra que descendían a lo que ella pensó era la boca del infierno.

Escuchó ruidos extraños, casi opacados por el silbar de aire atrapado, observó por unos segundos a su alrededor, y en vista de encontrarse en total sole-

dad, intrigada, quiso averiguar hacia dónde llegaban los desconocidos escalones. Nunca se había considerado una persona curiosa, sin embargo, aquel sitio le sembraba un sentimiento desconocido que la incitaba a explorar.

Bajó con lentitud cada peldaño, uno tras otro cuidando de no tropezarse, la luz se iba haciendo cada vez más escasa conforme a su andar, el lugar era en su totalidad húmedo, las telarañas se enredaban sin cuidado en su cabello, y los murciélagos y ratas, los cuales volaban y corrían sin parar, le hacían aún más desagradable. Buscó en su celular una linterna que la pudiera iluminar y, decidida a encontrar a la pequeña, dejó su mente en blanco confiando en que aquel camino la llevaría hasta el destino. Recorrido ya un buen tramo, sus sentidos comenzaron a ponerse alerta; a sus fosas nasales, por alguna razón, las inundó un fuerte olor a pólvora provocando tos; sus ojos comenzaron a empañarse por la tierra levantada y el sonido de una voz que se encontraba a la distancia la incitó a continuar. Pensando que era la pequeña a quien con anterioridad había perseguido, no dudó ni un solo momento en adentrarse más en la profundidad, llegando a una especie de túnel cuyos pasillos eran como bocas profundas, oscuras e interminables.

—¡Niña!, ¿dónde estás? —preguntó la mayor con desespero, mantenía un lento caminar, pero la valentía ya había comenzado a abandonar su cuerpo. A punto de rendirse y regresar por donde llegó, escuchó un enorme estallido que por un momento la aturdió. Un pitido sonaba con insistencia en su oído, y vio cómo todo el túnel de repente se iluminó. Frente a ella presenció algo que le dejó atónita, miró a varias monjas que llevaban a niños abrazados; algunos iban tomados de las manos, otros se encontraban sentados en el piso; tenían heridas en muchas partes del cuerpo y el rostro, y la ropa bastante sucia de tierra y sangre, muchos de ellos lloraban. Al sentir la presencia de la mujer, todos voltearon en su dirección. Sintió que la vieron con detenimiento, con miedo, mientras se llevaban un dedo a la boca pidiéndole guardar silencio.

—Ayúdame. —Escuchó una voz a sus espaldas, y de pronto el sonido de un sinfín de armas disparándose sustituyó por completo la tranquilidad de los pasadizos. La joven se agachó como pudo, dejando caer su teléfono en el acto, mientras que el llanto de los infantes invadía el lugar. Cerró los ojos invadida por el miedo buscando desaparecer, deseando que todo terminara, anhelando que solo fuera una pesadilla, y cumpliéndose su deseo, de un segundo a otro solo pudo escuchar el silencio. Todo estaba callado, en completo abandono; el sonido de los rifles se había esfumado, al igual que la visión de las monjas y los niños. Con suma velocidad se puso de pie, y tomando de nuevo su teléfono, corrió tan

rápido como sus pies se lo permitieron, esperando llegar hacia la salida de aquel aterrador abismo.

Después de abandonar aquellos túneles, sintió cómo sus pulmones se llenaban una vez más de aire fresco. En la proximidad, vio a un guardia pasando por uno de los salones y con el corazón acelerado fue hacia él, exclamando palabras de auxilio.

—Señor, tiene que venir conmigo, encontré unos escalones debajo de un pedazo de losa suelta, llevan hacia unos túneles...

—¿De qué estás hablando? —el guardia ni siquiera la dejó terminar—. Aquí no existe nada de eso, esos son puros mitos que la gente inventa para entretenerse. Túneles, ¡ja! Por favor.

—Señor, le digo la verdad; ahí sucede algo extraño, por favor necesito que me acompañe.

—Mejor ve a tu salón, aquí no es un espacio público. —Dijo el hombre denotando un atisbo de frustración, dejando a la muchacha sin más opción que alejarse. Volvió como pudo a su taller, recordando con dificultad los espacios recorridos, tomó sus cosas encontrándose algo confundida por la situación que había experimentado con anterioridad, y despidiéndose de sus compañeros y tutores, decidió que ya era el momento de retirarse a su hogar emprendiendo así el camino hasta su morada.

Al llegar encontró a su madre en la sala leyendo un libro, y curiosa por conocer más al respecto sobre el mito de los túneles desconocidos, decidió cuestionarla.

—Mamá, necesito preguntarte algo. Hoy escuché cómo una compañera hablaba sobre una leyenda que menciona los túneles del Instituto Cabañas —le dijo evitando hablar sobre su extraña experiencia—. ¿Tú sabes algo al respecto?

—Bueno, no se sabe a ciencia cierta si existen o no, pero he llegado a escuchar que están conectados a varias partes de la ciudad. Recuerdo cuando tu abuela me contó que su propósito era funcionar como una especie de refugio o pasadizo en la guerra de los cristeros, pero igual solo quedó como un rumor llevado por el viento, pues nunca hubo evidencia de ellos. ¿Por qué tanta curiosidad? —preguntó su madre.

—¡Oh! No es nada, solo me pareció interesante. Gracias, mamá —dijo la joven dirigiéndose con prontitud a su habitación. Se recostó en su cama, preguntándose una y otra vez si lo vivido había sido realidad o si había sido tan solo un producto de su imaginación. Había estado mucho tiempo trabajando con la pintura, quizá la mareó. Le gustaban los lugares cerrados para concentrarse, pudo

ser que la exposición a las sustancias le haya provocado dichos efectos. Pero, si había sido entonces una alucinación, ¿por qué se sintió tan real?

Al día siguiente fue de nuevo al Cabañas para recoger su pintura, ese día le haría una última revisión para que, en caso de encontrar algo imperfecto, pudiera arreglarla sin problemas. Cruzó el gran portón saludando al guardia, quien se encargaba de cuidar la entrada, y dirigiéndose al patio de artes, fue en busca de su obra. Colocó el caballete en la mejor posición que pudo encontrar y acomodó su lienzo de manera que la iluminación le permitiera observar cada detalle. Tomó su paleta y el pincel y comenzó su tarea de dar los últimos retoques.

En definitiva, aquella pintura la hacía sentir orgullosa, por alguna razón siempre se perdía entre las longitudes de los ojos de la pequeña, pues de alguna manera le transmitían una serenidad desconocida. Cada vez que se enfocaba en ella se le pasaban las horas volando, comparando el tiempo a la velocidad del agua cuando la lluvia iba cayendo. Perdida entre el mar de emociones provocadas por dicha obra, no se percató de una presencia ubicada a sus espaldas, hasta que una voz habló.

—Necesito que me ayudes —la joven volteó al instante después de reconocer el timbre de la pequeña a quien había seguido el día anterior—, quiero mostrarte algo.

—¿Quién eres? —preguntó la muchacha con inseguridad—, ¿qué necesitas de mí?

—Sígueme, las respuestas están en los túneles.

—No, los túneles no existen, solo son cuentos inventados por la gente para divertirse. Lo que vi ayer no era verdad, estaba confundida por la pintura y el sol. Vete por favor, debo terminar mi pintura.

—Lo que viste ayer no fue una alucinación. Los pasadizos existen, cómo las monjas, los niños y el sonido de los rifles. Hubo una guerra y el temor se hizo presente, pues en el pasado ocurrieron hechos que ocasionaron el dolor. Busco tu ayuda, sígueme y tendrás las respuestas —y dicho esto, la niña desapareció por segunda ocasión entre los pasillos, aunque la joven esta vez no la siguió.

Terminada su jornada y con la pintura ya corregida, tomó sus cosas para dirigirse a su hogar. En el camino no dejaba de pensar en lo dicho por la pequeña. Ella insistía en que los pasadizos existían, pero ¿una guerra? Además, ni siquiera la conocía, ¿qué ayuda podía darle?

Su casa ahora se encontraba sola, sus padres trabajaban y llegarían hasta la cena, lo cual le daba la oportunidad de descansar un momento. Inquieta por todo lo que le atormentaba, decidió investigar la veracidad de aquellos cuentos. Bus-

có en el pequeño espacio donde su madre guardaba algunos libros y encontró un título que llamó su atención: “Si el Hospicio Cabañas hablara.”

Comenzó a leer con detenimiento la obra descubriendo en el proceso información bastante atrayente, como que debía su nombre al obispo Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo, quien llegó a México en 1796 teniendo el propósito de hacer un albergue para niños huérfanos, llegando a alojar en este hasta más de tres mil; que había veintitrés patios de distintos tamaños alrededor del lugar, conocidos algunos como Patio de Honor, Patio de los Naranjos y Patio Manuel Tolsá; que contaba con ciento seis salas, y que en la parte de atrás había una alberca en la cual los niños del hospicio podían nadar; además, decía que la parte más importante del edificio era la capilla Clementina, llamada así en honor a José Clemente Orozco, la cual estaba ubicada en la parte central del edificio; junto a varias obras de este pintor, como la de *El hombre en llamas*, de la cual se dice que el punto centro del cuerpo del varón en la obra no es el ombligo, sino la rodilla, pues de este punto al pie y a la cabeza es la misma distancia, esto sucedió gracias al techo cóncavo, lo cual hace que desde abajo se vea cómo una proporción perfecta, dejando así a la joven asombrada por la información de estas y varias cosas más.

Cautivada por la lectura, siguió con la investigación, hasta detenerse en un espacio que incitó su interés. En un apartado se mencionaba que edificios emblemáticos como el Hospicio Cabañas, la catedral de Guadalajara, el panteón de Belén, y otros templos y casas históricas, estaban conectados por pasadizos subterráneos por los cuales podían transitar desde personas a pie hasta hombres a caballo e incluso carrozas. Tuvieron diferentes usos, pero ninguno de ellos fue de conocimiento público. Una de sus principales funciones fue servir como vía de escape o escondite durante revueltas o tiempos de guerra para transportarse por la ciudad de manera incógnita. Los túneles también permitían a los católicos visitar los templos e iglesias sin ser vistos durante la guerra de los cristeros, aunque tiempo después, muchos de estos túneles fueron cerrados al remodelarse el centro histórico, dejándolos en el olvido. Al seguir con su lectura, a su vez encontró varias historias que, a pesar de ser cuentos, muchas personas se referían a ellas como si fueran verdad, en donde el tema de los pasadizos secretos era palpable, como era el caso de la narración sobre Tomás el zapatero.

La joven, fascinada por tal información, decidió que tal vez necesitaba comenzar a creer en lo que la pequeña le decía y que, al menos una vez, debía aprender a abrir su mente para darle una segunda oportunidad a lo desconocido, siendo en este caso la visión de aquellos túneles escondidos. No sabía con

exactitud cuál era el motivo de la niña para haberla elegido a ella como la persona que la auxiliaría, pero estaba segura de una cosa, por ninguna razón pensaba fallarle. En su pecho sentía una extraña conexión que no desaparecía; puede que le recordara a la hermana que nunca pudo tener, puede que la soledad de su casa la llevara a considerarla como una amiga, en realidad ignoraba la razón de este sentimiento, pero algo le susurraba a su corazón que fuese la causa que fuese, ella debía ayudarlo.

Al día siguiente la joven fue una vez más al antiguo hospicio, decidida a encontrar a la infanta, estaba convencida de apoyarla en lo que necesitara, y adentrándose como un día cualquiera a las instalaciones, se dirigió con paso firme hacia los talleres de arte. Por primera vez se detuvo a observar todo a su alrededor, era sorprendente como aquel sitio tan emblemático hubiera sido la cuna de miles de historias. Tantas leyendas del hospicio. Fue maravilloso descubrir que en realidad cada parte del piso, cada árbol o cada sala tenía una historia, un recuerdo, un momento.

Una vez en el salón, se dispuso a esperar a que la niña apareciera, pasaron minutos, incluso un par de horas y la pequeña seguía sin mostrar alguna señal de vida. El sol ya estaba por ocultarse y la mujer algo decepcionada se dispuso a abandonar el lugar; tomó todas sus cosas y se encaminó hacia la salida, más cuando dio tan solo un paso fuera del salón vio a una silueta escondida detrás de un pilar; descubrió entonces a la conocida infanta asomando la cabeza, y con una señal dibujada con la mano le pidió que la siguiera. Al igual que la primera vez, la niña salió corriendo, perdiéndose entre los pasillos, pero la joven al contar ahora con un mejor sentido de la ubicación, la siguió con rapidez.

Después de seguir el camino recorrido, llegó a espaldas del cine-teatro encontrándose con la losa del piso levantada, se acercó con sigilo hacia ella y revisando que no hubiera nadie a su alrededor, se adentró en el pasadizo hacia los túneles. Por segunda ocasión, descendió los escalones, el olor a pólvora inundó sus fosas nasales, el conocido tacto de la tierra levantada la hizo toser, la humedad era palpable y la oscuridad se convertía en una niebla espesa. Sacó la linterna de su celular para alumbrar el camino y al llegar al final de los peldaños, notó cómo la visión de las monjas y los niños ya estaba ahí. La miraron al igual que la primera ocasión, con miedo y confusión, sin embargo, ahora en lugar de llevarse la mano a la boca para indicarle guardar silencio, todos apuntaron hacia un extremo del túnel. Cuando la joven miró en aquella dirección, visualizó como la niña quien la había llevado hasta ahí se encontraba de pie, la cual, con una pequeña seña le hizo saber que quería que la siguiera.

Pasó junto a las figuras de las religiosas y los infantes sintiendo como su mirada la traspasaba sin cesar, sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal, y con un temblor en las piernas se dispuso a avanzar. Llegó junto a la pequeña y esta tomó su mano con fuerza para guiarla en la profundidad de los pasadizos.

—¿A dónde me llevas? —preguntó la mayor.

—Necesitas respuestas —contestó esta vez la menor. Juntas caminaron un buen tramo que mostraba paredes de piedra y caminos de tierra, hasta que se visualizaron a lo lejos otra hilera de escaleras, desgastadas por el tiempo y con un sinfín de peldaños faltantes.

—¿Otras escaleras? ¿Hasta dónde llegan? —preguntó la muchacha.

—Ahora esta entrada ya no existe, se obstaculizó con el paso del tiempo, pero en su momento ellas mostraron otra salida, nos otorgaron la salvación. Cuando el hospicio se encontraba en su mejor momento, ocurrió una guerra. Varias personas comenzaron a atacar a las iglesias y muchas instituciones vinculadas, estando entre ellos este edificio. Disparaban con armas y rifles con la esperanza de dar fin de alguna manera a la religión. Estábamos escondidos aquí para evitar que nos vieran, pero unos cuantos hombres armados lograron entrar. Hubo pólvora disparándose y cuando corrí hacia estos escalones, sin darme cuenta, perdí el relicario que mi madre me obsequió antes de abandonarme, recuerdo una vez cuando me dijo que, si lo usaba, este me protegería para siempre. Mucha gente fue herida aquel día, pero pudimos salvarnos, sin embargo, dejé el objeto más amado que tenía. Si estás aquí es porque necesito que lo encuentres; dáselo a tu madre, ella te contará el resto —y diciendo esto, la niña desapareció.

La joven se encontraba sin palabras ante lo sucedido, ahora estaba sola de nuevo. Sintió una impresión tan grande que sus ojos comenzaron a aguarse y el sudor en su cuerpo se comenzó a expandir. Tenía mucho miedo, no pensaba negarlo, pero si ya estaba ahí, lo único que le quedaba por hacer era cumplir su misión. Al fin y al cabo, se había prometido ayudar a la pequeña y estaba decidida a hacerlo.

Pasó un rato buscando aquel relicario con la luz de su celular, la frustración ya se hacía presente y los sonidos extraños del lugar no ayudaban con el rastreo. Se detuvo un momento para calmarse y pensó en lo dicho por la niña. ¿Qué tenía que ver su madre en todo aquello?, ¿por qué debía darle el relicario?, ¿cuál era la conexión? Avanzó perdida en su mente, y cuando llegó a los segundos escalones subió sin descuido los peldaños hasta que sintió que su pie tocaba algo duro. Iluminó el suelo, y lo vio; ahí estaba por fin, a la mitad del escalón se encontraba un relicario de plata en forma de óvalo con un grabado de mariposa

en su exterior. Lo tomó entre sus dedos y salió corriendo de aquel sitio, no quería estar ni un minuto más allí. Encontró las ya conocidas escaleras y subió con rapidez, movió la losa y sintió la frescura de la noche inundando sus pulmones. Faltaba poco tiempo para que cerraran el recinto, por lo que avanzó hasta el salón de arte para recoger sus cosas y marcharse del lugar.

Con la pintura en una mano y el relicario en la otra se dirigió a su hogar. El día siguiente sería el cumpleaños de su madre y estaba muy emocionada por entregarle dichos regalos. La noche terminó rápido dando paso al amanecer, la joven ya se había despertado para darle cuanto antes el presente a su madre y alistando todo, esperó a que su mamá despertara. No pasó mucho tiempo cuando la escuchó levantarse, y dirigiéndose hacia ella la felicitó entregando con posterioridad los presentes.

La madre emocionada miró el cuadro, y unas lágrimas brotaron de sus ojos. Destellos de impresión se visualizaron en su mirada y, viendo a su hija con incertidumbre pudo formular apenas unas cuantas palabras.

—¿De dónde sacaste esta imagen? —Le preguntó su mamá.

—La vi en un sueño. ¿Acaso no te gusta? Quise que fuera algo especial que conmemora el recuerdo de aquella triste pérdida.

—No, no es eso, la pintura es hermosa, pero necesito mostrarte algo. —La señora se fue un momento a la habitación y regresando a los pocos segundos, le mostró a la joven un viejo álbum de fotos que lucía el paso del tiempo. Buscó entre las páginas hasta encontrar el objetivo y mostrándoselo a su hija, esperó su reacción.

La joven observó la foto con lentitud y sintió cómo una opresión se instalaba en su pecho; sus piernas comenzaron a temblar y sintió el sudor resbalar por su frente. En la foto se observaba a una niña muy similar a la pequeña quien le había indicado los túneles, la cual portaba el mismo relicario colgando sobre su cuello. Hasta ese momento se dio cuenta del parecido que tenía la pintura con la infanta, tal vez esa era la razón por la que sentía una especie de conexión, por la cual se perdía tanto en la mirada de ambas.

—Ella era tu bisabuela. Estuvo en el Hospicio Cabañas durante un largo tiempo. Tu abuela siempre me platicaba todo lo que había vivido, sus experiencias y el triste momento vivido en la guerra de los cristeros. Siempre se lamentó por perder su collar, pues era el único recuerdo que tenía de su madre.

—De hecho, mamá —interrumpió la joven—, hace unos días encontré algo que quería darte. —Sacó el relicario de su bolsillo y se lo entregó—. No sabía

que era de ella, pero estoy segura de que fue quien me mostró el camino para encontrarlo.

—No puedo creerlo —dijo su madre sorprendida abriéndolo, dentro había una foto de la bisabuela con su madre. Ahora la joven comprendía el porqué la había llevado hasta los túneles.

—Ya entendí por qué querías mi ayuda —musitó la muchacha para sí—, no te preocupes, ya puedes descansar en paz, el relicario ya está donde pertenece.

La joven se dio cuenta de la conexión que ahora unía su historia con la de su bisabuela. El Instituto Cabañas de pronto dejó de sentirse ajeno, se abrió paso a la calidez, a la calma, al cariño, convirtiéndose en una parte de ella que la uniría más, no solo con su familia, sino con el secreto mito de los túneles que muy pocas personas conocen.

OSCURIDAD ROJA

Panteón de Belén

Dacara

05/nov/2022

Algo me llama, me obliga a volver, es como un zumbido de mosquito dentro de mi cabeza el cual solo desaparece al entrar en este lugar.

Los ángeles de la entrada roja sonríen al verme pasar por ahí.

Es mi tercera vez en venir al panteón durante esta semana, no puedo dejar de observar esa tumba, no es solo su nombre en ella lo que roba mi atención, lo más extraño son las fechas.

José G. Castillo, nació un 12 de septiembre de 1861 y murió en... ¿noviembre del 2022? Por más que me acercaba para tratar de ver mejor no lograba ver nada, ningún error, a excepción de ese tallón en donde se supone va el día de la muerte.

Eso me pone más nervioso, el día en que vi esa tumba por primera vez era uno de noviembre, fue inevitable no ponerse inquieto, la tumba llevaba mi nombre y la fecha coincidía con el mes en que la había encontrado.

Las horas frente a la tumba se pasan demasiado rápido, el tiempo aquí se siente muy diferente, podría jurar que hasta el viento se escucha diferente, es como si me envolviera en un eco, una burbuja donde solo estamos la tumba y yo, mirándonos con fijeza, como si fuéramos uno mismo.

La voz de un trabajador me despertó de mi trance, miré la hora y ya casi eran las tres de la tarde, cuando entré eran las diez de la mañana, debía de irme, ya que iban a cerrar un rato, por más que le supliqué no dejaron que me quedara más tiempo, creo que volveré por la noche.

08/nov/2022

La espera fue horrorosa, sentía que algo me quemaba por dentro, en mi desesperación comencé a buscar sobre ese José G. Castillo, pero no salía nada en mis redes sociales. Estando en el navegador decidí investigar sobre vidas pasa-

das, sobre como haces pactos para volver a encontrarte con almas en vidas futuras, sobre cómo algunas almas terminaban teniendo el mismo final trágico, sea por maldiciones o por karma.

Mi mente se llenó de teorías e información, la cual solo me carcomía más y más la cabeza, en estos días no pude hacer otra cosa más que pensar en eso, mi novia lo ha notado, me preguntó si algo pasó, pero no fui capaz de decírselo, me tomaría por un loco, pero también notó que todo cambió en mí desde la salida al panteón.

El sonido de la puerta abriéndose me sacó de mi mundo, los empleados del lugar comenzaron a mirarme extraño, me han visto ahí casi todos los días, en todos los horarios, en todos los recorridos, siempre mirando esa tumba.

Al entrar el guardia me detuvo, me tomó del brazo con muy poco cuidado y me llevó con uno de los empleados, resulta que he estado poniendo nerviosos a todos ellos, tal parece mi aspecto no da mucha confianza y resulta que desprendo un olor... sospechoso, así lo describieron ellos, me dijeron que nunca, en todos sus años trabajando en un panteón, habían estado cerca de un olor tan feo.

No me dejaron entrar, pero sin darme cuenta, me pasé todo el día sentado afuera del hospital que se encuentra al lado del panteón.

Algo va a pasar muy pronto, lo sé.

9/nov/2022

El aire cada vez es más denso, me cuesta mucho respirar, no sabría decir si me he quedado ciego o si solo se trata de la oscuridad, lo único que puedo escuchar es esa respiración que siempre se escucha afuera, como la de un animal.

Por más que intento hablar, moverme, hacer ruido o tan siquiera golpear la caja, no puedo, estoy inmóvil, lo he estado siempre.

El ataúd es invisible, puedo ver todo, estoy en la puerta que comunica el hospital del panteón, viendo en dirección a la tumba del niño Nachito, él al verme me sonrío de la misma manera que los ángeles de la entrada.

10/nov/2022

Este día si me dejaron entrar, les he dicho que soy escritor y que estoy haciendo una investigación sobre esta tumba, accedieron a dejarme entrar y a darme toda la información que ellos tengan.

En parte es verdad, soy escritor, de hecho, la primera vez que entré fue para esto, para investigar sobre este lugar lleno de leyendas.

Estuve haciendo garabatos en mi libreta, justo en la que estoy escribiendo esto, pero me topé con algo escrito en ella, mi sueño está plasmado en una hoja, yo no recuerdo haberlo hecho, y antes de venir no estaba ahí.

Mi sueño se sintió tan real, como si yo estuviera dentro de la tumba, podía sentir todo, el olor, el frío, el miedo y la muerte. Al sentarme sobre la tumba llegó un viento tan fuerte que por un momento pensé en que me llevaría volando, pero a los segundos se detuvo bruscamente, dejando un silencio que me puso los vellos de punta.

Puedo jurar que el viento me llevó a la nada, estoy donde mismo pero el lugar se volvió... diferente.

No hay nadie, ni un pájaro, solo estoy yo. Las demás tumbas se volvieron borrosas a la vista, el olor es asqueroso.

Al levantarme para observar mejor mi alrededor, unos leves golpes me hicieron voltear hacia abajo. Pensaría que son golpes que vienen de otro lugar, pero es imposible, el silencio es absoluto a excepción de esos toques.

Me agaché para escuchar mejor justo cuando los golpes pararon por un instante, pensé que todo había acabado, pero no es así, al enderezarme, los sonidos se hicieron muy fuertes, como si algo con fuerza sobrehumana estuviera ahí adentro, los golpeteos no paran, son demasiado rápidos, di unos pasos para atrás intentando huir, al chocar con otra tumba, esta comenzó a sonar, y así lo fueron haciendo todas en este lugar, hasta llegar al pasillo con arcos que rodea todo el lugar.

Corrí con todas mis fuerzas, pero al llegar a la puerta me di cuenta de que esta ya no estaba, es solo un muro pintado de rojo.

Unas fuertes pisadas comenzaron a escucharse por detrás de mí, sé que viene hacia acá.

Pero vaya, me sorprende ver al guardia frente a mí, mirándome preocupado, a pesar de que me preguntó amablemente si me encontraba bien, lo ignoré y salí en dirección a mi hogar.

11/nov/2022

No sé muy bien lo que hago aquí.

Algo en mi sueño me dijo que viniera a este lugar, es el mismo panteón, pero es otra tumba.

Esta lleva el nombre de una mujer, Greta R. Maldonado García, nació un 13 de agosto del año 1874 y murió un 27 de octubre de 1900.

Lo que me sorprendió fue que tiene flores frescas, la tumba está muy bien cuidada.

Es blanca, con una estructura elegante, llena de rosas rojas, y en medio de esta tumba hay un símbolo muy raro, es una estrella, en cada punta hay una veladora, todas ellas nuevas, pero se ve que han sido usadas recientemente, al igual que las flores, se nota que les han cambiado el agua.

Estaba por irme cuando una señora de la tercera edad me pregunta algo que no logro entender.

Me vuelve a decir y por más que me acerco no logro entenderle nada. Me toma del brazo y me guía a la salida, ya estando afuera me dice que no obedezca a las voces, que ellos cometieron el error de hacerlo, es por eso por lo que cuidan su tumba, si no lo hacen, las voces volverán al igual que las alucinaciones. Al preguntarle de quién era la tumba solo me contestó que, de la patrona, la reina de la hechicería, me dijo que no investigara nada más, que es mejor vivir en la ignorancia.

12/nov/2022

Ahora no hay silencio, se escucha mucho bullicio del otro lado de la caja, es como si hubiera una fiesta, son risas de mujeres, solamente son mujeres, están bailando sobre la tumba, cantan algo que no logro entender, los cánticos se vuelven cada vez más rápidos y guturales y la danza más grotesca.

Llega el punto en el que solo brincan y gritan sobre mí, es justo en uno de esos brincos en los que todo se vuelve negro y vuelvo en mí.

15/nov/2022

No puedo estar lejos de este lugar, menos después del sueño, mi cama comenzó a moverse sola durante toda la noche y por la mañana mi cuaderno desapareció, lo busqué por todos lados, pero nada.

Nunca pensé encontrarlo sobre la tumba del famoso vampiro, ahí estaba, solo junto al árbol.

16/nov/2022

Después del asunto de la libreta he decidido cargarla a todos lados en el bolso de mi pantalón.

Volví a tener el mismo sueño, sobre las risas y los bailes.

Me he sorprendido a mí mismo al cantar de la nada esos cánticos infernales, que por alguna extraña razón logro entender muy bien.

Sé que hablan sobre un bebé, un árbol, un hombre y un alma.

Sé que yo tengo algo que ver en esos cantos, pero no sé muy bien en qué.

17/nov/2022

Son las tres treinta y tres de la madrugada, desperté y estaba dormido sobre la tumba con una rosa rosa roja al lado mío.

Alrededor de la tumba hay veladoras apagadas, menos una, lo que me preocupa es que la veladora encendida estaba flotando sobre mí.

Intenté buscar con desesperación a algún guardia, pero estaba solo, en ese panteón, que de nuevo se ve borroso.

A lo lejos logro ver una pequeña figura acompañada de otra sombra, esta es alta y delgada.

Mientras más se acercan, más borrosos se ven.

La rosa comenzó a moverse lentamente, pensé que era por el viento, pero no, algo o alguien la arrastraba.

Me quedé mirando la flor fijamente hasta que me la aventaron al rostro, las espinas cayeron sobre mis ojos, sentía la sangre correr por mis mejillas, al intentar abrir los ojos logré ver ahora la silueta de una mujer vestida de rojo, caminando lento entre las tumbas, tomando un juguete que se encontraba sobre una de estas y cantando una canción de cuna.

La mujer tenía una voz maravillosa, como el canto de una sirena. Cada vez estaba más cerca de mí, pero algo me hizo volver a la realidad, mi despertador.

Ahora me encontraba en mi cama, sudado, lleno de lágrimas, lágrimas de color rojo.

(Sin fecha)

Puedo jurar que esa caja musical lleva sonando por días.

Cada vez que se detiene una risita burlesca la vuelve a hacer sonar, es la risa como de un bebé o un niño muy pequeño, como si este se divirtiera, pero no por la caja, sino por mí, algo me dice que le divierte verme sufrir.

18/nov/2022

He podido mover mi brazo izquierdo, no sé muy bien cómo lo hice, pero lo logré, por más que me esfuerzo, nadie escucha mis golpes, me siento abrumado, cada vez que despierto en este lugar me lleno de tristeza, siento como si algo estuviera siéndome arrebatado.

19/nov/2022

La mujer de rojo estuvo en mi hogar, todos estos días la he visto de soslayo, no busca esconderse, se burla de mi miedo.

Por más que intento volver a mi vida de antes, ella no me deja, aparece cuando estoy trabajando, cuando me estoy bañando, cuando estoy con mi novia, pero hoy llegó a su límite.

Desperté y sentí algo moverse junto a mí, algo se daba vuelta y me abrazaba, dejando un leve beso en mi pecho desnudo, supuse que era mi novia, quedamos en vernos para desayunar juntos, pero ese olor peculiar me hizo darme cuenta de lo que realmente estaba pasando.

Poco a poco y con mucho miedo fui abriendo los ojos, ella me estaba mirando directo a los ojos.

Por fin la veía cara a cara.

Su piel es parduzca, sus ojos están algo salidos, son grandes, de una forma exagerada, el color de estos es como de tierra de panteón.

Su boca es gigantesca, sonreía macabramente y sacaba la lengua como si se tratara de una niña traviesa.

Su voz comenzó a sonar dentro de mi cabeza, cantaba una canción de cuna mientras llevaba su mano a mis ojos, los tapó y me comenzó a dejar besos por todo el rostro, dejando al final mis labios para luego desaparecer.

Al abrir los ojos estaba de nuevo sobre la tumba, era de día, estaba sentado sobre esta con una rosa roja en mis manos.

Cualquier día/Nov/2022

El sonido de unos gemidos sobre la tumba me despertó, eran las mujeres, ya no cantaban ni bailaban, solamente gemían entre ellas, al darme una idea de lo que estaba pasando solo fruncí el ceño, asqueado.

El llanto de un bebé me hizo ponerme alerta, porque el llanto salía de mis labios, estaba llorando, no podía evitarlo, algo me obligaba a llorar. El llanto es muy estruendoso, al igual que los gemidos, estos dos sonidos por alguna extraña razón comenzaron a mezclarse y a subir de intensidad, hasta que todo se volvió oscuridad. De nuevo.

23/nov/2022

Todo ha dado un giro muy extraño.

Ya no puedo ver el rostro de mi novia igual, cada vez que lo veo, el rostro de la mujer de rojo toma su lugar, pero por alguna extraña razón... me gusta.

Desde el lugar en donde estoy puedo ver las dos tumbas, y también veo esa mano, asomándose detrás de otra tumba, con el dedo me dice que vaya donde está ella. La mano es muy delgada, las uñas son demasiado largas y de un color rojo sangre.

Lleva un anillo en su dedo anular izquierdo, es muy parecido al que me dio la abuela.

No sé en qué momento comencé a caminar en dirección a la mano, pero justo cuando estaba por tomarla, esos golpes volvieron.

Comencé a retroceder, pero la mujer fue más rápida, me jaló hacia ella y corrió, arrastrándome junto con ella.

Su cabello se movía al mismo tiempo que el viento, pero daba una imagen aterradora, su cabello es de un negro muy profundo, como el de la oscuridad en mis sueños.

La mujer corría por todo el panteón, cantando una canción de cuna, mientras que al mismo tiempo otras voces femeninas cantaban algo en otra lengua. Llegaron al centro del panteón, de un momento para otro todo se volvió oscuro, ya era de noche.

Ella comenzó a besarme desesperadamente, mientras que las demás mujeres comenzaron a desnudarnos, al separarse noté que había veladoras por todos lados del panteón, por el suelo, sobre tumbas, unas que otras volando, pero sobre mí había una veladora negra, encendida, pero estaba a punto de terminarse.

Al voltear a mi alrededor vi a todas esas mujeres desnudas, cantando y bailando, como en mi sueño, alrededor de la tumba con mi nombre, la cual estaba descubierta.

No sé en qué momento caí dentro de esta, me encontraba bailando y cantando, pero de la nada estoy aquí.

Ellas me lanzan besos mientras la van cerrando poco a poco, hasta que solo veía oscuridad.

¿ ? /Nov/2022

Oscuridad, eso veo desde siempre, el tiempo ya no existe, lo único que existe es la oscuridad.

LENA ERES DE GRACIA

Templo Expiatorio

Fa Padilla

Mi madre me otorgó mi destino desde que nací. Desde que di el primer respiro del aire podrido de este mundo supe que venía a redimirlos, pero también ella me dio la razón y me otorgó un nombre: María. Siempre le decían a mi madre que Dios la bendijo con una niña buena y blanquita y eso a mí me llenaba el corazón.

Conforme fui creciendo me alimentaron y cuidaron, crecí fuerte y sana en una familia que me amaba, donde yo era su única preocupación, mi piel pálida y cabello castaño claro y largo siempre fueron mis mayores atributos, mi abuelita siempre me dijo que parecía una virgencita como la del Rosario o la de Fátima; ella siempre me decía “mi santita” o “mi virgencita”.

Me gustaba acompañarla a sus mandados del templo Expiatorio, ella fue quien me acercó a esa vida, los viernes le tocaba repartir la hojita parroquial por toda la calle Madero y la calle Prado. Me gustaba visitar a los vecinos para que ellos también me dijeran que parecía una santita.

Acompañaba a mi abuelita a la misa de siete de la noche todos los días, menos los domingos, a esa íbamos temprano, a la de ocho de la mañana. El padre Lázaro siempre comía en nuestra casa porque mi abuelita lo invitaba. Así era cada semana para mí y mi familia, hasta que mi abuelita murió.

Fue un ataque al corazón, siempre pareció no importarle su estado de salud y andaba tan activa que su inhalador era solo un tiliche más en su bolsa. Su muerte cambió mi vida, tan solo tenía 10 años cuando comencé a alejarme de todo lo que ella representaba para mí: la misa dominical, el incienso que más le gustaba era el de copal. El rosario, siempre me dejaba a mí las letanías; la adoración nocturna los jueves, ella me tejió mi chal rojo para llevarlo cuando hiciera frío.

Comencé a perder el gusto por ir a la escuela y todo lo que escuchaba era que solo era una etapa y que no tenía que exagerar. Mi madre al intentar ayudarme en el pozo de mi miseria me dijo que tal vez si volvía a hacer las cosas como cuando estaba mi abuela podía sentirme mejor. Al principio no lo entendí, duré casi un año encerrada en mi cuarto.

Después de un largo estira y afloja con mi madre y mis ánimos, me levante una mañana de domingo. Ni tan animada ni tan contenta. Me puse mi falda larga de flores blancas, el velo favorito de mi abuela, encaje negro floreado también, y el chal que ella me tejió.

Antes de salir tomé mi libro de oraciones y mi rosario, sin dar un paso más escuché a mi madre sorprendida

—¿María, ¿qué te pasa? Es un milagro que estés en pie, ¿a dónde vas?

—Al templo, madre, voy a orar por el descanso eterno de mi abuelita— ambas nos persignamos— y también porque Dios me ha dado ganas hoy de levantarme de mi cama.

—¡No sabes cómo me alegra eso!, dame unos segundos en la cochera e iré contigo, ¡ve cómo me tiemblan las manos de la emoción, debemos ir juntas!

Asentí y la esperé afuera de la casa, revisé la hora en mi reloj de mano, las siete y cuarto aún era buena hora para rezar laudes en lo que mi madre bajaba. Abrí mi libro de oraciones y tomé asiento en las sillas que teníamos en el jardín de la entrada donde tomaba el té con mi abuelita.

Me disponía a comenzar cuando escuché un golpe seco dentro de la casa, asustada arrojé mi libro de oraciones y entré corriendo. Mi madre había caído de las escaleras y quién sabe desde qué altura. Sangraba la parte de atrás de su cabeza.

Esto no me podía estar pasando a mí, que Dios me arrebatase a mi abuelita primero y después a mi madre, los seres que más amaba en el mundo. Puse mi mano en su cara.

—¡Madre, despierta, por favor! —le sacudía la cabeza y la llamaba con voz temblorosa— ¡Madre!, ¡madre!, madre...

Le quité los cabellos de la cara y le di una última caricia que dejó su frente con manchas de sangre. Me puse de pie, mirando su cadáver, recé un Ave María y salí de la casa, tomé mi libro de oraciones y caminé hacia el Expiatorio.

Escondía mi mano ensangrentada en el chal. Cabeza agachada, caminata rápida, llegué a la avenida para cruzar, todo me daba vueltas, quería devolver el estómago, mi madre acababa de morir y no hice nada, ¿yo la maté?

~~Sal de aquí inepta, ¡corre!~~

—Pero ¿a dónde voy?

La calle estaba algo sola, así que actué lo mejor que pude, con naturalidad, mi meta actual era ir a la iglesia, a orar por mi recuperación.

~~Tu mamá...~~

—Puede esperar.

Comencé a sentir que volaba, o por lo menos que mis pasos eran suaves al momento de pisar el concreto de las banquetas. Ya eran las ocho. Mi estómago se revolvió por los ácidos estomacales que se pudrían dentro de mí.

La primera campanada fue mi señal, la señal que tanto esperaba, marcaba la melodía del Ave María que se escuchaba cada hora en el Expiatorio. Comencé a escuchar el canto de los ángeles, me cantaban a mí. Escuchaba a los arcángeles y a los querubines llamarme por mi nombre.

El Ave María era la melodía más hermosa que mi corazón pudo haber sentido en ese momento. Ahora veía al apóstol Pedro a mi lado, también veía a Santiago, me llamaban a mí, a mí, a mí, y solo a mí.

Tenía que ir con el Señor, él me daría la respuesta, ¿de verdad me estaba dando esta señal? Era yo la elegida, floté por la nube que el arcángel Miguel mandó para mí, veía en lo alto los carros y calandrias por la avenida Enrique Díaz, era todo tan mágico y espiritual en ese momento.

~~Intentaba esquivar los pocos carros que andaban por la avenida, estaba tan extasiada conmigo que pude haber muerto en ese momento, al llegar a la acera de enfrente me agarré lo más fuerte que pude de una lámpara que estaba a la orilla.~~

Ahora estaba aquí, en los arcos de la entrada al altar del Señor, tenía que estar lista para escuchar el plan que tenía para mí. Al dar el primer paso dentro de la Casa del Señor todo el mundo volteaba a verme, de seguro eran enviados por el Señor también, podía ser una clase de corte celestial que el Señor había recolectado de entre sus fieles ovejas.

Allí estaba, el Señor esperándome en su altar, tan majestuoso como lo dice su palabra, mi cuerpo no soportaba toda esta conmoción, me sentía débil y opté por sentarme en una banca del lado derecho, allí pegadito a la banca había una figura de la virgen, no recuerdo cuál era, todas las imágenes estaban cubiertas con tela morada, estábamos esperando la resurrección del Señor. Pero yo no tenía que esperar, lo tenía enfrente y estaba esperando que me diera su mensaje de amor para predicar, así como Juan, como Simón, incluso, como su santa Madre, ella era ejemplo de vida para todas las mujeres de mi familia.

Comencé a escuchar la voz de Dios en hebreo, en griego y otras lenguas que no entendía.

~~Mientras miraba al candelabro de la mitad de la iglesia había gente preguntándome si estaba bien, sacudían mis hombros y me preguntaban mi nombre:~~

~~¡¡¡Ayuda!!!~~

~~—¿Cuál es tu nombre, mujer de paz?~~

~~—María, ese es el nombre que me puso mi madre~~

~~¡María, soy María, ayúdenme por favor, estoy atrapada!~~

—Dime, Señor, ¿para qué me has traído aquí?, quiero ser una más de tus mensajeras de amor.

Pero después solo escuchaba los necios rezos de las señoras que iban a misa de ocho, el padre Lorenzo daba la homilía mientras yo resultaba estar en el medio del pasillo central mirando al ventanal de colores de la iglesia.

¿Qué les pasaba?, ¿acaso no saben dirigirse con respeto hacia los elegidos del Señor?, ¿acaso no sabían que mi simple presencia merecía un doblez de rodilla? Me admira cómo ni siquiera el padre Lorenzo sabe eso.

Indignada caminé hacia el altar, bajé las escaleras y fui a las tumbas que había por debajo del templo. Sentada al lado de una tumba a medio construir saqué mi rosario y comencé a rezar para que Dios volviera a comunicarse conmigo, él tenía que decirme algo importante, yo sentía eso en lo más profundo del corazón.

Estaba tan sumergida en mi rezo que no había sentido la presencia de alguien, me torné helada, seguí rezando y apreté mis ojos con más intensidad. No era suficiente, me cubrí la cara con el velo, no quería que nadie me quitara ese momento especial de rezo; de repente ya no escuché ni los pasos ni los susurros.

—Ya se lo dije, padre, allí abajo está María, la de Esther, anda rezando como si quisiera que se le salga el diablo a alguien.

—Usted tranquila, doña Silvia, ahorita voy allí abajo a calmarla, capaz y solo se peleó con su mamá y anda desconcertada.

Ay, Dios mío, ni siquiera recordaba que era viernes santo, con razón el Señor se comunicaba conmigo, en el día que el cordero muere para darnos vida eterna. Todos deberían de estar en profunda comunión contigo, Señor. En ese momento oraba por ellos y por el mundo entero.

—¿María? —Miré al techo pensando que el Señor se comunicaría conmigo de nuevo.

—Ah, es usted padre Lorenzo, ¿puede dejarme sola?, estoy rezando por la paz mundial

—María, hace mucho que no te veía por aquí, ¿cómo está tu mamá?

~~Muerta, muerta, muerta, muerta, muerta, muerta, muerta, muerta.~~

—Está bien, padre, ella está en perfectas condiciones.

—Deberías traerla hoy a la celebración de la palabra a las tres de la tarde, acuérdate que hoy es muy importante comulgar.

—Yo sé, padre, yo sé —esquivaba su mirada, solo quería volver a rezar, quería estar con Dios.

—¿Quieres seguir orando aquí o subes conmigo?

—Vaya usted, padre, aquí me siento cómoda

Él subió las escaleras y recuperé mi silencio personal, inhalaba polvo de concreto y exhalaba mis pecados más profundos. Seguí rezando después de esta interrupción incómoda.

~~María, escúchame, por favor, puede que aún estés a tiempo de salvar a mamá, ve por ella, te lo ruego.~~

—¿Podrías dejarme en paz?

~~María, escúchame, mi madre está muerta. Nuestra madre.~~

—Deberías de escucharme tú a mí, deja de ser tan necia, estamos esperando el mensaje del Señor, algo tan mundano como la muerte se puede pensar después, hoy es el día en el que el Señor me llamará a su morada para darme mi misión.

~~¡¡¡María, escúchate, solo hablas idioteces, Dios no va a escoger a una niña como su misionera.~~

—¿Estás escuchándote acaso?, la blasfemia nos carcome, María, déjame en paz, voy a orar con Dios.

~~La que debería de escucharse eres tú, has dejado a nuestra madre en el piso, eres una criminal.~~

—Escúchame, y es la última vez que te quiero escuchar, Dios nos ha escogido, desde que estábamos en el vientre de nuestra madre, éramos una de tantas elegidas, fuimos descarriadas durante un año, sí, pero Dios siempre sabe por qué hace las cosas. ¿Qué acaso no lo recuerdas?, nos llamaban santita, nos llamaban virgencita, somos la clara imagen de la virgen. Ahora, déjame en paz y no vuelvas nunca.

—Eso es, no vuelvas nunca.

Abrí los ojos, siempre he pensado que ese fue el sueño que intentaba atrofiar los planes de Dios, quién pensaría que después de esa conversación con el diablo interno que todos tenemos el Señor me buscaría.

—María, al fin te encuentro —estaba acostada en una de las tumbas y en cuanto escuché la potente voz del Señor me desperté, me arrodillé con la cara al piso y respondí.

—Aquí tienes a esta oveja, Señor, dime, cuál es el plan que tienes para mí.

—¿Plan?, María, eras la candidata perfecta para depositar el amor y la misericordia de mi padre, pero... ¿Has matado a tu madre?

—¡Padre, ten piedad de mí! —mi cuerpo comenzaba a temblar de miedo.

—María, esto no es un juego, nunca lo fue, te elegí desde que naciste, me has decepcionado por completo, la muerte de alguien debe ser hasta que yo lo deci-

da, tuviste la oportunidad de salvar a tu madre y no lo hiciste, eres casi tan traicionera como Judas, estoy tan triste y...

—¡Señor, por favor, te lo ruego, déjame enseñarte que...

—María, es tarde, ya no necesito ni tu temor, ni tu oración, ni tu rezo, no te necesito, aléjate de mi pueblo que es honesto, no necesito gente como tú para predicar mi palabra.

—¡Señor!, Señor, escúchame.

Aún me zumban los oídos, se fue, no dijo nada más, me abandonó, e incluso me ha despojado de toda la dignidad que me quedaba. Eso era tan humillante, el pecho me dolía, ni siquiera podía levantar mi cabeza del suelo, esto era el castigo eterno que debía de cargar por el resto de mi vida.

Pero esto no era lo que mi abuela quería, ni mi madre, ni el padre Lorenzo, quería probarle a Dios cuán mal estaba al desterrar a una de sus más fieles ovejas. Las lágrimas de coraje comenzaron a rodar por mis mejillas, apreté los puños, grité, pataleé. Quería que volviera.

Después de un rato abrí los ojos, al parecer me había dormido en el suelo de las tumbas subterráneas, me desperté mareada y sin ninguna idea de lo que había pasado como para caer en descanso. Pero entonces, escuché al pueblo, escuché el templo repleto de gente, era mi momento, el momento de demostrar que Dios se había equivocado.

Me limpié la cara con el chal que traía y subí las escaleras, miré escondida detrás del muro del altar, allí estaba, todo el pueblo, todo mi pueblo.

Verlos me causaba una enorme lástima, que egoísta Dios al tratar de quitarles al nuevo cordero de Dios, les quería hacer un favor, y al saber que ya había pecado de todas las maneras posibles me arriesgué.

Tomé mis faldas y di un respiro, me coloqué delante del altar, y allí venían, a adorarme. Venían a besarme los pies y a pedir misericordia por sus almas perdidas, que triste ser ellos, que triste ser ovejas perdidas teniendo al pastor que nos salva, que triste que Dios haya desperdiciado tanto a María, a mí, la nueva redentora de esta muchedumbre sarnosa.

DESAPARECIDOS

Calzada del Ejército

Fernanda De la Mora

Cristian había muerto, o al menos eso era lo que sus padres le decían a todo el mundo.

Todos habíamos asistido al funeral donde el ataúd se mantuvo todo el tiempo cerrado y una foto de un Cris sonriente permanecía sobre la tapa de este, aunque, mis amigos y yo sabíamos que el cuerpo no estaba ahí.

Cristian no había muerto, la calle se lo había tragado.

Aquellas vacaciones de verano fueron las más tristes y extrañas para todos nosotros, pues habíamos pasado de jugar todas las tardes al Mario Kart en aquella casa gigante de Ejército, a vagar por toda la calzada esperando encontrar un milagro que nos hiciera volver a ver a nuestro amigo.

La idea de que el barrio y las calles que frecuentamos todo el tiempo se vieran involucrados en algo más allá de muchachitos robando celulares en el jardín de la plaza de la Bandera, jamás había cruzado por nuestras mentes. Sin embargo, todo había comenzado a tornarse extraño desde aquella noche en Ejército, en donde Cristian desapareció en un simple parpadeo.

Cristian había desaparecido justo en nuestras narices.

Ahí, mientras todos caminábamos por la calzada de noche, cuidándonos las espaldas los unos a los otros para evitar que los tipos que siempre acechaban las calles de 5 de febrero y Violeta, nos tomaran por sorpresa y nos quitaran los únicos veinte pesos que teníamos para comprar algo en cualquier Oxxo. Ahí, en medio de las pláticas sin sentido y las risas que inundaban el silencio abrumador que a veces podía sentirse en la calzada por las noches. Ahí, justo al pasar el mercado, fue cuando me di cuenta de que Cristian no nos estaba cuidando desde atrás como siempre hacía. Ahí, en el mismo recorrido de todos los días, las mismas calles de siempre, Cristian se fue.

Lo buscamos los siguientes cinco días sin parar, sin poder pegar un ojo en la noche debido a la angustiada incertidumbre. Preguntamos en todos los negocios de autopartes, en todas las llanteras, en cada puesto del mercado, en las pollerías

y en la gasolinera, preguntamos a la iglesia evangélica y a la gente que se encarga de los juegos mecánicos en Revolución.

Nada. Nadie sabía nada, era como si se lo hubiese llevado el viento, como si se hubiera hecho polvo, como si jamás hubiera existido.

Una semana después, el mercado estaba lleno de secretos a voces; unas personas decían que los de la plaza se habían encargado de desaparecer al pobre chico que les debía una cantidad enorme de dinero; otras, decían que sus padres lo habían anexo de un día para otro; más rumores afirmaban que se había colgado de ese gran árbol que estaba en el patio de la casa de su abuela y otros más, decían que se había ido con su novia “*por ahí, de románticos*”. Ese último era el que menos creía la gente, pues su novia Cintya era una de tantas personas que también lo buscaba como una desquiciada.

Después de unas semanas, la policía simplemente dejó el caso de lado, argumentando que había casos más relevantes y con muchísima más prioridad que la desaparición de un drogadicto que seguramente se había escapado de casa. La gente comenzó a dejar de hablar de ello como si fuera una muerte más para el barrio luego del funeral que sus padres organizaron, poco convencidos de que fuera una verdadera solución.

A todos nos pareció algo increíble que tan solo dos meses hubieran bastado para que sus padres se dieran por vencidos y dejaran de buscarlo, se resignaran a creer la realidad que toda la gente les pintaba. Sin respuestas y con la incertidumbre bombardeándome en los oídos, la misma pregunta me carcomía mis pensamientos: ¿cómo un chico de diecinueve años podría desaparecer sin dejar rastro alguno?

Seguía pasando el tiempo y el recuerdo de la casa de Cristian me parecía demasiado nostálgico. Cada viernes, el segundo piso de la ya famosa casa de los Yamaikas —entre los que conocían a la banda— apeataba a alcohol, tabaco y algo de marihuana. La música que provenía de la enorme bocina del amplificador hacía que la vieja barra de la cocinita temblara un poco, daba la impresión de que iba a romperse en cualquier momento.

Siempre me había preguntado cómo es que tantas personas podían estar en la pequeña estancia del segundo piso; una sala de estar, con sillones viejos y resortes salidos; la cocinita tenía una estufa que no funcionaba, alacenas vacías y el espacio suficiente para cuatro personas; una habitación donde a todo el mundo le gustaba encerrarse y fumar hasta que no se notaran los rostros ajenos gracias al humo y un baño sin puerta; sin contar el pequeño balcón donde, demasiado

ingenuos, pensábamos que nadie nunca iba a oler el fuerte aroma de la marihuana que siempre llevaba Jona.

Luego de seis meses de la misteriosa desaparición, todos esos alegres momentos parecían insignificantes, como si jamás hubieran pasado realmente. Los chicos dejaron de reunirse en casa de Cristian, su hermano se había aislado completamente del mundo y a su madre se le veía de vez en cuando por el mercado haciendo las compras, sin embargo, parecía que su alma se le había ido del cuerpo hacía meses.

Parecía que mientras seguía avanzando el tiempo, más dejaba de importarle a todos los demás, como si poco a poco también comenzara a desaparecer de sus memorias.

Solo quedamos yo y las dudas que aún habitaban en mi pecho, así que todas las noches, a la misma hora que recuerdo, daba el mismo recorrido, una y otra vez, esperando percatarme de algo que en su momento nadie más pudo notar.

Después de varios días haciendo lo mismo, traté de juntar a todos nuevamente en la casa de siempre, ahí en Ejército, tratando de que volvieran a darle un poco de importancia a todo esto que a mí seguía sin dejarme dormir por las noches.

Caminaba por la calzada planeando qué cosa les diría, ya tenía demasiado tiempo que nadie tocaba el tema y mucho menos mencionábamos su nombre, ¿qué iban a decirme? Seguramente también era tiempo de que aceptara los hechos por más surrealistas que parecieran ante los ojos de todo el mundo.

Divagando una y otra vez entre los posibles escenarios, de soslayo vi cómo alguien muy conocido pasó justo a mi lado. Levanté la vista y me giré de inmediato. Era él. Caminaba tranquilamente con las manos en los bolsillos, sin ninguna preocupación sobre su espalda, dando zancadas tan ligeras que parecía estar flotando.

Sin pensarlo demasiado, lo seguí.

—¡Hey! ¡Cris! —Lo llamé, pero no se molestó ni un minuto en contestar, ni siquiera había hecho algún ademán de voltear hacia mi dirección.

Lo seguí con pasos rápidos que parecían no poder tener la velocidad suficiente para alcanzarlo. Pasamos varias llanteras, algunos puestos de autopartes, llegamos al mercado y una cuadra más adelante se detuvo en un portón negro, con la fachada descuidada y decolorada por el sol. Después de un momento, volteó a mirarme, sonrió tranquilamente y entró.

Corrí tras él y comencé a tocar la puerta con toda la desesperación que aún había en lo profundo de mi pecho. Gritaba su nombre una y otra vez, el eco del

portón resonaba con fuerza, y aún así, nadie se escuchaba dentro, nadie parecía querer abrir la puerta.

Las palabras *nadie* y *Cristian* comenzaban a sonar muy similares en mi mente.

Después de algunos minutos eternos, en donde esperé en el monumento a la bandera a que todos llegaran a mi llamado, pude vislumbrar por fin las siluetas de todo el grupo a lo lejos. Rompí a llorar una vez que comencé a contarles lo que había pasado.

—Yo... no puedo explicármelo, ¡pero era él! —hablaba con las palabras apenas saliendo en un hilo de voz.

—Vamos entonces —propuso Trivi y no necesitamos más para comenzar a caminar de nuevo a donde lo perdí por segunda vez. Luego de caminar de nuevo varias cuadras que me parecían interminables, les expliqué cómo había sido que toqué y llamé al portón que se encontraba ya frente a nosotros. Astrid me tomó por el brazo repentinamente con mucha fuerza.

—Aquí no vive nadie —me dijo con la cara aún más pálida de lo que había estado todo este tiempo.

—¿Cómo no va a vivir nadie? ¿Por qué se metió ahí entonces? —Ella conocía más los alrededores que todos los demás. Llevaba toda su vida viviendo de este lado del barrio, su mamá conocía a todo el mercado entero y si decía que ahí no vivía nadie, no había por qué dudar.

—Este portón ha estado cerrado desde que tú y yo estábamos en la primaria —me decía, claramente asustada.

Todos se veían demasiado confundidos, incluyéndome, así que decidí tocar la puerta con mis llaves nuevamente.

El eco del portón se escuchaba una vez más, cubriendo el silencio de la madrugada. No parecía haber ninguna luz prendida dentro y no se escuchaba nada más que nuestras respiraciones que poco a poco comenzaban a alterarse.

—Si, la verdad nadie vive ahí —mencionó Cubo, con la risa nerviosa.

—¿Entonces qué onda? ¿Vi un fantasma o qué? —pregunté tratando de aferrarme a mi poco sentido común.

—Yo digo que cada uno a su casa y chingó a su madre —Óscar comenzó a caminar esperando que lo siguiéramos, y eso hicimos, aunque yo sentí que lo hice más a fuerzas que por ganas de en verdad irme.

Esa noche, de nuevo, no pude dormir.

Por lo general, siempre nos pasaban cosas fuera de lo común, con perros y gatos callejeros, con gente desconocida que llegaba a las fiestas de Cristian, situaciones incómodas con los padres de todos nosotros, cosas que podrían con-

siderarse normales, pero esta vez mi sexto sentido me punzaba en la boca del estómago. Todo seguía siendo muy extraño y no había ninguna explicación lógica.

Pasaban los días y parecía que el mundo se había olvidado de todo, de la desaparición, de lo que había visto yo en la calzada, incluso del funeral. Todos siguieron con su rutina y sus vidas sin prestarle la más mínima atención, incluso habían hecho otra fiesta en casa de Cristian, ya a nadie le importaba. Y ahí estábamos otra vez; todos sentados en la sala hablando de cualquier cosa, algún grupo alternativo que no conocía se escuchaba desde el amplificador que estaba a todo volumen como ya era costumbre.

Fue ahí cuando lo vi de nuevo.

Al lado de la barra de la cocina, de pie, con la mirada perdida, siendo iluminado por las luces de colores de la fiesta que te hacían ver aún más borroso cuando bebes demasiado alcohol.

Me levanté de golpe, dejando caer la lata de cerveza que había puesto Cubo en mi rodilla jugando con el equilibrio.

—¿Qué onda? —preguntó claramente confundido, todos me miraban extrañados.

Lo único que pude hacer fue señalar a Cristian que seguía ahí parado, sin moverse, sin mirarme, no miraba a nadie, sus ojos parecían estar de alguna forma apagados. Sentí un dolor en el pecho.

—¿Ustedes... no lo ven? —pregunté, sentía la saliva seca y el malestar en la boca del estómago trepaba por mi garganta.

—¿A quién? —preguntó Astrid, la preocupación comenzaba a delinear su semblante.

—Cris... Cristian —apenas me salía la voz, lo que trepaba por mi garganta se convirtió en vómito. Me tapé la boca y mis piernas reaccionaron llevándome al baño, los chicos me siguieron.

Mi estómago se vaciaba de una manera tan placentera y asquerosa al mismo tiempo. Sentía las arcadas arrancarme todo de su lugar y acomodarlo una y otra vez.

Cuando pude abrir los ojos, me asusté y retrocedí lejos de la taza del baño. El vómito se veía viscoso, negro y emanaba un olor a putrefacción impresionante.

—¿Qué mierda? —preguntó Trivi mientras Astrid me sostenía en su regazo y me apartaba el cabello del rostro.

Me llevaron al balcón para que tomara aire fresco, y mientras atravesamos la pequeña sala de estar, miré de reojo nuevamente el sitio donde había visto a Cris, inmóvil.

Ya no estaba ahí.

—No entiendo, ¡no entiendo nada! —grité, desesperada—. Él estaba ahí, lo vi claramente, justo como la última vez.

—¿Pero por qué nadie vio nada? —preguntaba mi amiga, acariciando mi espalda para tratar de hacer que consiguiera calmarme tan solo un poco.

—No lo sé, pero desde esa noche, he sentido algo extraño en el estómago, algo que sé que no está bien...

Miradas de preocupación caían sobre mí, pero agradecí que no dijeran nada más, mis nervios no hubiesen soportado algún comentario sin sentido. La situación en ese momento había dejado de ser divertida y de nuevo a todos nos caía el balde de la aplastante realidad sobre los hombros.

Todos me llevaron a mi casa en grupo, le dijeron a mi madre que algo no me había caído bien y que en realidad no había vomitado por el alcohol. Ella preocupada me tocó la cara esperando que tuviera algo de fiebre, pero me dijo que estaba más fría y pálida de lo normal. Yo lo único que quería en ese momento era dormir y no volver a despertar.

Después de tomarme las pastillas que, en palabras de mi madre, me harían sentir mejor y me ayudarían a descansar, traté de conciliar el sueño fallando rotundamente en ello. La imagen de Cristian con su mirada vacía y hacia ningún lado, me hacía pensar demasiado y darle vueltas a toda esta situación.

¿Por qué solo yo podía verlo? ¿Qué fue eso del vómito y porque nadie más parecía notar lo mal que estaba todo?

Giraba una y otra vez entre las sábanas, tratando de no darle tanta importancia, así como todos seguían haciendo. Tuve la idea de tomarme unas cuantas pastillas de clonazepam, esas que le había quitado a Cubo la semana pasada porque él sí tenía un verdadero problema de adicción, pero a mí, la única cosa que me harían sería dormir y dejar de preocuparme un momento.

Me levanté sintiendo el cuerpo como ajeno, de otra persona, avanzaba con lentitud y con un gran peso en los hombros y la espalda. Al llegar a mi closet para buscar la cartera de pastillas, volví a verlo, aunque esta vez no tenía fuerzas para sorprenderme ni retroceder. Me quedé en el sitio, observándolo con más atención que las veces pasadas.

Su mirada se dirigía a un punto no fijo en la habitación, parecía muerto, pero se veía vivo. ¿Muerto en vida? Todos los demás se reirían de mí si les dijera

que Cristian podría ser un zombi, que desapareció y reapareció convertido en un tipo que come cerebros.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con una inmensurable fatiga. Sin responderme una sola palabra, caminó en dirección a la puerta principal. Una vez que me puse los zapatos, lo seguí saliendo al frío de la noche.

Caminamos una vez más por donde siempre y a juzgar por la luna, que iluminaba de un increíble azul las calles donde las lámparas parpadeaban, pude deducir que era también la misma hora de la vez que desapareció.

Caminamos y caminamos por toda la avenida, pasamos por el monumento del águila, el cual siempre me hacía pensar en que ese lugar en específico encerraba muchísima historia de una Guadalajara antigua, tal vez, incluso, habría más historias como la de Cristian y solo el águila las conocía todas, pues al parecer las personas se olvidan de quienes desaparecen de la nada.

El sonido del silencio era tan espeso, que me hacía sentir cierta incomodidad; sin embargo, la ignoraba, tal vez estaba comenzando a disociar, tal vez todas las veces que vi a Cristian en realidad estaba pasando por un momento de esquizofrenia en el afán por aferrarme a una realidad menos oscura. En este punto, ya no sabía nada con certeza.

Llegamos a donde supuse desde un principio. El portón negro enorme y la fachada descolorida por el sol. Ahora que la observaba con más detenimiento, me daba cuenta de que, por lo deteriorado del exterior, se confundía fácilmente con todas las llanteras y talleres de este lado de la avenida.

Esta vez, con la mano en la puerta a punto de entrar, Cristian me miró, justo como la primera vez que lo vi entrar a esa puerta. No supe descifrar lo que sus ojos me decían, pero luego de un parpadeo, entró, desapareciendo entre la oscuridad de la nada y el vacío.

Maldije unos momentos en mi mente al percatarme de que no había llevado mi teléfono conmigo, no contaba con nada para alumbrar el camino que me esperaba una vez entrara a la casa abandonada, así que tomando aire y un poco de valor, di el primer paso.

Cuando estuve un poco más allá del umbral de la puerta, esta se cerró con fuerza a mis espaldas, yo me hice un ovillo en el suelo como respuesta, no quería continuar descubriendo lo que sea que me esperara.

Ensimismada en el horror que comenzaba a crecer muy en mi interior, me percaté de algo viscoso que comenzó a subirme por la pantorrilla, grité de inmediato y me sacudí todo el cuerpo. Al abrir los ojos, la sensación de que algo me miraba desde el fondo del oscuro corredor me abrazó por completo.

Tragué con dificultad. Había luz muy al fondo, pero no era la típica luz blanca que nos inspira confianza a todos y sabemos que todo estará bien, más bien sabía que si avanzaba, algo muy malo me sucedería y al mismo tiempo tenía la misma sensación quedándome parada en el sitio.

Mis piernas se movieron sin que yo pensara en hacerlo y avancé más lento de lo que me hubiera gustado. Cada paso que daba, una vela roja se encendía tras de mí, el camino se comenzaba a iluminar y pude ver como de las paredes de madera podrida, no paraban de salir gusanos de todos tamaños y colores. Contuve una arcada, eso era lo que me había estado subiendo por la pierna y sabrá por donde más, tal vez por sobre mis botas, en la camisa, entre mi cabello.

La silueta que me esperaba al final del pasillo era tan alta que parecía que su cabeza casi tocaba el techo, sus extremidades de igual manera eran demasiado largas, especialmente las manos, pues parecía que las uñas eran del mismo tamaño que sus dedos.

Cuando llegué a estar frente a frente, el olor a putrefacción me invadió las fosas nasales, desvié la mirada atrás de aquella criatura y el cadáver de Cristian estaba ya en un estado de descomposición avanzado. Quise retroceder, pero mis piernas ya no podían moverse ni responder a mi débil voluntad.

Miré hacia mis pies, los gusanos intentaban inmovilizarme trepando hasta mis rodillas. El asco subía nuevamente por mi garganta, pero ya no sentía que pudiese salir nada, nada más la sensación de la arcada permanecía allí, eso y la incomodidad de mi estómago, que se sentía ahora como un vacío tan profundo que parecía no tener un final, ni un inicio. Era un vacío abrumador, al igual que las cuencas vacías de la criatura que ahora me tomaba de ambas mejillas con una sola de sus manos, que me forzaba a abrir la boca y se bebía a grandes sorbos mi vida.

...

Olivia había muerto, o eso era lo que su madre le había dicho a todo el mundo.

Los jóvenes del barrio asistieron al funeral donde el ataúd se mantuvo todo el tiempo cerrado y una foto de una Oli sonriente permanecía sobre la tapa de este, aunque, sus amigos sabían que el cuerpo no estaba ahí.

Olivia no había muerto, la calle se la había tragado.

LÍBRANOS DEL MAL

Los dos templos

Fernanda Ruiz

Hoy me toca celebrar la misa de las once de la mañana, debo darme prisa en arreglarme. Me pongo el alba blanca, la estola color verde encima colgada al cuello y finalizo amarrando el cingulo en mi cintura. El canto de las aves me acompaña en este nuevo día. Camino por la sacristía viendo a los acólitos ya listos para la ceremonia, a paso lento ingresamos hasta el altar para dar comienzo a la celebración. Tengo ya cinco años en el templo de Nuestra Señora de Aranzazú, soy uno de los sacerdotes más jóvenes de la comunidad a pesar de que ya cuento con cuarenta.

Hoy rememoro otros días, aquellos en los cuales, al finalizar la misa siempre iba a dar un paseo a los alrededores, de vez en cuando entraba al templo de San Francisco, el que estaba justo en frente, me sentaba en las bancas del fondo a rezar junto con los demás creyentes, el padre Raúl estaba en el confesionario, siempre a esta hora me tocaba verlo, era un hombre de estatura y complexión media, en mi mente me refería a él como el santo, su estancia aquí era de un año a penas, de ojos miel y cabello castaño claro, a veces esperaba a que terminara de confesar e íbamos un rato a la plaza a platicar.

Raúl era hijo único, su padre era miembro del Ejército Constitucionalista quien raptó a su madre para irse a vivir juntos, me contaba que él en un principio quería ser escritor, pero su padre, convencido por su madre, lo obligó a ingresar al Seminario Diocesano de Guadalajara, si bien en un principio estaba disgustado, con el tiempo le empezó a tomar cariño a su profesión.

—¿Cómo está Joel? Hace mucho que no lo veía por aquí —Raúl caminaba hacia mí quitándose la estola.

—He estado muy ocupado, han entrado nuevos acólitos al grupo y me gusta darles las clases, algunos son muy chiquitos y más paciencia le pido a Dios porque son muy inquietos, ¿y tú?, ¿cómo estás?

—Cansado, di dos misas de difuntos en la mañana, hay muchos muertos por esa enfermedad —salimos del templo rumbo a la placita.

—¿Cuál?, ¿al sida se refiere? —pregunté.

—Esa misma, esta vez fueron dos muchachos, me enteré porque su mamá platico conmigo al terminar la misa, diciendo que, si su hijo ardería en el infierno por haber tomado ese camino, ya sabe, al parecer le gustaban los hombres y ahí mismo le pegaron la enfermedad, tal vez si se hubiera acercado a tiempo lo pudimos haber sanado con la gracia de nuestro Señor, o ¿usted qué piensa? —Nos sentamos en la banca de siempre debajo de un roble, me quedé pensando un momento.

—¿Cree arderá en el infierno? —negó con la cabeza.

—Todos en algún momento de nuestra vida tenemos un tropiezo, ¿no lo cree? No creo que el muchacho esté en el infierno, quiero pensar que está en el purgatorio, ahí van las almas, que, bien sabemos tuvieron sus caídas, voy a rezar por él en las noches para que logre encontrar al fin a Dios.

Las palomas y los pájaros caminaban alrededor, y una que otra persona nos saludaba.

—Yo sí creo que el muchacho esté en el infierno, bien sabemos que Dios sabe que las parejas formadas por dos hombres son una aberración, por algo creó al hombre y a la mujer, no recuerdo que en la Biblia hable sobre dos Adán, pero claro que no podía decirle a su madre que su hijo estaba ardiendo en fuego por sus cochinas, las personas como él deben ser purificadas, sanadas de esa enfermedad, y todo se puede con la ayuda de Dios nuestro Señor. —Terminó persignándose y dando una mirada al cielo.

Me quedé en silencio sin saber qué decirle, de igual manera sabía que no podía hacerlo cambiar de opinión.

—En fin, cambiando de tema, ¿cómo ve que me mandaron un nuevo padre al templo?, pero si lo viera, parece un crío, debe tener algunos treinta y ocho, al lado de él nos hace ver como unos vejestorios y mire que yo aún me siento joven a mis casi cuarenta y ocho, lo trajeron porque ya nada más estamos el padre José y yo, a ver si al rato le toca verlo, casi no he hablado con él, José es quien le está explicando cómo está todo aquí, ¿qué hora trae Joel? —Comenzó a revisar las bolsas de sus pantalones.

—Faltan veinte para la una —contesté mirando el reloj en mi brazo izquierdo.

—No me diga eso, se me ha hecho muy tarde, que tengo que ir a la parroquia a comprar más cirios, te veo al rato Joel, como siempre me alegra verte, nos vemos. —Se levantó y se fue caminando deprisa.

—¡Cuídate! —gritó a lo lejos.

Si bien, me gustaba platicar con Raúl, teníamos ideas muy diferentes, así como gustos, me quedé otro rato sentado hasta que se hizo la una, para después volver al templo.

Era un sábado cuando me tocó ver al nuevo padre del que me habló Raúl, estaba yo cargando las bolsas del mandado cuando tropecé con una piedra mal puesta, el resultado: tiré la verdura por toda la calle, él rápido se acercó a ayudarme y ponerme de pie.

—¿Se encuentra bien? —habló con una voz suave, vaya que teniéndolo de frente si se veía joven, tenía el cabello castaño oscuro y unos ojos verdes claros.

—Sí, sí, gracias —dejé las demás bolsas en el suelo y ambos comenzamos a juntar la verdura, cuando terminamos se presentó.

—Hola, me llamo Ignacio, creo que usted es el padre Joel ¿verdad? —asentí y me extendió la mano—. Mucho gusto. —La tomé y me dio un leve apretón.

—Igualmente —le di una leve sonrisa y comencé a tomar las bolsas.

—Si quiere yo puedo ayudarle, a fin de cuentas, somos vecinos, me queda de paso —tomó las bolsas restantes y empezamos a caminar.

—Entonces tú eres el novato, ¿cómo te está yendo con Raúl? —le di una sonrisa de burla, él rió de manera leve.

—Bueno, es un poco... duro, pero creo que es muy sabio.

—Déjame adivinar, ¿te puso a limpiar las bancas de hasta atrás? —me burlé.

—Me puso a limpiar todas, hasta las de enfrente —se rio— ¿eso quiere decir que le caigo mal?

—Tenle paciencia, Raúl es muy celoso, pero pronto te va a tratar mejor, cuando recién llegó ni siquiera me regresaba el saludo, al menos ahora ya nos vamos a platicar a la plaza un rato.

Seguimos platicando hasta que llegamos al templo, me ayudó a dejar las cosas hasta la cocina y después de un vaso de agua y otra leve plática se fue.

Ignacio era una persona muy curiosa, de cierta manera me recordaba a mí, pasados los meses nos hicimos buenos amigos, nos poníamos de acuerdo con una hora para ir por un café y pasábamos algunas horas si ninguno de los dos tenía otra cosa que hacer.

Me contó que era el único hijo hombre con tres hermanas mayores.

—Las personas siempre se burlaban porque era muy femenino, pero con tres hermanas que me agarraban como su muñeca, creo que se me pegaban algunas cosas al final, una vez en una navidad llegué a pedir una muñeca de trapo —se ríe— claro que eso no le gustó a mi papá, así que desde niño me metió al seminario, lo odié por mucho tiempo, yo solo veía a la muñeca como un ju-

guete, solo quería jugar con mis hermanas. —Miró a la nada mientras movía la taza medio vacía.

Tenía una barba de hace algunos días, íbamos con ropa normal, así que podía notar bien su complexión media, sus manos grandes con algunos anillos y con este sol, sus ojos verdes resaltaban más, tenía unos labios color cereza y unos dientes alineados, me daba cuenta cuando me sonreía y se me quedaba viendo fijamente. Al notar mi mirada, dejé de observar para fijarla en las palomas picoteando en el suelo, pasé un poco de saliva y me aclaré la garganta.

—¿Quieres que vayamos a comer algo con la señora Martha? —él asintió y ambos sacamos dinero para pagar.

—Yo invito esta vez —le dije.

—No, a mí me tocaba esta vez.

La muchacha llegó por el dinero y yo extendí la mano para pagar, él tomó mi mano para bajarla y después entregar su dinero, nuestras manos duraron unidas unos segundos hasta que yo me solté y miré alrededor aclarando mi garganta, me limpié el sudor que comenzaba a formarse en mi frente, ¿pero ¿qué me estaba pasando? Esta no era la manera en que me debería estar portando, miré de nuevo alrededor para ver si alguien no había notado tal escena, al caminar hacia la señora Martha actué como si nada, aunque me quedé callado todo el camino.

Llegamos y pedimos nuestra comida, todo en silencio.

—Lamento si te incomodé, esa no fue mi intención —habló mirando hacia el piso—, no quiero que pienses mal de mí y menos después de que nos llevemos tan bien —noté un leve temblor en sus manos, arriesgándome, acerqué mi mano a la suya y la tomé, leves descargas pasaron por mi cuerpo.

—No te preocupes, creo que de cierta manera te entiendo. —Sonreí nervioso.

Lo que hacíamos estaba mal, lo sabía, estábamos condenados a arder en el infierno, ese fue el primero de muchos momentos que pasaríamos, al principio solo eran leves roces, pequeñas caricias, algunas miradas y sonrisas cómplices, después una noche que todos ya dormían nos vimos en el confesionario del templo de San Francisco, estábamos sentados el uno al otro, esta vez él confesando no sus pecados, sino sus sentimientos hacia mí, justo frente a Dios, claro que estaba mal, pero después de tanto tiempo, me sentía yo mismo, me sentía feliz.

Aquel día estaba ya en mi tercera misa de difuntos, había un gran brote de la enfermedad, a dondequiera que miraras había una persona con algún pariente o conocido muerto, por eso, terminando rellené el agua bendita de la entrada principal, saludando a las personas que pasaban por fuera.

Tenía ya mi rutina, en las mañanas y parte de la tarde me la pasaba dando algunas misas y juntas para los acólitos, más tarde arreglando el templo para cambiar los arreglos y en las noches era cuando Ignacio y yo nos veíamos en el confesionario, siempre entrando por la puerta lateral cuidando que nadie nos viera, esa noche el altar y los santos de alrededor presenciaron nuestro primer beso, el primero de muchos.

Si bien, estaba seguro de lo que sentía por él, por dentro me sentía sucio, una aberración que pronto sería castigada, una persona reprimida hasta la muerte, y recordaba con coraje aquella vez hace treinta años cuando mi madre me descubrió besando a Santiago, mi compañero de la escuela y por lo cual me llevaba a retiros espirituales, a que me quitaran lo homosexual, donde los padres me daban latigazos y aventaban agua bendita tratándome como un monstruo, pasando horas leyendo la Biblia, hasta aprenderme que Dios creó al hombre y mujer por una sola razón, que si no me curaba me iría al infierno, que estaba condenado a arder en llamas, que amar a otro hombre era algo que el diablo otorgaba a los que lo adoraban.

Después de años, rogando a Dios que me cambiara, que por favor dejara de haber este sentimiento en mi ser, que me arreglara, e hiciera en mí alguien normal, solo fingí, aprendí a actuar normal, y reprimí esos sentimientos que me acompañaron desde siempre, mi madre me obligó a recibirme para formar más parte de Dios y por años fingí ser feliz, hasta que llegó él.

Ignacio me habló sobre un proyecto que tenía, se iría por unos días para ir a confesar en un hospital, a los pacientes con enfermedades terminales, sabía que a cualquiera que fuera habría pacientes con sida, por lo que le pedí fuera muy cuidadoso, y más porque no sabía de qué tantas maneras se contagiaba.

Me dediqué a mis asuntos, a dar misas de cumpleaños, de bodas y algunos bautizos y confesiones, a bendecir rosarios e imágenes de santos, pasaba algunas tardes con Raúl a pesar de que ya casi no hablábamos, después de que pasaron los días, volvió Ignacio, a pesar de que se veía un poco ojeroso su sonrisa seguía intacta.

No podía describir la felicidad que me dio verlo, me calmé y lo saludé como cualquier día cuando había gente cerca, esa noche nos quedamos de ver en mi habitación, esperamos a que todos se durmieran, salí por él a las dos de la mañana y a hurtadillas entramos sin hacer ruido, cerré bien la puerta y nos acostamos mirando al techo, me contó sobre su viaje y las personas que conoció, lo cansado que se sentía y cuánto me extrañó.

Después de una hora comenzamos a abrazarnos, fundiendo nuestra alma como una misma, sus labios y los míos se unieron hasta que nos dimos un beso, en mi mente pedía perdón a Dios, pero mi corazón se saciaba de felicidad y gozo por encontrar a alguien que me amaba de la misma manera en que yo a él.

Los besos pasaron de ser suaves a intensos, la respiración de ambos se multiplicó, nuestros pinceles se trazaban sin prisa por el lienzo de ambos, nuestras miradas podían traspasar cualquier mal, y aquel deseo de tantos años se volvía una realidad.

Antes del amanecer lo llevé a la puerta, donde nos despedimos hasta reencontrarnos unas horas más tarde.

Así vivimos unos meses, pero la condena había iniciado desde mucho tiempo atrás, solo que mi felicidad no me dejó verlo, Ignacio estaba enfermo, ambos lo sabíamos, y sabíamos que era aquella enfermedad que viajaba por el viento, aquella que se fundía a tu cuerpo hasta acabar, hasta terminar con tus entrañas y calarte los huesos.

Debíamos idear un plan, todo el pueblo conocía a Ignacio por su alma pura, ayudando a todos sin rechistar, poniendo las manos al fuego por ellos, algunos le decían santo, besaban su mano al saludarlo y creían con firmeza en él, que Dios lo había mandado para hacer el cambio. Podía ver su estado físico decadente, pronto la gente se daría cuenta de que no estaba bien, que esas ojeras y palidez no eran de cansancio. A su mente llegó una idea, que le aseguraba su entrada al infierno, que lo condenaría sin alguna posibilidad y segunda oportunidad de tener el perdón de Dios, para ello se puso a hablar con Ignacio cuando estuvieron solos.

— ¿Estás loco? La gente no nos creería, no soy un santo Joel —decía alterado.

— ¡Pues tendrán que hacerlo!, es nuestra única opción, sabes lo que harán si se enteran de lo que tienes, de igual forma ya estamos muertos, es la única manera de vivir un poco más, para reunir dinero y largarnos de aquí —me jalaba el cabello con desesperación.

— Déjame ver si entiendo, ¿quieres que me haga los estigmas a propósito? ¿Las marcas de Dios en las manos?! ¿Te has escuchado? —estaba al borde de las lágrimas.

— Yo... yo puedo hacerlas, puedo hacerlo —lo tomé de los hombros— sabes lo que siento por ti, y sabes bien lo que esta comunidad te haría al saber lo que hicimos, y más a ti porque te toman por santo, Ignacio, no quiero que te hagan daño, prefiero morir y sufrir lo que tú sufrirás para que pudieras vivir más. — De mis ojos salían lágrimas fugaces.

— Está bien —lloraba—, está bien.

Al día siguiente me encargué de reunir lo que ocuparía en la noche, fui a una ferretería, la más lejana que encontré y compré los clavos más grandes que tenían, en la farmacia compré alcohol, vendas y demás productos.

Me miraba asustado, aquel brillo que había en sus ojos la primera vez que me miró ya no estaba, solo el terror ilustrado en su mayor potencia.

Primero inicié con su pie derecho, así lo haríamos hasta que sus pies y manos quedarán con aquellas marcas, tomé el alcohol y los clavos para desinfectarlos, después agarré el martillo mientras acomodaba el clavo en su piel, Ignacio tomó una camisa mía y se la puso en la boca, di el primer golpe clavando el metal en su piel, sus gritos se silenciaron por la tela, di otro golpe con toda mi fuerza hasta que el clavo traspasó todo su pie, haciéndolo desmayar, aprovechando su inconsciencia saqué el clavo y de esta comenzó a brotar sangre, rápido tomé las vendas y el alcohol para limpiarlo.

Eso hicimos durante semanas, primero una, para que tomara tiempo en acostumbrarse a caminar con ella y poder sanar, así hasta que tuvo las cuatro, el cura José comenzó a notarlo raro, y más porque Ignacio usaba guantes, una tarde terminando la misa le mandó a hablar.

—¿Qué pasa?, te noto extraño, ¿te sientes bien? —Ignacio estaba nervioso, sabía que era su momento de actuar, días antes habían practicado lo que debía decir.

—No es nada, señor, solo algunos malestares —José sabía que mentía y más porque Raúl le había dicho que tenía semanas donde no era la misma persona.

—Te noto enfermo —Ignacio nervioso puso sus manos atrás como practico, el cura supo que algo ocultaba —muéstrame tus manos, quítate los guantes —ordenó.

—No es nada, señor, solo algunas alergias —José, sin paciencia tomó una de sus manos y arrancó la tela dejando a la vista una cicatriz, de su boca salió una exclamación de asombro.

—¿Cómo te hiciste esto? —tomó su otra mano realizando la misma acción, viendo que en ella también estaba la cicatriz.

—Me comenzaron a salir hace algunas semanas yo... no sé por qué, creí que era una infección, pero después —sus ojos comenzaron a lagrimear, José lo miraba sin habla —salieron en mis pies también, esto no puede ser posible, ¿cierto?

—Madre mía, déjame verlas, esto no puede ser verdad —Ignacio se quitó los zapatos enseñándole sus demás marcas, el cura se inclinó para verlas mejor—. Esto es... esto es un milagro, Ignacio, en mis años de vida nunca había presenciado tal cosa. Dios te concedió el milagro, el milagro de ser como él —Ignacio

lloró, no de felicidad, sino de una tristeza profunda, porque sabía que aquellas marcas no eran un regalo de Dios, eran producto del pecado que Joel y él habían cometido, aquello que los condenó aún más al infierno, aquello que sería su final.

Pronto la noticia se dio a conocer por los alrededores, la gente venía a ver al santo Ignacio, aquellas marcas que salieron en su piel de la nada, y la gente lo creyó, que Ignacio se había ganado esas marcas por su santidad, que Dios de entre todos lo había escogido a él.

Dos años más vivió Ignacio, los miembros de la iglesia creían que su deterioro físico era por las llagas, claro que nunca supieron que lo que en realidad tenía era el sida avanzado, un día solo no despertó, murió en la cama, dormido.

A la voz de la gente murió como un santo, en el corazón de Ignacio, murió como un pecador producto de una aberración.

Y Joel, Joel lo recordaba como un alma viva, brillante, una estrella fugaz.

A él tardó en pegarle más la enfermedad, sabía cómo sería su final, a él no le creerían que solo era una gripa, el cura lo mandaría a hacerse unos estudios y ahí se sabría la verdad, ni mucho menos se haría los estigmas.

Una noche solo se sentó en el confesionario y rezó.

Padre nuestro que estás en el cielo,

santificado sea tu Nombre;

venga a nosotros tu Reino;

hágase tu voluntad

en la tierra como en el cielo.

Danos hoy

nuestro pan de cada día;

perdona nuestras ofensas,

como también nosotros perdonamos

a los que nos ofenden;

no nos dejes caer en la tentación,

y líbranos del mal. Amén.

Tomó el revólver en su mano derecha y lo puso en su frente.

—Perdóname, padre, porque he pecado —y disparó.

LABERINTO DE ESPEJOS

El Museo de Cera

Georgette Yañez

El Museo de Cera siempre causa la inquietud de ver figuras humanas que parecieran saltar en cualquier momento a tu yugular. El comienzo es menos drástico: al llegar a la entrada sueles toparte con los ojos cristalinos de una enorme mujer monstruo, lleva un viejo vestido de novia y recibe a los curiosos cantando una pegajosa melodía; muestra colmillos que sobresalen de su boca incluso cuando deja de hablar se mueve mecánicamente con su pequeño esposo, a quien ha tomado de la mano, pues el hombre con traje mide apenas treinta centímetros o menos; ambos están llenos de arrugas, en un rasgo grotesco. El recorrido promete figuras realistas con la piel porosa. El frío te abraza apenas entras en la primera sala, ya te lo dije: el Museo de Cera siempre causa la inquietud de ver una figura humana que pareciera saltar en cualquier momento a tu yugular.

Se cuenta que, dentro de sus viejas paredes, se encierra energía pesada; nadie sabe cómo se explicaría esto, pero se dice que las figuras provocan cierta incomodidad debido a esta energía. Es como si les robaran vitalidad a los visitantes o incluso les quitaran algo en cada visita.

En el último recorrido de aquel domingo, ya cayendo los últimos rayos de sol sobre las fuentes con potente olor a cloro de la plaza Liberación, un trío de amigos entraron con un propósito en mente: desde hace mucho querían comprobar si era cierto que se movían los ojos del santo como en aquel video de *Extranormal*, también si rezaban en susurros las figuras de la sala católica y muchos otros mitos, así que, cuando nadie los estaba observando, se ocultaron bajo la manta de Blanca Nieves y los Siete Enanos, en la sala infantil, esperando a que nadie más pasara por ahí.

—Ya se armó —dice Gusgus, un muchacho regordete y con el cabello largo, castaño. Llevaba una gorra del mismo color que la camisa: roja.

—Al rato nos salimos a ver qué pasa —dice el Chore, un muchacho enclenque y rapado con orejas igual de grandes que los ojos. Llevaba ropa floja y un paño, era medio cholo.

—¡Shhh! Cállense, se escucha que viene alguien —dice el tercer muchacho, Chino. Como decía su apodo, una mata de rizos oscuros le llenaban la cabeza y tenía lunares por todos lados; llevaba una camisa azul de cuello redondo y pantalón de mezclilla recto.

El Chino escuchó pasos entrando en la sala y se tapó la boca, riéndose, asomándose muy poco. No vio a nadie caminando por más que paseó sus ojos negros por el suelo de la sala, al mismo tiempo sintió un escalofrío, pero decidió callar, no decir nada.

Una vez pasado cierto tiempo, las luces fueron apagadas y Gusgus salió primero, prendiendo la linterna del celular. Le siguió Chore y luego Chino, este último todavía tenía escalofríos.

—¿Creen que ya no haya nadie? —preguntó el Chore, prendiendo también la luz del celular.

—Pues ya no se oyen pasos. Yo creo que ya nos quedamos solos —dice Gusgus, sonriendo y dejando a la vista uno de sus dientes chuecos. Entre estos dos amigos jalaron al Chino y los tres se pusieron a dar vueltas por el lugar, tomándose fotos con las figuras.

—La cara del Vitor se ve bien rara de noche —apunta Chore a la cara del personaje, sacudiéndose después al sentir un escalofrío. Aquella imagen le recordaba a aquel *creepypasta* de Slenderman.

—Pues sí, zonzo, ni siquiera tiene cara —contesta Chino, viendo la superficie de cera que figuraba un rostro cuando el proyector y el audio eran encendidos para el público.

Caminaron por todo el lugar, desde la primera sala de la fama tomándose fotos con Johnny Depp, hasta la última, justo en donde habían empezado: la infantil. El Chore y Chino no se atrevían a pasar por la zona de terror, pero Gusgus sí y salió con muchas fotos con el cuerpo a la mitad de una mujer desnuda sobre la mesa, del que se exponían los intestinos con un hacha clavada en ellos. Habían evitado el laberinto de espejos para no perderse.

Pasaron por la sala de «¡Ripley! Aunque usted no lo crea», tomaron más fotos iluminadas únicamente con las linternas de los celulares, se pusieron manos de cera, se llevaron llaveros; se sentían como niños en juguetería cerrada: todo estaba a su disposición.

Dieron más vueltas observando más de cerca los poros en la piel de las figuras, observando de cerca los ojos cristalinos y brillosos, la ropa hecha de tela dura y fresca, las manos con las arrugas de los dedos delineadas a la perfección al igual que las uñas, los senos con formas firmes y los zapatos que quizá ocultaban

una estructura de metal y no un pie de cera como sería de suponer; los rostros les comenzaron a parecer extraños, con formas poco humanas y sin edad aparente aunque tuvieran arrugas, pero para aligerar el ambiente comenzaron a jugar con las figuras, incluso poniéndose a retar a las estatuas a que se movieran, a que hablaran, recordando que la mejor forma de olvidar el miedo es enfrentarlo.

—Échate la del barrendero, Cantinflas.

—Canta Póker Face, Gaga.

—Ya tú sabe», Pitbull.

—¡Tenía que ser el chavo! —dice el Gusgus y le pega en la nuca al chavo, moviéndose el gorro, el cabello, todo.

Se quedan de piedra, Gusgus le deshizo la nuca a la figura del Chavo y el miedo cambió de enfoque: ya no era miedo a las figuras, era miedo a ser descubiertos y les cobraran el arreglo de la figura, un dinero que tres adolescentes de 15 años no poseían y no iban a pedir a sus padres.

—Ya valió, Gusgus. Te pasaste —dice el Chino jalándose el cabello hacia atrás, conteniendo el enojo. La risa nerviosa le escalaba hasta la garganta, burbujean-do hacia afuera como lo hace un incómodo eructo.

—Sí me pasé, ¿verdad? —dice con la misma risa nerviosa que el Chino. El Chore, más nervioso, pero aparentando calma, hace como si todo estuviera bien.

—Pues tápale con el gorro —dice quitándole el gorro al Chavo y aventándolo a Gusgus. Cuando alumbran al Chavo lo descubren mirando a Gusgus, el cabello hundido en la cera ahí donde lo golpeó. Pareciera que le preguntaba por lo que le hizo.

—De seguro se le volteó la cabeza por el zape —dice Chore, de nuevo aparentando tranquilidad, aunque el escalofrío le subía como serpiente por la espina dorsal, retrocediendo un par de pasos—. Ya ponle el gorro y vámonos.

La idea era irse después de cubrir su travesura, pero no encontraron ninguna salida a la vista y, mientras más vueltas daban por el lugar, más frío comenzaba a hacer. Los muchachos «abrazaron al gato», de vez en cuando se soplaban aire caliente en las manos y las frotaban, mientras más vueltas daban más ojos parecían posarse sobre ellos.

—Oye... ¿No sientes como que nos están... viendo? —dice en voz baja Chore al Chino, quien se limita a tragar saliva. En ese momento Chino ya se estaba preguntando por qué accedió a quedarse una noche entera en ese lugar escalofriante. Si ya era malo de día, estaba comprobando que de noche empeoraba.

—¡Ya, ya! Hay que sentarnos, ni encontramos nada y nomás nos estamos cansando —dice Gusgus y se quedan a media escalera, sentándose ahí. Chino volvió

a quedarse callado, pero sentía escalofríos de solo recordar que detrás de ellos estaba la figura sin rostro del Vítor.

Los tres miraron a la mujer de cera con la cámara apuntándolos, como esperando a que algo pasara. La tensión les puso los nervios de punta, entonces decidieron en silencio levantarse e irse, pero entonces... “¡Sonrían!” El flash de la cámara pareció ser la señal que esperaban para correr. Fueron escaleras abajo, casi cayendo en el proceso y trataron por todos los medios de huir.

Empujaron por las paredes, tirando a su paso una figura que no se detuvieron a ver. La llama de dos cigarros en la oscuridad se hizo presente, el olor también. Se negaron a creer que Frida Kahlo y Diego Rivera se hubiesen movido para comenzar a fumar, solo volvieron a correr en la oscuridad y el silencio, únicamente interrumpido por el sonido de la llama consumiendo el tabaco y las respiraciones apuradas de los chicos.

Los susurros de los presidentes también se hicieron oír y una vez que encontraron la puerta a la siguiente sección les pareció imposible ver que la luz estuviera encendida, como si hubiera sido una mala broma de los empleados: los padres, las personas que estaban rezando, la madre teresa de Calcuta, incluso la virgen, todos, estaban mirando en su dirección, como invitándolos a pasar, como si los estuvieran esperando.

Pasaron corriendo a la siguiente sección sin mirar atrás y una luz tenue iluminaba a las estrellas del cine mexicano. Se detuvieron, el silencio parecía ser roto únicamente por sus respiraciones entrecortadas nuevamente. Se quedaron parados hasta que se calmaron por completo, y Gusgus exclamó enojado:

—A mí nunca me ha dado miedo nada, y menos me va a dar ahorita nomás porque movimos las figuras al pasar y ni cuenta nos dimos por la oscuridad—dicho eso, caminó a través de las figuras, burlándose de sus amigos—. No pasa nada, ¿ven? Qué miedosos.

Caminó hasta el final del pasillo, llegando a la siguiente sección. El Chore y Chino corrieron detrás de su amigo, pero llegando a la sala de los deportistas ocurrió lo mismo que en la católica: todos estaban mirándolos, desde Messi hasta Tom Brady.

Gusgus tragó saliva tan fuerte que sus amigos lo escucharon, y todos caminaron en silencio a la sección de cantantes famosos, pensando que, si pasaban despacio y sin hacer ruido nada más ocurriría, pero pudieron escuchar unos susurros muy bajos.

Apenas entraron las luces iluminaron a Lady Gaga, quien de estar con un brazo extendido fue encontrada por los chicos en posición de soldado mientras

una canción suya sonaba de fondo. Uno a uno fue iluminado cada artista, todas las canciones sonaron al mismo tiempo: Michael Jackson, Madonna, Taylor Swift, Pitbull, Justin Bieber; los muchachos corrieron a la zona infantil olvidándose de su antes pacifista método, encontrando en el rostro de Blanca Nieves y de los Siete Enanos sonrisas enormes y burlonas. Estaban seguros de que antes no se veían así.

Con las manos temblando, el Chino encendió la linterna de su celular: inmediatamente apuntó al Chavo, quien se sujetaba la nuca y ya no sonreía, al contrario, parecía realmente molesto.

Los muchachos se regresaron, pasando de nuevo por todas las secciones y subiendo por las escaleras, ignorando el humo del cigarro que les picaba en los ojos y la garganta, el «sonrían» seguido del flash de la cámara, ignorando cómo se encendía el Vítor con la imagen distorsionada, comenzaron a golpear la puerta, buscando salir.

Con todo el ruido que estaban haciendo fácilmente pudieron despertar a las figuras que aún permanecían quietas, pero ya no querían saber nada de los ojos del Santo ni de nadie, querían salir a como diera lugar.

—¿No hay un letrero que diga salida de emergencia o algo? —brama el Chore, con los ojos rozados. Estaban por encender las linternas de los celulares cuando, de nuevo, un ruido los hizo dejar todo lo que estaban haciendo.

Se giraron para ver qué era lo que pasaba, de dónde venía ese maldito ruido, y casi se orinan encima cuando vieron a la figura de la monstruosa novia más cerca que antes. Al buscar por un letrero que dijera «salida de emergencia» lo encontraron camino al área infantil, pero no tenían el coraje de pasar al lado de la enorme novia que cargaba a su esposo.

—Vamos, mientras antes nos vayamos, mejor —los alentó el Gusgus, tomando la mano a sus amigos. Los tres temblaban.

Caminaron hacia el área infantil alumbrando, buscando el siguiente letrero de salida de emergencia.

—¡Eh, no se pasen! —casi lloró el Chino cuando sintió que le rozaban la mano. Al apuntar con su celular gritó sin poder contenerse más: la mujer a la mitad del área de terror extendía uno de sus brazos hacia él, arrastrando el hacha clavada en las tripas todavía.

Gusgus miraba al igual que el Chore, pero tuvo que poner su atención en otro lado cuando una mano fría le rodeó el brazo. Al mirar al frente no tuvo que apuntar con la luz, sabía que la figura del Chavo lo miraba con rabia en la oscuridad, sosteniendo su brazo con odio.

El Chore cerró los ojos y se puso a gritar mientras también se tapaba los oídos, no quería saber qué sería de sus amigos, ni de él, ni de nada. Sintió frente a él el frío que emanaba alguna figura de cera, y sin poder más corrió al laberinto de espejos, un lugar al que no habían entrado por miedo a perderse.

Trabó la entrada y deseó que fuera suficiente, rezaba en voz alta entrecortadamente y cuando escuchó el sonido de alguien intentando entrar comenzó a gritar sus rezos.

—¡Padre nuestro, que estás en el cielo...! ¡Santificado sea tu nombre! —pero lo interrumpió una risa espantosa. Parecía como si la persona en cuestión se hubiera quedado sin cuerdas vocales, como si la garganta no fuera más que un tubo y por él se expulsara apenas el aire suficiente para reír.

—He bajado de la cruz por ti, hijo mío... —y volvió a reír. La voz era airada, como susurrando, pero se sentía la burla en ella. Era una voz vieja, rasposa y vacía, el Chore no quería apuntar con su celular en busca de respuestas, de alguna manera se convenció de que si no lo veía no existía, que, si ignoraba a ese ser que de alguna manera se metió en su mediocre fortaleza de espejos, entonces todo estaba en su imaginación. Podía lidiar con su imaginación, con esa figura no.

—Mírame... —dijo ante el silencio del chico, quien para ese momento ya estaba llorando desconsolado, y mientras se reía del Chore aquel ser tiró el celular con el que alumbraba, haciendo que la luz le delineara cada ángulo: se trataba del Cristo que antes había visto en la sección de catolicismo. La sangre que antes era de cera ahora escurría espesa, casi negra. La macabra sonrisa perturbó al muchacho a tal grado que se le pusieron frías las manos, la cara, los labios...

La intensa búsqueda de Kevin Laríos, Gael Mejía y Héctor Díaz no tuvo resultados favorables. Según sus amigos, la fatídica noche del martes 13 de noviembre estaban planeando hacer exploración urbana, pero nunca se supo a dónde. Las autoridades declararon como «en proceso» el caso de los chicos, cualquier información llamar al 01 800...

Mientras escuchaba a través de los audífonos la noticia yendo al trabajo, a Santi le subió un escalofrío por la espalda.

Era un muchacho más bien normal que empezaba su día en el turno matutino del Museo de Cera, decidió no dar declaración alguna porque lo ficharían de loco, pero en su bolsillo pesaba como un incómodo recuerdo un celular que encontró en el laberinto de espejos.

Al llegar al museo, aseó como era de costumbre todas las salas: barrió y trapeó los suelos, limpió los muebles, limpió en seco la ropa de las figuras, que tenían manchas marrones extrañas de vez en cuando, acomodó en su lugar a las

que se encontraban fuera de su lugar y, como cada mañana, fingió que no se sentía observado por infinidad de ojos; desde que recogió aquel aparato mientras barría el laberinto de espejos, sintió como si miles de susurros se hubieran levantado a su alrededor, como discutiendo, juraba haber oído incluso un «¿qué vamos a hacer?» y las señales de alerta en su cabeza también habían sido activadas por la adrenalina.

El flash del celular estaba encendido y el celular estaba grabando vídeo, un vídeo que duraba aproximadamente siete horas. Sintió curiosidad por verlo, misma curiosidad que se desvaneció cuando puso *play* y, sin haber transcurrido ni cinco segundos, se veía el rostro de dos de los chicos que estaban siendo buscados: Gael Mejía y Héctor Díaz, ambos respiraban entrecortadamente y se escuchaban ruidos extraños de fondo, desde susurros hasta gemidos.

También había fotos: los chicos posaban con las figuras mientras sonreían, pero no parecían percatarse de que las más lejanas los miraban con expresiones diferentes de las que tenían ya hechas, incluso había una en la que el Cristo de fondo había bajado una de sus manos y esta permanecía colgando. Si bien le pareció extraño que no tuviera contraseña el celular, siempre parecía encontrar consuelo en la felicidad de la ignorancia.

Santi nunca entendió cómo funcionaba el lanzamiento de nuevas figuras, ya que nadie sabía cuándo saldrían, pero había una larga lista de figuras que estaban pendientes por hacer.

—¿Por qué no mandan a hacer de cinco en cinco o algo así? —preguntó una vez a la supervisora, pero ella se encogió de hombros sin mucho interés.

—Nos dejan figuras «en bruto» en el sótano de vez en cuando, son las únicas que podemos usar ya que ya tienen una forma humana, así que solo falta agregarle o quitarle altura o modificarla según se necesite.

—¿Quién deja las figuras? —preguntó desconcertado, nuevamente.

—Un proveedor, siempre ha venido de madrugada, así que no lo conocemos bien, sinceramente —una vez dicho esto, aquella muchacha volvió a sus asuntos, pero Santi sintió algo raro en la práctica, una ignorancia casi cómplice.

Los días pasaron y se dio carpetazo al caso de los tres muchachos, al mismo tiempo Santi encontró otros dos celulares; parecían ser los de los otros dos muchachos, extrañamente tampoco tenían contraseña, pero sí tenían fotos también y un par de vídeos cortos. No podía atreverse a verlos porque sabía que las figuras lo sabrían, notarían su cambio, sabrían que sabía.

Reflexionó por días antes de tomar una decisión, pensando si valía la pena esa aparente tranquilidad temporal o debía afrontar la situación para quitarse de dudas de una vez por todas, entonces puso todos los vídeos y vio todas las fotos.

Notó que las fotos siempre tenían algo, siempre había una figura que no debía estar ahí, siempre había ojos dirigidos a donde no debían estar mirando y los chicos no parecían darse cuenta. En los vídeos se veía a las figuras moverse, el más pesado de todos siendo el más largo: además de lo que ya había visto, vio al cuerpo a la mitad de la sala de terror moverse mientras el chico que grababa corría al laberinto, escuchó sus rezos, su desesperación y una voz.

Jamás había oído nada tan inhumano en toda su vida como los sonidos que provenían de la garganta de aquella criatura, y cuando tuvo protagonismo en la pantalla del celular, Santi casi lo lanza: era ese mismo Cristo que había visto tantas veces quieto, pero aquí se reía, intimidaba al chico, lo minimizaba a gemidos y sollozos; el chico ni siquiera gritó cuando el Cristo lo envolvió en cera caliente.

—Probablemente, tú seas el siguiente... Es una pena, me caías tan bien —dice el Cristo a la pantalla. Los ojos que tantas veces se asemejaban a los ojos reales, esta vez lucían vacíos y muertos, viles ojos de muñeca. La sonrisa macabra le saltó las lágrimas a Santi, quien sabía que el vídeo era para él no solo por el comentario final, sino también porque aquella figura levantó el celular solo para grabar a las tres figuras de cera, inertes e inmóviles, sabiendo la curiosidad de Santiago hacia la procedencia de estas.

Santi dejó su empleo, pero tuvo que quedarse un último día, día en que no se supo más de él; el joven vivía solo y se dijo que apenas dejó su empleo se fue a viajar por el país a conocer nuevos rumbos.

El mes siguiente, se lanzaron cuatro nuevos personajes en el museo. Con este lanzamiento, las figuras parecían haber recobrado su brillo y viveza, característica oficial del Museo de Cera de Guadalajara.

ELLAS Y ELLOS

Glorieta de las y los Desaparecidos

Helena de la Peña Llamas

Los nombro. En realidad, imagino sus nombres. Los imagino y después los nombro. Pronuncio con lentitud, dibujo cada letra con mi lengua. Les llamo, pido que regresen. Imagino y dibujo sus nombres en el aire porque no me atrevo a cruzar la calle, a pararme frente a ellos. A lo lejos visualizo sus rostros, borrosos por la distancia y el sol, deduzco algunas facciones, el resto también lo imagino, les pongo cuerpo y una vida. Por segundos los pierdo entre los carros que no paran, entre el tráfico que no para, entre la ciudad que no para.

No quiero pensar que hay alguien que conozco, o alguien que conoce a alguien que conozco. Por minutos quiero convencerme de que no hay nadie ahí, que lograron irse, y ahora están inmersos en la gran ciudad que no para, haciendo lo que sea que tuvieran que hacer si realmente estuvieran. Pero no están. No están en la gran ciudad que no para, pero sí están frente a mí, a metros de distancia, reunidos, ordenados y sin orden. Los nuevos que llegan se acomodan en donde pueden. En donde sean visibles. Esperan que vengan por ellos, y así poder desaparecer cualquier rastro suyo de ese espacio destinado a la fuerza para habitarlo hasta que regresen a la ciudad, si tienen suerte.

La primera vez que los vi, el tráfico apenas me dio tiempo de percatarme de su presencia. Ese día no pude nombrarlos. No pude imaginar las letras de sus nombres ni sus rostros ni sus cuerpos ni sus vidas. No entendí de qué se trataba. Y hubiera preferido no saber que existía ese espacio tomado a la fuerza, porque justo ahora no tendría que imaginar nada, porque podría ir por las calles sin pensar que no están, que no sé dónde están, que quien debe saber dónde están no lo sabe. Ahora que lo sé, sé por qué están frente a mí, no puedo ignorarlos, fingir que no existen, como lo hace el resto de las personas que pasan, tan enfras-cadas en el poco tiempo que el tráfico les da, el mismo que la ciudad les quita.

Mi incapacidad de cruzar la calle y verlos frente a frente nació en la segunda vez que los vi. Llegué ahí por casualidad. Me sentí mal por no poder recordar si son los mismos de la primera vez, si hay menos, si llegaron más. El final de la avenida me recibió, o me despidió. La enorme vialidad me detuvo, los carros

se atravesaron en mi camino y las enormes letras que nombran al lugar me impidieron seguir, me anclaron al piso y lograron que la culpa creciera porque no puedo avanzar, porque no recuerdo cuántos eran.

La siguiente visita fue por voluntad. Atravesé toda la avenida Chapultepec, la que supe que se llamaba así después de escucharlo por las calles, por las personas que me rodeaban y que solo querían tener un rato de diversión en Chapu. Se divierten a unos metros de ellos. Me tomé el tiempo necesario para llegar al final; caminé tan lento, me distraje con cada puesto que vendía algo a mitad del corredor, escuchando a las personas platicar, andando con calma y apuro al mismo tiempo. Ese día aprendí que en una ciudad como Guadalajara la calma se vive con prisa. En el extremo de Chapu, ellos seguían ahí. Esa vez no me sentí tan mal, recordé que los mismos seguían ahí, no hubo cambios, ni adiciones ni extracciones. Sin atreverme a cruzar, los nombré. Imaginé y nombré. Después no pude más. Intenté marcharme.

En las posteriores visitas me he encargado de nombrar. Con las facciones que logro ver, imagino lo que falta de sus rostros, después es el nombre, de ahí viene el resto del cuerpo, y por último la vida. Unos días imagino desde los primeros rayos del sol, otros con él golpeando con fuerza todo lo que le es posible; experimento de noche, el único momento en el que parece que la ciudad descansa por breves instantes, y la mayoría de las veces es solo una ilusión de quietud. Conforme las visitas aumentaron, el tiempo, la gente sin pausa que se divierte, los carros que van de aquí para allá sin detenerse, las tiendas, los puestos a mitad del corredor, todo perdió importancia. Imagino y nombro. Susurro, hablo, grito. Y todo lo que ha perdido importancia parece nunca escuchar.

Hay ocasiones en las que alguien ajeno al lugar se acerca, caminan por él, cruzan de una acera a otra. Pero no los ven. No sé si no pueden verlos o prefieren no hacerlo. Solo siguen con su camino, con sus vidas, ignorando que ellos están ahí. Ignorando que susurro, hablo y grito. Ignorando que el nombre del lugar me detiene al final de la avenida y si ellos pudieran, también gritarían. Porque tengo la seguridad que gritarían, y si lo hicieran al mismo tiempo, su voz se transformaría en una nube que cobije a todo Jalisco y no habría suficiente espacio para contener a todas las voces.

Mi incapacidad de cruzar la calle se respalda por el temor de reconocer a alguien. Porque si conozco a alguno de ellos, significa que mi existencia no estaría completa. Porque, aunque no reconozca a alguien significa que la ciudad no está completa. Y no quiero seguir pensando que algo falta, que siempre ha falta-

do algo y aun así la vida del resto continúa. Como si nunca hubieran estado en la ciudad que no para, que no extraña.

El día que logré nombrarlos a todos sin falta, por los menos todos los que estaban ahí en ese momento, llegó a mí el valor de nombrar el lugar. Veía las letras, también las dibujé con mi lengua, aunque tardé más. Primero deletreé el nombre completo. Desde la G hasta la S. Uní la primera palabra, la pronuncié con calma, como si nunca hubiera hablado: glorieta; la sentí y la mantuve conmigo unos segundos antes de continuar con las nueve letras que unen la primera y la última palabra. Cuando tuve la seguridad de que lo hice bien, seguí. La parte restante de la oración fue la más complicada. Volví a deletrear esa palabra. Desde la D hasta la S. Lo tomé con calma. Salió de mis labios con dificultad, mi lengua se negaba a continuar, como si me arrancaran algo. Desaparecidos. Por último, el nombre completo emanó de mí como si no lo quisiera. Glorieta de las y los Desaparecidos. Lo que tanto traté de ignorar, lo nombré. Lo grité porque mi pecho no podía contenerlo más.

No he dejado de nombrar. El nombre de la glorieta es lo primero que sale de mis labios, que no se acostumbra a la sonoridad de esas cuatro palabras. Después son ellos. Uno a uno. Comienzo en el orden en el que se han ido acomodando. Imagino el nombre de Jesús, un estudiante; sigo con Salomón, estudiante también, le sigue uno más: Francisco, a su lado está César, médico. Noelia, futura ingeniera; logro recrear el rostro de Karen, otra estudiante. Continúo así hasta imaginar el nombre del último en ese día. Y ruego que mañana no haya uno más, y que alguno de ellos logre irse de aquí, que un pedacito de la ciudad regrese.

Es inevitable que sigan llegando más. No puedo detenerlo. No creo que exista la manera de parar todo esto. Veo cómo alguien nuevo es acomodado, en la orilla, la más alejada, porque el espacio se está acabando. ¿Qué pasa si el espacio se acaba? ¿Quitan algunos de los más viejos y le dan paso a los nuevos? ¿O solo se irán amontonando unos sobre otros? No quiero dejar de imaginar a ninguno. Quienes acomodaron al nuevo, se paran frente a su rostro y observan por largos minutos. Parece que se niegan a irse. Se rehúsan a que se quede ahí. Me niego a que se quede, a que pase las noches y los días bajo el sol o la lluvia, o lo que sea que pase.

No logro verle. No puedo distinguir la mínima facción para poder nombrarle. Ha quedado tan lejos de mí. Me es imposible seguir si no los nombro a todos. Solo hay una manera de nombrarlo. Intento mover mi pie derecho. No responde. Es como si realmente estuviera anclado al piso. Hago lo mismo con el izquierdo. No responde. Podría quedarme aquí, seguir imaginando al resto e inventar cual-

quier nombre y profesión. Podría quedarme con los pies anclados al asfalto, ignorar que hay alguien a quien no puedo imaginar como debe ser. No lo merece.

Después de varios intentos, mi pierna derecha se alza unos centímetros del piso, la distancia suficiente para dar un pequeño paso. Avanzo arrastrando los pies. Me pesa tanto que llegar al primer escalón de la glorieta se siente eterno, como si el tiempo no pasara en cada diminuta pisada. El semáforo ha cambiado tantas veces que perdí la cuenta. Los carros solo pasan, siguen su ruta como si no estuviera a mitad de la calle. La gente camina alrededor, de aquí para allá, continúan aprisa como si no hubiera alguien en la glorieta.

El cuerpo me duele cuando toco el último escalón. La cabeza me da vueltas cuando leo la gran lona renombrando a la glorieta. Y por fin los veo de cerca. Cada vez más cerca. Son ellos. Algunos tienen una sonrisa, como imaginé, otros se encuentran serios. Los colores cambian conforme mi vista los repasa. Jesús es más delgado de lo que creí que era; el cabello de Salomón es más largo de lo que pensé; Francisco y César no son tan diferentes a como los reconstruí; los ojos de Noelia son más claros y la sonrisa de Karen mucho más grande.

Sus imágenes no están tan lejos de lo que imaginé. Son ellos. Estoy frente a ellos. Pero no están conmigo. Recorro el perímetro de la gran estructura, los veo, los nombro. Ya no hay nada más que imaginar. Existen. Llego a mi objetivo principal. Veo la imagen. No pasa mucho para que reconozca su rostro. Reconozco su rostro y el hueco en mi pecho se hace más grande.

El hueco se vuelve infinito. Solo tengo que seguir caminando para darme cuenta de que no he nombrado ni a la mitad. Sus rostros están impresos por todo el perímetro de la glorieta. Rostros que ya no son necesarios imaginar. Ya no puedo imaginar. Porque son reales. Mi vista se encuentra con el monumento que corona la glorieta. Los Niños Héroes se ven insignificantes ante tantos rostros que quieren gritar. “Murieron por la patria”. Ruego porque sean los únicos aquí que hayan muerto por la patria.

¿Qué me queda? Terminar de nombrar a todos. Sin que falte ninguno. Algunos nombres se repiten. Los repito las veces que sea necesario. Me toma más tiempo nombrarlos a todos que recorrer la glorieta y llegar al monumento de los Niños Héroes. Desde ahí, compruebo que la ciudad no para, no extraña. Desde lo alto, los nombro. Ya no hay nada que imaginar. Dibujo con mi lengua cada nombre. Les llamo, pido que regresen. Me nombro y pido regresar.

SUEÑO

Teatro Degollado

Iago Ferrer

Como llegamos temprano nos sentamos en una banca frente a las fuentes. El sonido constante del agua raspaba nuestro silencio, o tal vez lo acariciaba. Ella, con una mirada tan vacía como su corazón, no decía una sola palabra. Y yo, tenía los ojos secos, la fuente lloraba lo que yo no.

Tenía el recuerdo de haberla abrazado, de haberla besado y tomado su mano, pero ahora mismo sentada ella al lado mío, estaba más lejos que nunca.

Quien me había prometido pasar su vida a mi lado, ser un equipo, se levantó con toda la facilidad del mundo y se fue, dejándome con dos boletos para el concierto de la orquesta filarmónica a diez minutos de empezar.

“Mientras yo esté viva tendrás alguien quien te ame” las palabras más vacías que he escuchado en mi vida.

Su silencio aún resonaba en mí, y la indiferencia punzaba mi ser. Apreté su boleto con mi puño y luego lo aventé con todas mis fuerzas, cayendo apenas a unos metros delante de mí.

A veces arrastrando los pies, a veces dando pisoteadas, avancé, rodeé la primera fuente y me crucé con varios niños jugando con unos globos. A mi lado pasó luego un grupo de seis adolescentes que aparentaban mi edad, diecisiete años más o menos. Todos con el pelo pintado de colores llamativos. Un vagabundo apestoso que estaba recostado en el pasto volteó a mirarme asustado y luego escupió una flema. Una chica que desbordaba energía apareció de la nada en frente mío como si hubiera salido de una alcantarilla.

—¿Hola, amigo, no gustas ayudar con un donativo? Te ves buena onda, yo sé que sí donarías algo para nuestra casa de perritos, ¿verdad que sí? ¿No? Ay, amigo, qué mala onda. No seas así...

Seguí mi camino y la ignoré como de costumbre mientras pasaba junto a las calandrias.

Tantos buenos recuerdos ahora estaban opacados por el hedor que desprendían. Me detuve

un momento para acariciar a un caballo negro y cabizbajo. La postura y energía del caballo me intrigaron. Puedo jurar que estando ahí junto a él, acariciando su cuello, vi descender una lágrima por debajo del aparato que tiene puesto para que no se distraiga viendo sus alrededores y mantenga la vista al frente. No pude evitar abrazarlo, pero me tuve que apartar porque una pareja pagó por un recorrido, así que el caballo se puso a trotar, aun con su cabeza baja. Pronto el viento alejó el hedor de excrementos de caballo y lo reemplazó por el de pan recién horneado. Las personas entraban y salían de la panadería donde me gustaba comprar cuernitos, la cual me miraba burlona trayendo recuerdos que ahora son crueles.

Molesto de nuevo resoplé y seguí caminando hacia la entrada del teatro. La luz del día comenzaba a tornarse color naranja por el atardecer.

Sintiéndome muerto por dentro, mostré mi boleto en la entrada del teatro Degollado y pasé al vestíbulo. Ahí, en medio de varios pilares, me miraban juzgones los bustos de Jacobo Gálvez y Santos Degollado, que estaban bien colocados en su respectivo hueco en la pared del fondo. Subí seis escalones negros y pasé a buscar dónde sentarme.

En el área de asientos, un montón de lámparas acomodadas de a tres deslumbraron mis ojos desde los palcos, pero hubiera preferido que me dejaran ciego por completo para no haber visto lo que pasaba a tan solo unas cuantas hileras de asientos delante de mí.

Ella sentada, alguien sentado en la butaca de al lado. Su brazo alrededor. Quien juraba yo que me amaba no tomaba acción por mostrar afecto al otro, pero hacía en su pasividad todo por dejarse acariciar y mostrar en efecto que no le molestaba en absoluto. Con un gran suspiro volteé hacia arriba. Mi mirada se topó con la representación de la Divina Comedia que estaba pintada en el techo, luego con el águila. La estatua dorada sostenía una cadena con su pico. Deseaba yo arrancarla para que como decía la profecía se cayera toda la ciudad, para que se desmoronara todo el teatro encima de nosotros.

Después de imaginar que gritaba con toda mi desesperación, regresé por donde vine. Salí del teatro y me metí a una cafetería que había al lado.

Máscaras colgaban de las paredes que querían verme, pero carecían de mirada.

Me senté en una silla y enseguida una mesera me preguntó qué me gustaría tomar. Pedí un *latte* y una galleta. En lo que llegaba veía a un grupo de amigos que bebían cerveza en la terraza del café. Uno empezó a aventar su tarro en el aire, cada vez más alto, hasta que terminó por caerle al piso haciendo un es-

cándalo. El grupo gritó que era un tonto mientras el responsable apenas podía respirar de la risa.

Mi café llegó y el calor del primer sorbo me tranquilizó mientras lo sentía llegar a mi estómago. El aire a mi alrededor comenzaba a sentirse fresco, en contraste al calor que había hecho todo el día. Sentía que me acariciaba el cabello, el cuello, hasta pasaba por los huecos de mi camisa negra y me abrazaba.

Esa taza de café y la galleta de chocolate que me trajeron me supieron deliciosas, mi cuerpo estaba por fin apreciando la mínima cosa buena del día. Observé a mi alrededor, viendo a todas las personas que caminaban por el lugar, los conductores que se pitaban y mentaban la madre y varios niños corriendo, cuando mi mirada se tropezó con la de una mujer que apuntaba sus ojos directamente a los míos desde la entrada del teatro.

Mantuve el contacto visual unos segundos y luego di un sorbo a mi café. Al volver a levantar la mirada me encontré otra vez con la mirada de esa mujer. Parecía rondar entre los treinta años. Nada de su vestimenta la hacía destacar demasiado de todas las demás personas. Tenía el pelo castaño y lacio, vestía con un pantalón de mezclilla y una blusa rosa. Pero su mirada traviesa me cautivó. Esta vez la intriga fue tan grande que dejé el dinero de sobra en la mesa para acercarme.

Cuando estuve a dos metros de ella más o menos, a punto de preguntarle si me conocía de algún lugar, me dijo muy amable:

—Lo siento mucho por tu perro...

Yo me paralicé un instante. Mi Chuy el Pulgoso, el perro que me había regalado alguien cuyo nombre no quiero mencionar, había sido atropellado hace una semana.

—Gracias, no pasa nada... —le respondí sintiéndome extraño por hablarle como si fuera una conocida.

Antes de que pudiera preguntarle algo siguió:

—¿Ah, pero es también un alivio, no? ¿Así piensas menos en ella?

Estas palabras hicieron que se me erizara la piel y sintiera hormigueo en las manos. Ahora no sabía ni qué preguntar.

—Tú no merecías eso... Es horrible como a las buenas personas les pasan cosas tan malas. Pero yo te puedo ayudar. ¿No te gustaría volver a tenerla a tus pies? —me dijo con un tono seductor.

—Ella ya hasta estaba con alguien ahí dentro, abrazándolo y todo —le dije desanimado.

—Pero ella es una chica muy bella, yo sé que aún quieres tenerla. Y por el otro tipo ni te preocupes... tú solo dime si la quieres o no. —luego me guiñó coqueta. Yo atónito, sin más respondí “sí”.

—Solo te pido una cosita a cambio, acompáñame. —Entonces me llevó al vestíbulo.

Como ya había empezado hace un buen rato el concierto, no había nadie ahí. Hasta los de seguridad se habían ido. Ella abrió como si nada una puerta de lo que parecían oficinas, pero por dentro era un cuarto oscuro. Cuando cerró la puerta quedamos envueltos en un negro vacío. Abrir o cerrar los ojos daba igual, se veía lo mismo, pero todos mis otros sentidos se potenciaron. Su voz pareciera entrar por mis oídos y llegar hasta dentro de mi cabeza, su olor hasta cada rincón de mis pulmones y su tacto me estremecía.

Sentí de pronto sus labios bien pegados a los míos, mi corazón se aceleró. Sus caricias pasaron por todo mi cuerpo y mis sentidos, cuya sensibilidad había aumentado por estar en esa oscuridad estaba al límite. Mientras me besaba pasó la palma de su mano por mis párpados, y luego me desmayé.

Un pellizco en la mejilla me despertó.

—¡Oye no te quedes dormido! ¿No que te encantaba la orquesta?

Estaba sentado en una butaca y ella, ella quien me había abandonado, estaba junto a mí, viéndome a los ojos con una pequeña sonrisa, acariciando mi mano, con su brazo enganchado amorosamente al mío. Mi corazón se aceleró y sentí que se me entumieron las manos. Empecé a dudar de mi realidad por unos instantes. En ese momento me cuestioné qué fue lo que había soñado, todos los recuerdos de las últimas horas se sentían... borrosos por decirlo de alguna forma, desvanecidos, embarrados y mezclados entre sí. Aunque sus ojos cafés, su mano delgada de dedos pequeños, su afecto... Todo se siente real, tan real como lo recuerdo. Así que suspiré y disfruté del concierto a su lado. No nos hablamos en la media hora que duró, pero me expresaba todo abrazándome de lado, y yo abrazándola a ella.

Cuando se acabó me levanté para estirar las piernas, cosa que me provocó voltear hacia arriba bostezando. Entonces noté algo extraño. El águila no tenía nada en su pico.

—Oye, mira eso. —le dije a ella y apunté al águila dorada con el pico abierto y vacío.

—¿Qué tiene?

—¿Cómo que qué tiene? ¿No sabías que dicen que si se cae la cadena se derrumba toda la ciudad?

Ella me miró de verdad confundida y me respondió:

—No, pues no sabía. ¿Se la habrán robado entonces?

Decidí no insistir, y mejor pensar que lo había soñado. Me hice creer que esa leyenda que conozco desde los siete años la había soñado.

“El águila del teatro Degollado nunca ha tenido una cadena, qué raro...”, me dije en mis pensamientos.

Salimos del teatro tomados de la mano, aún en silencio mientras caminábamos, un silencio fresco y agradable, cuando llegó un olor familiar...

—¿Me invitas un cuernito? —me preguntó haciendo suave su voz.

Solo le sonreí y fuimos hacia la panadería.

Cuando entramos puse en la charola dos *croissant* rellenos de chocolate, y avancé a la caja para pagarlos. La cajera me sonrió y después de poner los panes en una bolsa me preguntó:

—¿Algo más, joven?

—No, gracias.

Pagué, tomé los panes y salimos. Caminamos hasta las fuentes para sentarnos en una banca para disfrutar nuestras compras. Pero ahora el silencio era diferente. Lo podía percibir en el estómago, algo no estaba bien, y lo peor, es que ya sabía exactamente lo que pasaba.

Esperé varios minutos a ver si ella decía algo. Solo silencio. Seguí esperando, más silencio. Esperé todavía, creo que demasiado, hasta que por fin dije:

—¿Qué pasa?

—Nada, ¿por?

—No puedes mentirme ya, me lo vas a decir, ¿cuántas veces lo tengo que preguntar?

—No, pues, no nada. Si quieres ya me voy para que puedas ir a platicar y conocer a la cajera. Así no intervengo.

No era la primera vez que pasaba esto, ni la segunda, ni la tercera...

Tomé un suspiro para aferrarme a lo último de paciencia que quedaba en mí y le dije lo más cordial que pude:

—Si dices eso, solo me estás alejando de ti. ¿Cómo crees que me hace sentir eso?

Yo vengo contigo, esperé toda la semana para este día y disfruté muchísimo del concierto.

Tú eres con quien yo quiero estar, me hiere muchísimo que me digas algo tan agresivo como eso. Me parte el corazón, ¿me entiendes?

Pero yo ya sabía lo que seguía. Silencio. El sonido de la fuente apareció para intentar rellenar ese silencio.

—Por favor, compréndeme que siento horrible de que me digas algo así cuando tú eres la chica que amo...

Más silencio.

—¿Por qué dices algo tan feo? —insistí. —Si sigues diciendo cosas así de feas, simple y sencillamente me estás alejando de ti. ¿Puedes ver eso?

¿Qué más podía esperar? Más silencio.

—¿Por qué no me respondes?

Ella, con una mirada tan vacía como su corazón, no decía una sola palabra. Yo, tenía los ojos secos, la fuente lloraba lo que yo no. Después de un silencio que, (palabra de honor) no sé si duró treinta segundos o media hora, se levantó y se fue. Su silencio aún resonaba en mí, y la indiferencia punzaba mi ser.

Quien me había prometido todo se levantó y se fue. Entonces sentí una extraña sensación de que todo esto ya había pasado, o lo había soñado hace tiempo, tal vez.

Caminé desanimado. Vi un grupo de jóvenes, un vagabundo, una vendedora ambulante y las olorosas calandrias.

Caminé hacia el café que estaba al lado de la entrada del teatro, pero al acercarme vi

a una mujer que sin duda había visto antes.

—Lo siento mucho por tu perro...

Escuchar eso me estremeció, y luego me volvió a estremecer.

—Gracias, no pasa nada —le respondí, pudiendo gesticular apenas.

—¿Pero a la vez es un alivio no? ¿Así no pensarás tanto en ella?

—¿¡Qué está pasando?! ¿Quién es usted?

—Tranquilo, sé que tal vez estás algo confundido, pero todo está bien. Es más, yo puedo ayudar a recuperarla y que la tengas a tus pies de nuevo, ¿te gustaría eso?

A pesar de mi asombro, confusión e incredulidad, de algo estaba bien seguro.

—No, no gracias.

EL DISFRAZ

Tianguis Cultural

Sara Pendragon

Hace más de una semana que no hemos visto al Mona. En una situación de calle como la de nosotros, cuando pasa tanto tiempo sin ver a tu compa, sabes que algo no anda bien. La última vez que pasó por el Tianguis Cultural, donde solemos reunirnos con el Tenor; se separó de nosotros por la noche y con el disfraz puesto. Me preocupa que lo hayan confundido, como le pasó al Tunas la última vez que lo vimos.

Hace cinco días que el Tenor anda mal. Muy decaído, pensativo. No me lo ha dicho, pero sé que piensa en el Mona y de seguro busca la forma de encontrar respuestas de su paradero. Obvio porque el gobierno no lo va a hacer, ni la policía ni nadie más se va a meter en esto. A nadie le importan los vagabundos como nosotros. No les conviene armar un escándalo para encontrar a alguien que de todos modos van a abandonar a su suerte en la calle.

A Tenor le llamamos así porque se agarra a cantar en la noche, paseándose por las banquetas, gritando a todo pulmón las canciones que conoce y casi siempre anda por las calles que están cerca del Cultu, como 16 de Septiembre, la Calzada del Águila o Washington. Él es el más grande de los tres, y también el más astuto, aunque como está loco, nunca lo aparenta. Hace mucho tiempo que él nos enseñó a movernos entre la ciudad para conseguir alimentos e información antes que los otros desamparados y mejor aún, antes que los morritos adictos que dejan su casa tres días para andar en la calle y se regresan como si nada. Ellos pueden comer en sus casas y prefieren andar acá de vagos, eso no me agrada. El Tenor siempre los corre de nuestra zona porque a él tampoco le gusta esa gente, aunque al Mona le daba... le da bastante igual.

Bueno, hoy es diferente de cierto modo. Más porque vamos a caminar entre mucha gente a plena luz del día y no sé por qué Tenor no me dice a dónde vamos con seguridad. Andamos por la zona de los dos templos. Nos escondimos en un callejón un poquito antes de que amaneciera y nos vestimos con nuestros disfraces para la ocasión. Andamos técnicamente encubiertos.

Hay mucha raza que nos conoce sin disfraz, aunque sea de vista, y que se la pasa en la zona del centro. Esa raza siempre nos ve a los tres juntos. Si algo malo le pasó o algo le hicieron, los que sepan no nos lo dirán si nos reconocen, además si lo piensan no lo sabremos sin el disfraz puesto. Por eso, creo yo que el Tenor decidió llevarme con él, aunque no fuera de noche.

Aunque el Tenor no me ha dicho nada del porqué, creo que tiene sentido que hagamos nuestra caminata con nuestros disfraces ahora de día, aunque siempre lo hacemos por la noche, cuando nadie puede notar las ligeras diferencias entre nosotros y nuestro papel. Disfrazarse de noche nos daba al Mona y a mí —novatos en este arte del disfraz que el Tenor domina a la perfección— cierta seguridad de que las personas no nos reconocerían, en primer lugar, porque son muy pocas las que se llegan a topar con nosotros, y en segundo porque no hay demasiada luz por las noches, pero Tenor siempre ha podido hacerlo a cualquier hora. Si hoy precisamente decidió traerme con él de día, debe significar que juzgó con su experiencia que soy capaz de hacerlo, pero igual me pone de nervios intentarlo.

Tras un par de cuadras caminadas, miro a Tenor a los ojos y, sin hablar, le pregunto por qué la gente no nota nuestros verdaderos rostros. Cuando no me contesta, me doy cuenta de que hacer preguntas es salir del papel que interpretamos, y responderlas lo es todavía más. Pasan dos niños paseando a su perro, acompañados de su padre y el perro nos huele y me gruñe. Sé que sabe lo que soy porque intenté hacer preguntas. El niño más chico también me ve con cierta extrañeza, pero pasa de largo.

No estoy seguro de por qué las pocas personas que se pasean por 16 de Septiembre —tanto hacia el lado contrario como junto a nosotros— no nos descubren aún; pero ahora estoy bastante seguro de que lo harán pronto si sigo saliéndome del personaje.

Durante nuestra caminata me doy cuenta de que andamos yendo para el Tianguis Cultural y noto que me estoy emocionando un poco porque mi disfraz expresa algo de alegría. Ha de ser porque me hace sentir mejor saber a dónde estamos yendo, aunque el Tenor no me haya explicado una palabra de lo que tenemos que hacer, o tal vez es porque estoy casi seguro de que adiviné todo lo que no me dijo, porque lo conozco, aunque no tenga tanta experiencia como él.

Cruzamos con muchísimo cuidado las calles que están entre nosotros y nuestro destino. Aunque son alrededor de las nueve de la mañana y por ser sábado no hay tantos coches por acá, nuestro disfraz hace que algunos conductores odiosos pisen el pedal más fuerte al vernos atravesar... si es que nos ven.

Recuerdo la vez que atropellaron al Tunas, hace un año o dos, fue cuando el Mona y yo empezamos a conocer al Tenor y a seguirlo, pero no sabíamos cómo disfrazarnos como él, solo sabíamos que él podía hacerlo y que el Tunas estaba aprendiendo a hacerlo también. Este último estaba perdido esa vez. En ese tiempo era discípulo del Tenor, y no recuerdo mucho de su historia porque lo conocimos apenas unas semanas antes de que lo atropellaran. Cuando se puso su disfraz no lo reconocieron en la noche unos vatos que iban manejando y pues ahí quedó.

El gobierno tardó un buen rato en recoger su cuerpo, y ya no lo pudieron identificar porque se murió con el disfraz puesto. Nosotros nomás lo hicimos a un lado de la calle para que no le siguieran pasando los carros, porque en esos casos ¿qué más puedes hacer? No teníamos ni dónde enterrarlo, ni cómo llevárnoslo. Desde entonces el Tenor nos aceptó como discípulos y nos dijo que, si queríamos aprender de su arte, teníamos que hacerlo con cuidado, y nosotros nomás nos animamos a practicar de noche... bien sobrios.

Recuerdo que el Mona le compraba mota al morro con rastas que vendía allá en el *Cultu*. Creo que por eso vamos para allá, por si al amanecer se le ocurrió ir por un porrito, o a ver si le debía algo de dinero al tipo. No sé su nombre, yo no compro eso, así que no lo ubico.

Bueno, acabamos de llegar al lado norte del *Cultu*, pasando el Agua Azul. Aquí la gente ya se está juntando más y procuro controlar mis nervios para que no nos descubran el disfraz. También evito volver a preguntar algo al Tenor, mientras nos arrastramos entre los puestos y el montón de gente, él me empuja un poco del cuello para que preste atención y me explica algo sin hablarme.

—Allá está el que le vende la mota al Mona, a lo mejor y él sabe algo.

Nos aproximamos despacio y nos sentamos cerca para escuchar lo que él dice sin mover la boca. Es más difícil prestar atención a los pensamientos individuales de una persona que se encuentra rodeada de tanta gente que piensa con su voz interna. Parece que el vendedor anda medio pacheco, sus palabras flotan entre algo de humo y emite un aroma que no es del todo desagradable cuando lo percibo siendo yo, pero el personaje que interpreto ahora es mucho más sensible a los olores. Estornudo.

Hay un problema. El tipo, que la verdad no sé ni cómo se llama, nos mira como nos ve la demás gente que pasa y cuyo instinto les dice que algo anda mal, pero, aunque por alguna razón la gente sigue de largo en cuanto nos mira con sus ojos; el comerciante no deja de mirarnos. Está drogado, debe ser eso.

El Mona siempre estaba en sus cinco sentidos cuando tenía que disfrazarse con nosotros por las noches, por supuesto, porque no quería terminar como el

Tunas. Recuerdo que hubo una vez que se puso bien pacheco y que no se le quitó cuando cayó la noche que íbamos a salir con los disfraces. Esa vez lo dejamos que durmiera mientras el Tenor me llevaba nomás a mí para conseguir comida para los tres. Pero cuando llegamos con los disfraces puestos y cargando la comida entre las muelas, Mona se paniqueó muy feo. Todavía no se le pasaba el efecto de la mota y al vernos no pudo percibir ni nuestros disfraces ni nuestra verdadera apariencia, sino, según él; una perturbadora combinación de ambas cosas. Al amanecer, cuando se calmó un poco, no encontró palabras para describir lo que había visto en nosotros ayer. De hecho, parecía no poder recordarlo.

Tenor me empuja del cuello de nuevo —esta vez con más fuerza— y me aleja lo más rápido que puede del comerciante para que la multitud se interponga entre él y nosotros. Nos ha visto. Descubrió nuestros disfraces.

—No está viendo con los ojos —me explica Tenor—. Es peligroso quedarnos cerca de él ahora.

Recuerdo el momento en que intenté preguntarle algo, cuando pasamos cerca del perro y del niño, ¿por qué ahora sí puede explicarme cosas?

—¿No es peligroso que conversemos así entre tanta gente? —pregunto, recordando que por poco nos descubre el niño— ¿Qué tal si nos descubren el disfraz?

—No pasa nada. La gente puede sentir que somos anormales, pero no pueden descubrirlo si confían en sus ojos en cuanto su instinto los obliga a mirarnos. Más cuando estamos en sitios concurridos como este.

—¿Y el comerciante?

—Ahorita te acordaste del Mona ¿verdad? —lo miro incrédulo porque no pensé que pudiera prestar atención a ese pensamiento en específico sin que yo intentara que me escuchara— La vez que no vino con nosotros porque estaba bien pacheco. Este morro también se puso así porque está fumando.

—¿A poco también se puede leer esos pensamientos? —pregunto refiriéndome a mi recuerdo del Mona.

—El caso es que ciertas drogas evitan que tu conciencia perciba la realidad tal y como se percibe a diario —evade mi pregunta y va directo al punto—, a través de sus cinco sentidos. Algunas sustancias los intensifican, y otras los inhiben. Y entonces la gente drogada percibe la realidad desde otra perspectiva. Y nos percibe porque no nos ven con los ojos, sino con el instinto, que nunca se apaga.

—¿Por eso se espantó cuando nos vio? ¿Lo mismo le pasó al Mona la otra vez?

—Sí. Nos vio con la conciencia adormecida. El subconsciente puede tomar el control a veces, así le pasó esta vez a Mona.

—¿Te ha pasado a ti también? ¿Sabes... ¿Qué es exactamente lo que vio el Mona la otra vez?

—El instinto es algo bien curioso Quique. La mente humana es muy fácil de engañar, porque el humano puede imaginar muchísimas cosas.

Mientras caminamos un poco más, comienzo a observar con atención a la gente que nos mira. El Tenor tiene razón. Cada vez que detecto a alguien que se altera porque su instinto le dice que algo anda mal con nosotros, decide mirar directo hacia acá. Y en cuanto sus ojos les brindan la información de nuestra apariencia, se relajan y siguen de largo. Confían en sus ojos. Eso es lo que nos da la ventaja cuando no somos humanos.

Más adelante un niño como de cinco años que viene con su papá, nos observa con curiosidad. Si es que descubrió nuestros disfraces, no le parecemos una amenaza porque no tiene la noción de aquello que a los adultos les parece peligroso.

El padre, quien lleva el cabello largo atado en una coleta, nos mira también y nota que su pequeño está curioso con nosotros, así que primero aleja al niño y, después de tocar mi cabeza y descubrir que no pienso hacerles daño; permite que el pequeño toque mi pelaje un poco antes de marcharse.

A veces, cuando esto sucede, mi disfraz se alegra por su cuenta y la cola se menea tantito. Pero el yo real, el yo humano, sigue más que nada preocupado por el Mona. ¿Se habrá ido por voluntad propia sin decirnos? ¿Y si debía dinero a alguien? ¿Qué tal si se lo llevó control animal? ¿Y qué haré si me entero de que alguien lo mató como al Tunas?

Seguimos, pues, adelante con la búsqueda. La verdad yo suelo marearme si intento leer más de dos mentes al mismo tiempo, pero el Tenor tiene talento de verdad con esto. No dice nada, pero sé que está buscando entre la multitud algún pensamiento que coincida con la descripción del Mona; con o sin el disfraz puesto.

Tenor ladra para que lo vea, porque detectó algo peculiar olfateando el piso. Está siguiendo un rastro, pero no estoy seguro si encontró la pista con el olfato de perro que le brinda su apariencia o con escuchar los pensamientos de la gente alrededor. Como sea, comenzó a correr y lo fui a seguir de cerca.

Avanzamos hasta la estatua de Juárez y me doy cuenta de que mi olfato también detecta algo bastante familiar. Cuando damos la vuelta a la estatua y la gran pared blanca que tiene detrás, por fin relaciono el aroma con algo material. Es el zapato del Mona, está tirado cerca de la pared que da la cara hacia la avenida Washington. Lo reconozco por la suela desgastada y la punta despegada. Ade-

más, huele exactamente como el Mona cuando está disfrazado. Debió perderlo la noche en que se separó.

Cuando pasamos por ese lado de la estatua de día, jamás usamos los disfraces, y en realidad en todo el tiempo que el Mona lleva sin aparecer, ni siquiera hemos puesto un pie cerca de acá. Y por las noches jamás paseamos tan cerca de donde se pone el Cultural. Ahora entiendo que para esto sirvió usar los disfraces de día. De otro modo no habríamos encontrado la pista del Mona.

Tenor se aproxima al zapato y al olfatearlo un poco más me explica lo que encontró.

—Mona no se ha quitado el disfraz.

—¿Cómo lo sabes?

—El zapato no huele como sus pies. Más bien, está mordisqueado, huele a su saliva. No les he contado, pero una vez esto le pasó al Tunas. Pasó tanto tiempo disfrazado que no se pudo quitar el disfraz hasta que se lo quité yo mismo.

Siento que se me congela la sangre y que mis pulmones se paralizan. No quiero imaginar que le suceda algo en esa forma y termine igual que acabó el Tunas, o que conserve el disfraz puesto para siempre y pierda su humanidad. Abandonado por la vida, desparramado en la calle sin nadie que le ayude o a quien le importe un triste perro callejero. Me da escalofríos pensar en las mil formas en las que pudo terminar y, a diferencia del Tunas, sin que ni siquiera nosotros sepamos cómo y cuándo se terminó su vida.

—No podemos saber si está muerto —Tenor intenta calmarme— Pero si lo encontramos...

—Cuando lo encontremos —Corrijo sin pensar.

—Sí Quique —suspira—. Cuando lo encontremos es posible que ni nos reconozca. De ser el caso tendremos que llevarlo por la fuerza, y de día será muy difícil por la multitud.

—Vamos a buscarlo —suplico con tanta preocupación que apenas escucho el pequeño aullido de mi disfraz.

Sigo a Tenor de vuelta a los puestos del *Cultural* y atravesamos el laberinto que forman en conjunto. Cuando bajamos los escalones frente al Juárez de piedra escucho a la raza rastafari tocando bongos rítmicamente y percibo el olor del refresco que le ponen a las rusas que venden ahí. Huelo también la pintura de los puestos de playeras sicodélicas y algunas con imágenes interesantes, cerca de donde estaba el padre con el pequeño que me acarició la cabeza. También lo huelo a él, y huelo el plástico de las cajitas de películas y series en DVD que se venden del lado de 16 de Septiembre.

Al pasar por los puestos de la orilla del tianguis que está al otro lado de la estatua, percibo el aroma de los libros que venden usados y de esas pulseras de cuero con picos de metal. Cuando pasamos cerca de ahí, noto que huele también a las mochilas y pines con imágenes impresas de caricaturas japonesas. De ahí pasamos más o menos por donde nos topamos al morro que vende la mota, y primero puedo olfatear la tinta y la sangre del puesto de tatuajes, pero luego huelo el humo de la mota quemada mezclado con humo de cigarro y el vidrio soplado de las pipas.

Me doy cuenta de que es la primera vez que experimento tantos aromas concentrados en un mismo sitio, viviendo la experiencia del Tianguis Cultural desde los sentidos y la altura de mi personaje. Si no fuera porque estamos buscando al Mona, estaría muy contento de lo que está pasando, pero entre todos esos aromas siento uno que es bastante familiar. El aroma es algo tenue, pero puedo identificarlo.

Mona estuvo aquí, pero el rastro es viejo... creo. Pocas veces he rastreado en mi vida, y de hecho el olfato solo lo había entrenado hasta ahora para encontrar comida en la basura que no estuviera descompuesta. Esto es diferente, pero Tenor es muy experto. Confío en él.

No pasan ni cinco minutos y de pronto el rastro de Mona se vuelve muchísimo más intenso. Tenor lo nota también y corre a encontrarlo. Tiene que estar muy cerca, y suspiro de alivio al darme cuenta de que el aroma no viene de la avenida, y que no huele como la carne podrida que hay en la basura cuando recogemos comida.

Pero el alivio se transforma en horror cuando damos la vuelta en el puesto de taxidermia.

El Mona está disfrazado tal como Tenor lo predijo: su forma humana no está presente. Está sentado con la mirada fija hacia el puesto de enfrente.

Al principio pienso con ingenuidad que él está mirando algo que le interesa e incluso vuelvo a seguir su mirada, pero me doy cuenta después de que no percibo sus pensamientos como los de Tenor ni como los de la gente que pasa de largo hacia ambas direcciones del pasillo.

El corazón me baja al estómago cuando me percató de que no huele a carne podrida porque la carne le fue extirpada. Los ojos fueron cambiados por canicas de vidrio. El cuerpo que esa piel cubría fue cambiado por una base que huele a madera.

El Mona está disecado.

BAJO LA LLUVIA

Café Madoka

Luis Antonio Pulido

La lluvia seguía atormentando a la ciudad, que en ese momento dejaba de ser ciudad. Las avenidas estaban repletas de agua y las corrientes conducían los pocos carros que quedaban a los bordes de los edificios. Era difícil distinguir con claridad lo que pasaba allá fuera. El agua caía con tal fuerza y velocidad, que las gotas se convertían en cortinas grises. Había logrado ver por lo menos doce cuerpos flotando sobre las calles inundadas. La mayoría eran cadáveres ya, cuerpos sin fuerzas siendo arrastrados por aguas negras y pesadas. Otros tantos luchaban, manoteaban y gritaban con la esperanza de ser salvados por alguien o por algo. Un trozo de concreto cayó sobre los ríos y causó un estruendo, después solo se hizo presente el sonido de las gotas grávidas cayendo sobre las aguas.

Una voz entrecortada y atestada de estática rompió con la armonía del momento. Era la voz de Guillermo Vela quien, desde una vieja radio, daba las noticias del momento. Dos hombres hacían un esfuerzo por sintonizar la voz del presentador. Era imposible ver la televisión con la lluvia, así que la única forma de estar al tanto de todo era a través de la radio.

—...pidiendo calma. Este fenómeno natural aún no ha sido catalogado por... —el sonido entrecortado de la estática lastimó los oídos de todos en el café—. Se teme que las tormentas continúen por una semana más.

Se reflejaba preocupación en la cara de todos los presentes. El Café Madoka había sido el refugio de todos nosotros, habíamos pasado días esperando a que el diluvio terminara, pero mientras las horas pasaban, la tormenta crecía más y más. La comida, el café y los cigarrillos parecían interminables. Cada día, las meseras del lugar salían de las puertas traseras y entregaban porciones de comida a los presentes, siempre acompañadas de aquel delicioso café. Tuve la oportunidad de hablar con una de ellas, era una mujer joven de unos veintitantos. Me dijo que su nombre era Cristina, aunque al principio tuve la sensación de que ese no era su verdadero nombre.

Cristina era una mujer hermosa. Siempre llevaba vestido negro y camiseta blanca, con un perfecto planchado y fajada a la altura de la cintura como todas

las demás. Un paño negro retenía su corto cabello, un cabello rizado y pelirrojo; su sonrisa era encantadora. Todas las meseras eran amables con los presentes en el café, pero Cristina tenía un encanto particular.

—...ayuda de las autoridades —continuó la radio—. Se estima que, la agresiva tormenta ha cobrado la vida de por lo menos doscientas personas y...

Un golpe arrancó la atención de todos. Un edificio se caía a pedazos en lo alto del cielo, los trozos caían y formaban monstruos de agua que subían y después se perdían entre la lluvia. Me acerqué a la ventana del café y miré con detenimiento aquel terrible evento. Un cristal separaba mi cuerpo y la urbe inundada, el agua alcanzaba a llegar hasta mis hombros. Toqué el cristal y deseé salir del establecimiento.

Cristina se acercaba hacia mí. Cargaba una bandeja con un café, pan tostado y un paquete de tabaco.

—¿Todo bien, señor? —preguntó mientras dejaba la bandeja en una mesa cercana a mí.

—Estar dentro de un café mientras cientos de personas mueren ahogadas... —miré su rostro desconcertado—. Sí, todo bien, Cristina.

—Perfecto, si necesita algo, no dude en mencionarlo.

Tomé un cigarrillo y me lo llevé a la boca, no lo encendí. Me acerqué a la multitud que escuchaba atenta la radio entrecortada.

—En noticias más importantes: nuestro presidente nacional Adolfo López Mateos ha hablado sobre sus constantes críticas al apoyo cubano. Mencionó que *México no tiene relación alguna con la revolución cubana y sus ideologías*. Asimismo, mandó un mensaje a la nación: *Es momento de que los mexicanos nos unamos y pensemos en un progresismo inmediato*.

—Ese cabrón —interrumpió un viejo de la multitud—. ¡Nos llevará a la quiebra!

Pensé en sus palabras, pero enseguida las borré de mi cabeza. A veces, las ideas son mendigas en busca de alguna mala noche. Las personas comenzaron a esparcirse a lo largo del café, algunas se sentaban a merendar, otras tantas tomaban café y reían. Yo caminé sin intención.

—¿Necesitas un mechero? —me preguntó un hombre bien vestido.

Recordé que aún tenía el cigarrillo en la boca sin encender, así que asentí con la cabeza y el hombre sacó un encendedor, giró la roca y el fuego tocó la punta del tabaco.

—Gracias.

—No es nada. ¿Cuál es tu nombre?

Pensé en mentir, al final, no tenía idea de lo que pasaría después del diluvio, no sabía quiénes eran ellos y tampoco sabía sus intenciones.

—Gabriel —no mentí.

Él me tendió la mano y me sonrió después. Sus dientes eran amarillos y sus manos suaves como la seda.

—Yo soy Arturo, encantado. ¿Te gusta el ajedrez? —Nunca había jugado ajedrez, pero de todas formas asentí con la cabeza—. Estaremos jugando y tomando algunos tragos de forma disimulada en aquellas mesas, deberías venir, Gabriel.

Agradecí la invitación y Arturo se alejó con paso firme. Regresé la mirada hacia la ventana, de vuelta al café y, de nuevo, a las avenidas. Noté enseguida que ninguna de las personas presentes miraba hacia las calles.

Al poco tiempo me acerqué a las mesas en las que varios hombres tomaban y jugaban ajedrez. Arturo me saludó y comenzó a explicarme cómo iba la partida.

—Acaba de capturar a su segundo caballo y tiene el centro ganado con los peones —soltó una pequeña risa—. Ese cabrón está perdido.

Uno de los hombres que jugaba estaba relajado y con una mirada segura, clavada en el tablero. Había dejado su saco, tan solo tenía un chaleco y su camisa blanca arremangada a la mitad de su brazo. El otro era un viejo que tenía la mirada perdida, pasaba los ojos por todas las piezas del tablero y regresaba al centro de este.

El hombre sin saco deslizó una pieza por todo el tablero en diagonal, después otra en línea recta y por último un caballo en un movimiento que, para mí, fue extraño. Al final, el viejo tendió la mano y todos aplaudieron a su contrincante.

—Gracias, buen juego —dijo mientras sacaba un cigarrillo del empaque. Tomemos un descanso.

Uno de los presentes levantó el brazo y llamó a una de las camareras. Esta llegó con algunas cervezas. Sirvió a todos, incluyéndome a mí.

—No puedo creer que ese imbécil de López Mateos nos quiera engañar con sus estupideces —dijo un viejo.

—Yo tengo una empresa de zapatos en la Ciudad de México —comentó el hombre sin saco—. Las personas de allá me dicen que, junto con otros cubanos, Castro estuvo ahí. López Mateos les permitió la entrada para hablar con ciertas personas antes de su revolución.

Muchos ojos sorprendidos miraban con atención a aquel hombre.

—Dicen que su intención es apoyarlos en todo junto con el sector progresista —continuó—. Todo por el repudio que le tienen a la política estadounidense.

—Imbéciles —farfulló otro hombre—. ¿Cree que pintando nuestras ciudades de colores y apoyando a esos cubanos avanzaremos? ¡Debería dejar que hombres como nosotros ayudemos al país!

—¡Salud! —siguió el hombre sin saco—. Por los hombres como nosotros, hombres valientes, inteligentes, audaces. ¡Salud!

Todos levantaron sus tarros y comenzaron a chocarlos. Yo encendí otro cigarrillo.

Me despedí de Arturo y caminé hacia una mesa que se encontraba vacía, justo frente al exterior del café. Pensé que tal vez debí haberme servido otro trago y, después de que el pensamiento invadiera mi cabeza, Cristina venía en dirección a mi mesa con un tarro gigante. Dejé mi cigarrillo en el cenicero y antes de que ella siquiera hablara, la miré con atención.

—Trae uno más, Cristina.

Borró su sonrisa de inmediato, después sonrió de nuevo y regresó a la cocina. Volvió con un trago más y otro paquete de cigarrillos.

—Aquí tiene, señor —dijo mirándome a los ojos.

—Dime Gabriel, siéntate.

Ella se sobresaltó ante mi propuesta.

—No puedo sentarme, seño... Gabriel. Tengo que seguir trabajando, aún hay muchas personas y al parecer nos quedaremos una semana más, o bueno, eso dicen en la radio.

—Cristina, desde que estoy aquí has estado atendiéndome en todo lo que necesito —Bebí un poco de cerveza—. Esto es lo mismo, solo que ahora te lo estoy pidiendo yo.

Me miró con intriga, después accedió. Se sentó frente a mí y tomó el trago que le había servido, dio un sorbo y después sonrió.

La noche transcurrió con normalidad. Cristina y yo hablamos sobre nuestras ideologías, el futuro y sobre la decadente música de los años sesenta. Cristina era una mujer muy inteligente. No me contó nada sobre su pasado, pero pude deducir que había estudiado un largo tiempo. Hablamos sobre Europa y lo hermosa que es; su arquitectura, los jardines, los paisajes. Por un momento logramos anclar nuestros sueños en aquellos aires de desilusión, en donde las personas buscaban sobrevivir y nosotros, con el olor del licor y el humo denso del tabaco, encontramos nuestros delirios de felicidad.

Los días pasaron y los ríos repletos de cuerpos no cesaban. Las noches de noviembre eran algo frías. Todos en el café cambiamos nuestros zapatos por gruesas botas de cuero que las camareras nos dejaron en nuestros sitios para dormir,

salidas de no sé qué escondrijo, ya que la arena del mar comenzaba a devorar el sitio por completo. Era pesado caminar en ella, pero terminamos acostumbrándonos. El hollín se convirtió en el negro rocío del hogar y la arena como la tes-tigo del sin sentido de nuestras esperanzas.

Nada había cambiado. Una vez al día nos acercamos a una larga mesa y escuchábamos con atención al presentador a través de la radio. Siempre era lo mismo, desilusión, más muertes y, claro, la sección de “política”. Después, los hombres viajaban a una mesa vecina y allí discutían mientras piezas de madera se tragaban entre ellas y los cigarrillos se consumían sobre cristales.

Arturo y yo hablamos en unas cuantas ocasiones, él me contaba sobre lo odiosa que era su esposa y después concluía con algún comentario acerca de las meseras, dejando en claro su atractivo sexual. Le confesé que no sabía jugar ajedrez, él se sorprendió, aunque después me intentó explicar cómo funcionaba. Nunca aprendí.

Todas las noches me sentaba con Cristina frente al cristal que daba vista hacia el exterior. Hablábamos de tantas cosas que perdíamos el tiempo de inmediato. Un día la invité a dormir conmigo, pero ella se negó. Me dijo que tenía prohibido dejar la cocina por la madrugada. Lo entendí y no volví a mencionarlo.

El tiempo es obstinado. Todas las noches soñaba con el pasado y aquel mundo que en algún punto de mi vida había sido mi hogar. Cuando la única esperanza a la que te aferras comienza a desaparecer, tu ilusión se convierte en un yugo taciturno. Te aferras a la cuerda que te mantiene vivo, aunque con el paso de los días tus muñecas se dañan por sostenerla. ¿Qué es la vida sin alguna fuente de ilusión? ¿No vivimos gracias a las expectativas? Quizás no pueda encontrar la respuesta sin antes formular la pregunta que tanto busco.

—...la muerte del candidato a la presidencia estadounidense John F. Kennedy. Al parecer, un hombre llamado Lee Oswald disparó desde el sexto piso de un edificio, quitándole la vida a... —Desperté.

Salí de donde dormía y logré vislumbrar a muchos hombres apilados en la mesa en donde se encontraba la radio. Decidí acercarme para escuchar mejor, pero la bulla de estos no me permitía hacerlo.

—El único hombre que estaba en contra de Cuba ha muerto —dijo un viejo que se encontraba allí—. El mundo está jodido.

—No ha muerto —interrumpió alguien—. Lo han matado. ¡Imbéciles rusos!

Me alejé de aquellos hombres y decidí que debía dormir un poco más, aunque fue un deseo que no pude cumplir. Salí y pedí un café a una de las camareras, me senté un largo rato. Varios cigarrillos se apilaron en el cenicero y algunos

cayeron en la arena. Pensé en Cristina y por un momento imaginé una vida fuera del café. Era una mujer con visión del mundo, tal vez nuestros destinos estarían en alguna parte de Europa, como lo habíamos hablado. Tal vez en Praga, caminando por sus grandes plazas y deslumbrándonos con sus templos góticos y sus palacios renacentistas. O tal vez nuestras vidas serían mejores en Verona, caminar por Via Giuseppe Mazzini y que Julieta sintiera la envidia de nuestro querer. O Escocia, subir por las montañas y observar el desnudo de Edimburgo por las noches.

Por un largo tiempo me envolví en sueños y los días pasaban. Nada cambiaba, las personas seguían muriendo ahogadas y nosotros, tomando café y fumando como maniáticos. Mi relación con Cristina cambiaba, al menos ella no sería un sueño más.

Cuando llegó el invierno a Madoka, el lugar se pintó de blanco. Caían grandes cantidades de nieve y las mesas se congelaban. Los suelos eran aludes de Alaska y seguíamos usando las botas pesadas. Todos llevábamos bolsas de plástico a modo de abrigo. Afuera no era diferente. La lluvia era ahora nieve, las personas, arrastradas por avalanchas, morían enterradas en masas albas. En una ocasión, mirando al exterior, logré observar el cuerpo de un niño que luchaba por salir, por un momento creí que lo lograría. Pasó varios días así, llegué a la conclusión de que su pierna se había atascado, ya que pude ver cómo intentaba romperse la rodilla con un trozo de metal. Un día, mientras tomaba mi café por la mañana, pude ver al niño quieto, me acerqué al cristal y presté atención. Tenía el rostro morado y los tejidos se desprendían de su cuerpo. Se había congelado.

Llegó la última noche del año. El Madoka era ahora un sitio nuevo, tal como en las películas de Federico Fellini, un bar de Roma pintado de largos manteles blancos, así como los suelos y los cielos de Guadalajara. Le había pedido a Cristina que, en la celebración, ella estuviera conmigo. Acepto. Desde temprano las camareras acondicionaron el lugar y acercaron mucho café, tabaco y alcohol a las personas. Sacaron de una bodega oculta vestimentas para cada uno de los presentes de algún evento anterior y comenzaron a repartirlas. Cuando cayó la noche, la celebración comenzó y las personas reían y disfrutaban. Los hombres portaban trajes negros y elegantes, con zapatos pulidos a la perfección y sombreros imponentes. Las mujeres, por su parte, llevaban largos vestidos alegres, tomados por un lazo desde la cintura y zapatillas brillantes. ¿Acaso había una tienda al lado y se accedía por una puerta oculta?

Cristina lucía hermosa. Llevaba un vestido color ocre, este combinaba con sus ojos marrones y su cabello pelirrojo, que sostenía con una delgada banda. Cuan-

do la vi, sus ojos asemejaron la luz que instintivamente entra por las ventanas de agosto, esa luz que después pisoteamos por las mañanas y que luego adopta el aroma del café matutino. Esa luz.

Pasamos la noche juntos, reímos y tomamos mucho licor. El olor del tabaco se mezclaba con nuestros labios al rozar y el frío congelaba nuestras incertidumbres. En un momento de la noche, una de las personas en el Madoka señaló que era momento de bailar y, al ritmo de Juan García Esquivel, Cristina y yo volamos por la pista.

Llegó el momento del brindis. Todos nos acercamos a una larga mesa y levantamos nuestras copas. Brindamos por las mismas estupideces que el hombre de los sesenta brinda. Yo esperaba que terminaran lo antes posible para vaciar aquella copa y seguir con mi noche mágica. Terminó el brindis y todos nos esparcimos por el café, algunas mujeres fueron directas al baño, otros tantos a bailar y claro, aquellos hombres previsibles viajaron a la mejor mesa, sacaron un tablero, cigarrillos y comenzaron su rutina diaria. Esta vez no me acerqué, salí disparado con Cristina a nuestra mesa favorita y nos sentamos a platicar.

La noche se hacía vieja y llegaría el momento que condenaría nuestro gozo. Los hombres que jugaban ajedrez hablarían durante toda la celebración de política. Cuba, Castro y López Mateos robaban toda la atención. En algún punto escuchamos algunos gritos, después, unos golpes al tablero y más gritos. Levantamos la vista y miramos hacia la mesa. Uno de los hombres que discutía tomó un tenedor en los vestigios de su cena y lo enterró en el ojo de otro hombre. —¡Idiota! —gritó desesperado.

Comenzó una bulla gigantesca. El hombre tomó el tenedor que, en ese momento, aún seguía en el ojo y, como el que agita una bandera, comenzó a desgarrar el rostro por completo. Los gritos y lloriqueos aturdieron a todos. Un río rojo pintó la blancura de los suelos y todos en el café protagonizaron una obra bélica.

Tomé a Cristina de la mano y pensamos en huir. ¿A dónde vas cuando la nieve atesta tu hogar? Corrimos en círculos buscando alguna salida. Pasamos por el cadáver del hombre a quien le habían enterrado un tenedor. Pude ver como su ojo, que en ese momento parecía una cereza, se encontraba fuera de la cuenca de su cara; su rostro estaba completamente deformado, sus labios se habían separado y su piel parecía una alfombra rojiza.

Atravesamos todo el café hasta la cocina. Pude observar como un hombre apuñaló en repetidas ocasiones a una mujer en el suelo. El cuerpo de ella no respondía y al parecer, él tampoco. Me detuve un segundo y observé aquella esce-

na, me di cuenta de que aquel hombre era Arturo. Terminó de apuñalarla y noté como su cara, salpicada de sangre, se llenaba de regocijo.

Cuando estábamos a punto de entrar a la cocina, logré observar a un viejo que venía en dirección hacia nosotros. Portaba un cuchillo y parecía tener varios rasguños, ya que llevaba todo su traje rajado.

—¡Cuidado! —gritó Cristina.

Aceleré el paso hacia la puerta. Cristina llevaba unas zapatillas altas y, con la pesadez de la nieve, no lograba dar grandes avances. Tomé la puerta con una mano y con la otra lancé a Cristina hacia la cocina. Vi cómo cayó al suelo y después, aquel viejo intentando matarnos. Logró enterrar el cuchillo en el centro de mi mano, pero conseguí cerrar la puerta. Apoyé mi cuerpo entero para poder poner el seguro, pero el viejo apuñalaba con toques agresivos el otro extremo de la entrada. Conseguí poner el seguro y después aseguré el acceso con uno de los muebles de la cocina. El viejo se rindió y pude ver, por uno de los hoyos que él mismo hizo, como se alejaba poco a poco de la cocina. Estábamos a salvo.

Volví la vista hacia Cristina, quien aún seguía recostada en el suelo.

—Estaremos a salvo aquí —Tomé su mano—. Por fin.

Así su cabeza por la parte de atrás para poder verla a los ojos. Cuando las yemas de mis dedos tocaron su cabellera húmeda, una idea inundó mi mente, inundó mis voces y mis anhelos. Inundó la ciudad completa. En mis manos corrían lagos color escarlata que goteaban incesantemente la nieve. Miré los ojos de Cristina, había perdido la viveza del pasado. El Madoka se caía a pedazos y, por un momento, logré escuchar un silencio intenso. Miré por la ventana de la cocina, salía el sol. Ya no había nieve, ni agua, ni arena, tan solo avenidas destrozadas y cielos blancos. La lluvia había terminado.

LA SOMBRA

Museo López Portillo

Marisela Valdez

—*Sigo aquí...*

Una parte de lo que una vez llegó a ser, aún se mantiene, tal y como lo hacen las erguidas torres de la gran catedral ante la brisa avasallante del tiempo, que todo lo transforma, que todo deja atrás, y convierte lo que fue —cuando la materia se ha desvanecido—, en un sentimiento melancólico que pasa a ser una herencia colectiva para todos aquellos que logran percibirlo incluso en el más sutil trazo del viento.

—*Sigo aquí...*

Murmura, por si alguien la escucha al pasar. Es un hálito que persiste bajo el rumor del tráfico de una ciudad que tiene prisa. La multitud va y viene, una multitud de personas distraídas de sí mismas; estresadas por el exceso de ruido, de movimiento, hipnotizadas por las falacias en anuncios brillantes o atrapadas en carros que se mueven sin caballos y que sueltan una nube negra que deja estelas de contaminación en el aire.

—*Sigo aquí...*

Echa un vistazo —hasta donde su campo de visión le permite—, a las plazas cercanas de la zona céntrica tapatía, bordeada por espectros monumentales que han sido adaptados para el comercio monopolizado. Las infraestructuras viejas, pero orgullosas, se niegan a derrumbarse y fungen como joyerías, farmacias, zapaterías, tiendas de electrónica, cafeterías.

—*Sigo aquí...*

Entre más se expone al exterior, más le desconciertan los sonidos poco familiares que emite el ajetreo. Pese al aturdimiento provocado, continua y vigila la acera, alguna persona desorientada, que decide pasar por esa calle, ahora llamada Liceo, no es capaz de verla u oírla. Su presencia pasa desapercibida, al igual que los puestos de las esquinas, en donde usualmente se venden revistas y periódicos que a pocos le interesa ya leer.

El trajín del presente y el clamor repentino de las campanas terminan por agobiarla. Al menos por ese día, decide dejar de asomarse desde el balcón más

alto de la finca, y vuelve dentro, entre las cuatro paredes de la bodega de aquella casona, donde su alma ha permanecido oculta desde los años en que las calandrias aún dejaban a su paso una polvareda de tierra que blanqueaba las pestañas.

Al lugar en donde se refugia le llaman Casa Museo López Portillo. Para ella, fue una estancia medianamente tranquila durante un periodo indefinido, hasta que en los años ochenta el ayuntamiento compró el lugar y se abrieron las puertas al público. Desde aquel momento, la casona recibe visitas de turistas y de estudiosos durante casi todos los días del año. Los curiosos llegan, hacen un recorrido y se van. Pero ella sigue ahí... hasta que los muros de esa finca se conviertan en montículos de nada.

Dentro de ese lugar, casi sin necesidad de que las aletas de la nariz se agudicen, el aroma del ayer penetra de humedad los muros de adobe, logra filtrarse bajo la capa de pintura. Las puertas también están blancas, pero ni el brochazo constante, oculta el efecto de los años que pudre cada vez más a la madera —ya rancia— de puertas y ventanas.

Por su parte, las esferas oscuras de moho se forman en los lugares más insospechados, y como un cáncer, van devorando todo; y la eflorescencia que descapela como frutas podridas a la piel de los muros, es tan visible como inevitable. Brisas nuevas suelen entrar por el zaguán, mueven algunas lámparas negras de quinqué y refrescan el ambiente, pero ni las corrientes de aire recién nacidas, logran despejar el olor encapsulado a tabaco añejo, a enfermedad, vejez, y muerte.

Los muebles viejos —reliquias del tiempo, constancias materializadas del pasado—, se mantienen inertes, pausados, en desuso, en un silencio sepulcral. En cambio, los espíritus que emanan de ellos están atrapados en un movimiento constante: rozan, tiran cosas y se lamentan; creen avanzar, pero no saben que caminan en el círculo eterno, y reviven, una y otra vez, los acontecimientos atroces que los atormentarán una eternidad.

A diferencia de aquellas almas plañideras y enlutadas, de aspecto señorial, ronda por la casona López Portillo, ella, La Sombra, un ente con demencia: sin rostro, sin nombre, sin historia. Se sitúa en el segundo piso, en el cuarto más alto de la casona. Huye, como cualquier sombra, de la luz cegadora del presente. Se pierde, se pierde en la oscuridad de la bóveda, y va de allá para acá, de una esquina a otra de aquel espacio reducido del cuarto; silenciosa e inasible, sin que la perciban las motas de luz que se cuelan por los resquicios. Teme que los rayos solares la desintegren, la hagan desaparecer del todo, y como un vampiro, solo se asoma, de manera esporádica, por el balcón.

La Sombra, entidad insomne, alimenta su esencia con el fuerte lazo que la casona estrecha con el ayer, al igual del posible vínculo que el lugar comparte con alguna etapa de su vida que no recuerda. Desconoce cómo contar el tiempo, pero sabe que ha pasado demasiado de este para que no pueda recordar quién fue alguna vez, o si realmente existió.

Ahora, no es más que una masa oscura y amorfa, inanimada. Es un grupo de partículas compuestas por una amalgama de escenas que pueden no ser recuerdos propios, y la llama que se encuentra en el centro de La Sombra, ha amanecido más débil que de costumbre. Parpadea, se apaga. Y esa necesidad impostergable de reconocer su huella en la tierra, lo que la hace escapar del confinamiento de aquel cuarto de almacenamiento en donde el destino la selló por tanto. Deja de ser un arcón empolvado más, y traspasa la puerta, antes de desvanecerse del todo por el efecto demencial.

La Sombra decide indagar, por primera y última vez, la planta baja de la casona. Se apresura, y trémula, desciende por las escaleras de caracol; allí, se encuentra a la monja colgada, que oscila interminablemente como el péndulo de un gran reloj. Además, escucha al fondo, donde una vez fue un confesionario, a un espíritu que recita una letanía eterna y pide con lamentos el perdón de sus pecados. La Sombra decide no interrumpir sus encomiendas eternas, su camino hacia la redención; sigue adelante por el largo pasillo y traspasa la puerta.

La casona siempre está en silencio durante las primeras horas del día. La Sombra aprovecha esa sensación de abandono y comienza a pasear por cada una de las habitaciones contiguas, conectadas unas con otras. Los muebles, incluso callados, comienzan a contarle historias a través de sus formas y texturas; son cuerpos que murieron de pie, y que se mantienen erguidos sin un propósito claro, incapaces de cumplir con la función por la que fueron creados.

Y mientras La Sombra visita cada una de las salas, la diversidad cultural en los objetos hace que sienta como si recorriera el mundo, un mundo dentro y fuera de América; y se deja maravillarla por los muebles europeos provenientes de Italia, Francia, Alemania, e intenta rozar, de manera fallida, los materiales japoneses y peruanos en algunos jarrones de decoración. Como si estuviera cansada, se detiene un momento en la sala del té, usa una de las sillas y mira por el vitral mientras simula beber una infusión de jazmín desde una de las tazas de porcelana inglesa con grabado chino.

Después de la bebida, prosigue a analizar detalladamente el acabado de cada uno de los muebles, comprados a vetustas familias tapatías. Después de varios segundos, llega a la conclusión de que las entalladuras neoclásicas en la madera

labrada proporcionan una imagen sobria y clasista al ambiente de las aulas, así que La Sombra levita por todos los rincones con aire presuntuoso y lanza ademanes aristocráticos.

Detiene su juego de rol cuando, al traspasar muro tras muro, repara en el instrumento de música en lo que simula ser una sala de espera; le embarga un sentimiento melancólico repentino, y se apiada del piano, que ha olvidado el sonido de su propia voz. De pronto, en esa misma estancia, justo detrás de ella, una presencia más penetrante demanda esa atención que le ofrece al teclado mudo, y La Sombra no demora en devolverle la mirada al gran espejo que, enmarcado con grotescos festones y palmas de color dorado, se cierne avasallante sobre ella. Tal espejo hace que la iluminación del gran candil de metal y vidrio soplado que pende del techo se haga más fuerte, y con ello, aumenta el tamaño de La Sombra, quien absorta, mira aquella silueta que el espejo le devuelve de sí misma. Una vez tuvo un rostro. Pero lo que un día fueron rasgos definidos, ahora son un manchón desdibujado, borroso, rayoneado por las líneas de un presente. Ahora, las únicas facciones que La Sombra puede atribuir a su facial son los relieves de los muros y de los propios objetos del museo.

Observa y vuelve a observar su masa oscura, y piensa en posibles nombres que pudo haber tenido. Para ella, suena bien Carlos, Raúl, Blanca Estela, o María Guadalupe. E incluso lo intenta con apellidos: Juan Villalobos, Rosilda Valdez Preciado... Pudo haber tenido cualquiera. Derrotada, se aparta del espejo y piensa en el monumento ¿de Venus? que contempló hace poco, pero ni siquiera la belleza de la diosa griega ha logrado escapar de las inclemencias del clima y del peso de los años: su piel de mármol se ha puesto oscura, e incluso, ha perdido su nariz. Para La Sombra, así se ve el amor vencido por el tiempo. Piensa en aquel sentimiento irracional y se acerca para apreciar los ventanales que dan a la calle, a esas ventanas de celosía que guardan historias de amores, de pecados, de serenatas sobre caballos, de un primer beso.

Y La Sombra se pregunta si alguna vez amó...

Cabizbaja, regresa al cuarto que está adaptado para la señora de la casa, se postra en el reclinatorio ante la imagen de la virgen guadalupana, y antes de que pueda recordar cómo orar, de la imagen sacrosanta comienza a brotar el olor metálico a sangre que se combina con el de plata, cera y cobre de todo el lugar. A la experiencia, se le suman murmullos de espíritus agrupados al otro extremo de la finca. La Sombra decide dirigirse hacia ellos, sale de la habitación y atraviesa el patio de la casa, que antes tuvo un piso de cantera y un compluvio que ahora está cubierto por algún tipo de vidriera o tragaluz. Lo que no ha cambiado, es el

soporte que las columnas dóricas de la edificación, pero del epicentro, ha desaparecido ya la fuente de agua y el jardín.

En la última aula del lado izquierdo de la casona, La Sombra se encuentra con una tertulia de fantasmas. Todos están ahí, excepto la monja, a quien no le es permitido bajar de la soga de la que cuelga. El que sí se encuentra en la reunión, es José López Portillo, quien, como anfitrión, es el único con el privilegio de usar el descansapiés. Sin embargo, desiste de la escupidera, debido a que, en esa vida del más allá, ya no cuenta con la servidumbre que la haga vaciar en la calle cuando esta se haya llenado.

En la esquina contraria de ese salón, las señoras mantienen su propio ajeteo. La Sombra comienza a conversar con el espíritu de una niña que va vestida de blanco y lleva un velo de tul. La infanta le comenta que tiene el poder de convertir a la gente atea en creyente, y está segura de ello debido a que cada ser vivo que la ve recorrer el pasillo de la casona, todos, sin excepción, terminan por persignarse y de invocar el poder de Dios antes de salir corriendo. Le dice también, que ha podido hablar con algunos vivos que visitan el museo y que estos le han ayudado a cumplir pendientes que había dejado en vida, y de esa manera, la carga que lleva a cuestas se ha aliviado considerablemente.

Y entonces, La Sombra le plantea la idea de también acudir a los mortales para preguntarles si saben quién fue ella en vida. La niña asiente y muestra una sonrisa cadavérica bajo el velo. Le aconseja que, si no logra que los vivos la vean, que intente eso de levitar objetos y estrellarlos contra las baldosas. También le puntualiza que se deje retratar con los aparatos modernos que traen los visitantes, ya que ese tipo de evidencia atrae a investigadores con habilidades especiales para comunicarse con ellos de manera directa.

Aparte de los consejos ya dados, las señoras que rodean el piano de cola hacen una intervención y le comentan que los vivos también les ofrecen entretenimiento, que de cuando en cuando, hacen conciertos de música y exposiciones de arte dentro de la casona, justo en los espacios donde fueron alguna vez la entrada de las calandrias y las caballerizas; le piden que asista, que vale la pena. La Sombra le agradece el dato y se retira.

Enseguida se dirige al grupo masculino de fantasmas que fuman tabaco en la sillería del aula. Un caballero muy señorial le confiesa que no reconoce su sombra de ningún lado, pero que la finca, además de agregar a familias particulares, también fue una escuela de monjas, un hospital y un *bufete* de abogados, pero que no se busque en el último grupo, porque la mayoría de ellos están en un lugar mucho más oscuro y tormentoso. Otro fantasma se inmiscuye a la plática

y le aconseja que también considere haber sido parte de las víctimas durante la guerra cristera, muchas de esas almas no tuvieron santa sepultura y afirma que vagan por los lugares de su muerte debido a que no tienen una fosa con su nombre labrado al cual volver. Los fantasmas asienten ante esto último, se han involucrado ya en la conversación, y de sobra, le hacen una advertencia colectiva: no abandonar la finca si no desea desaparecer. Un fantasma siempre tiene que estar atado a un lugar.

Dicho esto, se ponen de acuerdo y hacen un brindis:

—¡Por descansar en paz!

Justo a tiempo, cuando los fantasmas terminan su ceremonia social, se abre la puerta principal del museo. Entra la luz, y con ella, los fantasmas desaparecen. Después de la iluminación natural, se adentra, presuroso, el personal que le da mantenimiento a la casona; hacen sus obligaciones diarias y se apresuran en abrir las puertas al público.

La Sombra, ya con un propósito, se prepara y espera en un rincón del museo para abordar a un vivo. ¡Pobre infeliz de aquel que le toque, el susto que se va a llevar! Espera y espera, pero no hay visitas. Las personas del presente parecen no estar interesadas en el pasado. Sigue esperando y aparece una pareja de japoneses, intenta dirigirse a ellos, pero no logra entender su idioma que suena igual al canto de las aves. Y espera de nuevo; considera afortunado si se encuentra con un historiador que lleve un libro grueso bajo el brazo y el calzado desgastado. Son, a su parecer, los que más saben.

De pronto, visualiza la llegada de una mujer mayor que sube con esfuerzo por la rampa de la entrada, y casi de inmediato, es auxiliada por el guía, quien la reconoce al instante y la recibe de manera cordial. En cuanto logra entrar, la anciana saluda a los presentes con un leve asentimiento de cabeza y una sonrisa cálida; le solicita el recorrido al joven guía y le toma del brazo para apoyarse. La Sombra, escurridiza, decide seguir a aquella mujer; los años han caído tan pesados sobre su cuerpo, que han inclinado su postura y la han hecho encorvada.

Ayudada por el brazo del joven, la anciana mira hacia la nada del aula dos y añade:

—Cuando muramos, todos nos convertiremos en eso.

—¿En qué, maestra?—. El guía repara en su pregunta e interrumpe su discurso informativo sobre la antigüedad de la casona.

—En sombras. En murmullos inaudibles de un ayer.

—Qué horrible vocación. ¿No lo cree así, maestra?

—Algunos temen perdurar, otros desaparecer.

Y mientras la anciana habla, La Sombra siente, después de tanto tiempo, una mirada que se posa sobre ella. La miran esas pupilas sabias y cansadas, de párpados caídos. De pronto, esas cuencas se inundan de lágrimas. La maestra aparta la vista, saca un pañuelo de su bolso, y se limpia antes de proseguir hacia la siguiente aula.

La Sombra la sigue de cerca, con un auxilio mudo, entre cada una de las puertas dobles de las habitaciones conectadas, pero antes de que pueda intercambiar una palabra con la mortal, la mujer comienza a sentirse indispuesta, decide abandonar el recorrido y se despide. Agradece las atenciones recibidas y es ayudada a abandonar con seguridad las intermediaciones. Desesperanzada, La Sombra ve marcharse al único ser vivo que ha reparado en su existencia y que le ha comprobado que no es una ilusión.

La Sombra decide, de manera repentina, ignorar la advertencia de los fantasmas y se prepara para esbozar su último aliento en una búsqueda desesperada por conocer su identidad. Con actitud decidida, el ente oscuro atraviesa el dintel de la entrada, y aunque no necesita la rampa para descender, la usa. Ya afuera, mira por un segundo la fachada pátina de la Casa Museo López Portillo, con el número 177; pero no se despide, ya que lleva consigo una parte de él, y avanza hacia la dirección que tomaron esos ojos que sí pudieron mirarla.

Mientras recorre sus primeros metros lejos de su lugar de atadura, el cielo sobre ella comienza a acumular nubes grises; al fin y al cabo, en Guadalajara, julio sigue siendo un mes de aguaceros que persiste ante el cambio climático y el calentamiento global.

Ante un presente que se aglomera alrededor de ella, inquieta, La Sombra recorre el largo de la calle Liceo hacia la Rotonda de los Jaliscienses Ilustres. Y en su corto recorrido, se percata que no es la única: la mayoría de las personas tampoco saben quiénes son. Lo olvidan, jamás lo han sabido, no les importa, o no cuentan con suficiente tiempo libre para reparar en sí mismos.

Se lamenta. Y entre más avanza, más extrañeza le provoca todo lo nuevo. Se sumerge, sin retorno, en la contemporaneidad de una ciudad que una vez fue suya, pero que no reconoce más.

De un momento a otro, entre tanto bullicio y ajetreo, desaparece la anciana de la vista del fantasma. La mujer se ha desvanecido, se ha mezclado entre las espaldas de la gente. La Sombra se queda varada, desorientada, a la deriva de su posible desintegración total.

Continúa su andar, como un niño que se ha perdido y que no sabe adónde ir. Se altera cada vez más por el pitido que emiten los autos, pegados al margen de

la calle. Todo es confusión. Pero, cuando llega a la esquina de la rotonda, a una sola avenida de distancia de la gran edificación eclesíastica, grande es la sorpresa de La Sombra, cuando a lo lejos, logra vislumbrar un vestigio del pasado que se acerca: por la avenida atestada de autos, un hombre con sombrero dirige una carreta de capota plegable con ruedas amarillas. En los asientos de la diligencia, van turistas que se hipnotizan de la majestuosidad y belleza que la ciudad mantiene de un ayer provincial. La calandria —tal como las de antaño—, se enfrenta, victoriosa, a los cambios que trae consigo el inevitable paso del tiempo.

Anonadada, La Sombra comienza a recorrer cada una de las plazas que flanquean a la catedral, y un vestigio tras otro, desfilan ante ella. Ve al charro, ve al indígena, quienes orgullosos, se atavían de sus vestimentas típicas, y no son venas, sino raíces, lo que serpentean a sus manos trabajadoras. Artesanía de barro, vestidos multicolores, collares, figuras prehispánicas, rosarios, atrapasueños, rebosos, sombreros, muñequitas de trapo, pinturas bucólicas y demás, les brindan a las calles folclor, memoria cultural.

Además de la magia artesanal, La Sombra se deleita con el sonido desgastado que suena cuando el cilindrero le da vueltas y vueltas a la manivela de su organillo; disfruta también, del artista callejero que toca con el violín, baladas de la Época de Oro, y le es imposible no suspirar, cuando un joven recurre al mariachi para declarar su amor.

Comprende que hay cosas que no desaparecen, y piensa en ella como una corriente de aire que hace a las personas volver la vista atrás, en algo que perdura, como la jericalla que le pide la niña a su mamá para que se la compre, o el tejuiño que los sedientos beben del carrito ambulante.

¡Y qué decir de las joyas arquitectónicas que erigen la ciudad, el caserío con sus ventanas de celosía, la casona López Portillo!

Y de pronto, por primera vez después de tanto, La Sombra tiene la certeza de que no desaparecerá, no del todo, que no importa si olvidó quién fue en vida, que su esencia es parte de una memoria colectiva, es una pieza que embona en el gran rompecabezas de una ciudad consuetudinaria, consciente de la sombra del ayer.

Piensa en ello, cuando la lluvia cae de repente y toma desprevenidos a unos cuantos tapatíos que corren a refugiarse bajo los arcos de las infraestructuras más cercanas. La Sombra, en cambio, se deja empapar, cierra los ojos, escucha las campanadas que llaman a los feligreses y que hacen volar a las palomas de sus techos; absorbe, con éxtasis, el olor a tierra mojada y murmura:

—Sigo aquí...

LA BANCA DEL PARQUE ROJO

Parque Revolución

Mel Ramírez

El día era cálido, el sol brillaba y ella se veía hermosa.

Cada lunes a las cinco en punto, Marie me esperaba en la misma banca. Al salir de la escuela me dirigía a nuestro lugar de encuentro. En cada paso mis manos sudaban, había una sensación extraña en mi estómago y mi corazón parecía que se saldría del pecho. Caminar por aquel suelo rojo, entre los árboles me daba paz, dejaba mis preocupaciones fuera de ese parque, fuera de nuestro lugar sagrado.

Después de pasar por la estación del tren sabía que estaba a pocos segundos de verla, una parte de mí deseaba correr hacia ella y otra parte quería correr al lado contrario. Podía amarla, pero guardarlo solo para mí me estaba matando.

Ella estaba ahí, preciosa como siempre, con su cabello negro recogido, luciendo un vestido morado hasta la rodilla, sentada al fondo mientras dibujaba, en una banca amarilla, a unos pocos metros de la estación. Al oír mis pasos alzó la vista, me dedicó una sonrisa sincera. A veces sentía que tenía una sonrisa especial para mí.

Me acerqué a abrazarla y cerró su cuaderno.

—Es una sorpresa —explicó sonrojada.

—Bien, puedo esperar.

Nuestras conversaciones comenzaban hablando de nuestro día, qué tan pesada estuvo la semana y qué planes teníamos. A veces hacíamos pausas de silencio, contemplábamos el cielo o tan solo nos mirábamos. Había algo tan especial que esos silencios no eran incómodos, eran agradables, todo era agradable a su lado.

Teníamos un trato que en realidad nunca acordamos, eso era solo nuestro, ella no hablaba de mí y yo no hablaba de ella. Era un secreto que no lo era, solo decidimos guardarlo para nosotras. Veíamos el atardecer; ella admiraba el cielo y yo la admiraba.

—Me parece absurdo que solo pueda verte una vez a la semana —tomé su mano.

—Lo sé, pero mi mamá...

—Entiendo.

Me despedí con un abrazo y una vez más fui cobarde, no tuve el valor de decirle lo mucho que la amaba.

Tomamos el mismo tren, pero no nos sentamos juntas, en público éramos como desconocidas, temía que si alguien lo supiera se arruinaría.

Esperaría impaciente otra semana más.

Al llegar a casa le mandaba mensajes, pocas veces respondía. A veces la llamaba una o dos veces a la semana, nuestras llamadas eran cortas, ella prefería hablar frente a frente. Solía decir que le gustaba ver mis ojos mientras hablaba, le parecía que brillaban.

Pasaba el día pensando en ella. Nos conocimos hace dos años en el parque rojo, habían pasado pocos meses desde que me mudé, estuve buscando algo que me inspirara, un lugar, así que comencé a recorrer las calles de Guadalajara en busca de una buena historia. No imaginaba que sería una persona la que me inspiraría. Caminaba por el centro, había monumentos, museos y templos, pero nada me daba ideas, seguí caminando por la avenida Juárez y me topé con un parque, me parecía extraño, pues nunca había visto un parque dividido por una avenida. Estaba muy cansada, pensé que me relajaría estar entre la naturaleza. El ver alrededor sentí tristeza, no me causaba ninguna sensación o emoción. Me senté y comencé a escribir algunas ideas.

Ella se acercó y sonrió.

—Disculpa, me gusta sentarme aquí, ¿puedo?

—Adelante, nunca había venido aquí, puedo ir a otro lado si este es tu lugar —respondí.

—No es necesario, tal vez sea bueno tener compañía —sonaba muy agradable.

Se sentó al lado, al otro extremo de la banca y comenzó a dibujar. Al principio el silencio era desagradable, luego de unos minutos sin pensarlo estábamos sosteniendo una conversación. Ella estudiaba arte, cada semana iba a ese mismo lugar y dibujaba todo lo que veía, lo cual me sorprendió, el parque no era muy atractivo. Le gustaba agregar su toque a cada paisaje y objeto, pues decía que le gustaba ver belleza en donde parecía no haberla.

Era preciosa, pero no fue eso lo que llamó mi atención, sino su modo de ver las cosas. Parecía ver un mundo que ni yo ni nadie más veía. Me agradó tanto que decidí que yo también iría cada semana, así fue cómo comenzó nuestra amistad. Pero yo me enamoré.

Comencé a escribir sobre Marie, se estaba convirtiendo en mi mejor historia. El mundo es un lugar horrible y ella era luz y belleza entre toda la fealdad.

Cuanto más tiempo pasaba, más la amaba y eso comenzaba a asustarme. Mi anhelo por estar a su lado crecía y deseaba decírselo, deseaba que supiera que era lo más valioso que tenía, pero temía que si me atrevía a confesarlo la perdería. Prefería adorarla en secreto a no tenerla nunca más.

Solía escribirle cartas y poemas que no llegaban a ella, todo lo que escribía iba dedicado a aquella chica que robaba hasta mi aliento, era mi musa.

Los días me parecían eternos; por fin llegó el día en que volvería a verla. Salí temprano, así que era yo quien la esperaba en la banca.

El cielo comenzó a nublarse, el brillo en las hojas de los árboles desapareció, un aroma a tierra mojada inundó el ambiente y el viento comenzó a soplar, aquel día soleado se tornó en un paisaje oscuro, para algunos podría haber sido la imagen de la nostalgia, a mí me dio paz y comprendí cómo es ver el mundo desde los ojos de Marie, ver belleza en donde para alguien más es caos.

Cerré mis ojos mientras sentía la brisa que advertía sobre la lluvia en mi rostro, segundos después los abrí y ahí estaba ella, parada frente a mí, tan maravillosa como siempre; se acercó y me dio un beso en la mejilla a modo de saludo, mi corazón se detuvo por unos segundos mientras sentí sus labios rozar mi rostro y llegaba el olor dulce de su perfume a mi nariz.

Tenía un brazo detrás de su espalda tratando de ocultar algo, me pidió que cerrara los ojos, yo obedecí. Extendió mis manos y sobre ellas puso algo que se sentía como un cuadro, al abrir los ojos había en ellas un dibujo cuidadosamente enmarcado, un retrato mío.

—Adoro verte cuando escribes. Quiero darte esto como un recordatorio de lo talentosa que eres.

Contuve las lágrimas, era el mejor regalo porque ella lo hizo solo para mí. Me levanté, me balanceé sobre ella y la abracé tan fuerte que podía sentir sus latidos, ella respondió a mi abrazo; podría haberme quedado ahí, entre sus brazos, deseaba congelar ese momento y conservarlo toda la vida. Nos separamos un instante, sus brazos seguían sobre mi cuello, nuestras miradas se cruzaron, acercó su rostro, cerré los ojos y sus labios rozaron con los míos. Una mezcla de emociones y sensaciones me invadieron, quería quedarme ahí, en ese instante por toda la eternidad. Casi como un regalo del universo comenzó a llover, ella sonrió mientras me besaba, reí y miré al cielo.

—Eres hermosa —salió de sus labios como una confesión.

Mi única respuesta fue volver a besarla mientras la lluvia nos empapaba, sostuve fuerte su cintura para acercarla más a mí, la abrazaba como si fuese a escapar de mis brazos, como si en cualquier momento fuera a despertar y no fuera

más que un sueño, pero era muy real. No podía ser más perfecto. Ella era perfecta, tan maravillosa, tan mía.

La lluvia caía más fuerte, corríamos hacia la estación del tren, nos miramos y comenzamos a reír. Ella limpió con delicadeza unas gotas que caían de mi cabello a mi cuello.

—Alice, te amo —me miró a los ojos. —quería decírtelo desde hace mucho tiempo, pero tenía mucho miedo.

—Quería ser yo quien lo dijera primero —confesé—¿Por qué temías decirlo?

—Lo extraño es que no me asustaba tu respuesta. Me aterraba sentir esto y pensar en que algún día terminaría.

—No sabemos qué pasará, pero mientras esto dure, mientras me permitas amarte podemos ser felices.

Nos abrazamos, ella acariciaba mi cabello. No podía descifrar cada emoción que sentía. La alegría y el terror me invadían.

De pronto el tiempo pareció correr más rápido y llegó la hora de despedirnos.

—Sé que te he dicho que no se me permite venir el resto de la semana, pero no quiero esperar tanto tiempo. ¿Puedo verte mañana de nuevo?

—Me encantaría —besé su frente y nos abrazamos.

Ella se fue primero, decidí quedarme unos minutos más y sentir el viento, oír las gotas que caían en los árboles. Salí a caminar un poco, la lluvia cesaba dejando el olor del pasto mojado. Tenía lo que más deseaba, tenía una razón para sentirme feliz.

Llegué a casa al anochecer, le mandé un mensaje confirmando que la vería mañana, por primera vez me respondió al instante deseándome buenas noches.

El siguiente día Marie me estaba esperando en la banca, sus ojos brillaron al verme, usaba un vestido rosa de flores, llevaba el cabello suelto. Durante esos dos años siempre recogía su cabello, se veía diferente, radiante y tan libre.

Me acerqué y la saludé con un beso, Marie era mi lugar seguro, me sentía cómoda hablando con ella, me sentía libre de ser yo, creo que cuando encontramos a una persona como Marie hemos encontrado un hogar.

Aun cuando habíamos dado un gran paso me sentía nerviosa y temerosa de que en cualquier momento pudiera cambiar de opinión respecto a lo que sentía por mí. Me di cuenta de que esos años que habíamos pasado juntas no solo me hacían bien a mí, también a ella. Ambas habíamos cambiado, habíamos aprendido muchas cosas la una de la otra, nos habíamos complementado.

—Escribí algo para ti, pensé que debía darte algo también.

Saqué una carta muy bien doblada de mi mochila y se la entregué. Su rostro brillaba por la emoción.

Después de leerla una gota rodó por su mejilla, me abrazó muy fuerte, se quedó sobre mi pecho mientras limpiaba sus lágrimas.

—Prometo que guardaré cada palabra en mi corazón.

Me gustaba cómo me hacía sentir, quería conservarla para siempre, recordar cada momento como si fuesen fotografías, sabía que no sería eterno, que algún día esto se acabaría.

Así pasaban los días, nos veíamos dos o tres veces a la semana, pasábamos toda la tarde juntas y mis sentimientos por Marie solo crecían. El parque rojo era nuestro lugar, pero ahora se había vuelto algo más que nuestro lugar, la naturaleza era testigo de nuestro amor, era tan nuestro. Aun sabiendo esto me entregué a ella.

Pero, nada es para siempre y nos enfrentamos a algo más grande que nosotras, más grande que nuestros sentimientos. Habían pasado meses y estaba por proponerle tener una relación formal. Cuando llegué ella estaba en nuestra banca, pero su brillo parecía haberse apagado, estaba a punto de romper en llanto, no pregunté y me limité solo a abrazarla. Comenzó a llorar.

Acaricié su cabello y traté de darle consuelo en silencio hasta que estuviera lista para hablar.

—Mi madre descubrió las cartas que me diste, me ha prohibido volver a verte. No me esperaba eso. Me negaba a perderla.

—Cariño, encontraremos una manera de seguir juntas —trataba de convencerla de que todo estaría bien, pero también intentaba convencerme a mí.

—No me arriesgaré, sé de lo que es capaz y podría hacerte daño.

—No puedo aceptar la idea de estar lejos de ti, no lo haré.

Traté de ser fuerte por ella, de mantener el control para resolverlo, pero el solo imaginar no volver a verla me rompía el corazón, no pude seguir conteniendo mis lágrimas.

—Quédate conmigo por un tiempo.

—Sabes que ella jamás me dejará ir.

Y tenía razón, no conocía a su madre, pero Marie solía hablarme de cuánto la presionaba, de cómo intentaba hacer de ella su propia versión perfecta. No la conocía, pero incluso yo aprendí a temerle.

Y entonces se me ocurrió quizá la peor idea que he tenido.

— ¡Huyamos! Podemos ir al lugar en el que vivía, ella nunca te encontrará ahí.

—Es una locura —dijo decepcionada —eso no funciona en la vida real.

—Podemos intentarlo y haremos que funcione. —Nos vemos mañana a la misma hora, si llegas sabré que crees en nosotras y si no entonces sabremos que esto no puede continuar. Siempre haré lo mejor para ti.

Al despedirme la besé, la sostuve entre mis brazos tan fuerte, temiendo que esta fuera la última vez, le regalé una última sonrisa y me fui. La esperanza de que ella tomara la decisión de ir conmigo ardía dentro de mí. Aquellas emociones de dicha y felicidad habían desaparecido, estaba tan preocupada y asustada, no solo porque ella decidiera quedarse sino de que algo malo pudiera pasarle. Mi único deseo era estar con ella, me había hecho olvidar el motivo por el cual había llegado aquí. Mi objetivo era escribir sobre la ciudad y decidí escribir sobre ella, mi Marie. Estaba segura de que, si ella me amaba tanto como yo, tomaría la decisión correcta.

Desperté al amanecer, empaqué todas mis cosas y me aseguré de tener lo necesario para un escape rápido. Al atardecer me dirigí al parque.

Las horas pasaban, pero ella no llegaba, la esperé por más tiempo de lo pactado, pues mi esperanza no se apagaba. Anocheció y supe que ella no llegaría, de pronto vi a lo lejos la silueta de una mujer, mi corazón se aceleró hasta que vi que no tenía su largo cabello. Al acercarse y aclararse la imagen mi corazón se detuvo, era su madre.

—Ella no vendrá, ¿cierto? —No sé qué esperaba al preguntar eso. —Decidió quedarse.

—Al contrario —se sentó a mi lado. —Tiene una carta en la que dices que la verás en otro lugar, no dudó siquiera en correr hacia ti.

— ¿Por qué hace esto?

—Tú eres una abominación y no dejaré que la arrastres contigo, ella está destinada a ser mucho más —su orgullo era tan grande que no imagino cómo cabía en su cuerpo.

—No puede mantenernos separadas, nos volveremos a encontrar.

—Puedo y lo haré, puedo mantenerla encerrada hasta que se pudra —me apuntaba con desprecio. —Prefiero verla morir.

—Eso es cruel para ser su madre.

—Sacrifiqué una vida entera por ella. Dependerá de ti que ella cumpla sus sueños.

Sabía que hablaba en serio, amaba a Marie, incluso más que a mí. La amaba lo suficiente para dejarla ir.

La mujer se levantó victoriosa y se alejó de mí. Me sentía frustrada, acababa de perder a la única persona que me daba paz y tendría que aprender a vivir con ello. Sin despedidas, sin siquiera tocar su cabello por última vez, sin un adiós.

Los días pasan y aún sigo adorándola. Cada semana visito nuestra banca, la he visto algunas veces, ella sigue yendo a dibujar de vez en cuando manteniendo su distancia. Cree que aquella vez fui tan cobarde como para dejarla, no sabe y nunca sabrá cuánto la amo. Ahora solo puedo admirarla desde aquí; nuestra historia fue fugaz, sin embargo, no importa en donde esté o con quién, Marie siempre será el amor de mi vida. Siempre tendremos el parque rojo como nuestro lugar sagrado.

RAÍCES

Mercado de las Flores

Miguel Ponce

Una astromelia ha despertado en el mercado de las flores, es pequeña y frágil, pétalos blancos con pincladas finas en marrón y un aroma purificador, observa a los caminantes altos y habladores, yendo de aquí a allá, husmeando. Está en un puesto de lo más modesto entre varios sobre la calle. Arriba hay una lona azul turquesa para protegerla del sol. Sostenida por mecates como telarañas, enfrente existe el pequeño jardín sin pasto ni flores ocupado por un gran encino con hojas de un verde encendido y salvaje; se erige como un gendarme recto, pero festivo frente a la avenida Federalismo y por las tardes los edificios de atrás y el techo del mercado impiden que la luz dé a la mayor parte del negocio. Alguien la coloca junto con sus hermanas en un balde gris con agua cristalina, entre pobres empujones y caídas logra llegar hasta el filo de la cubeta en la que ve otras flores amigas, de las cuales solo se escuchaba el bullicio por tanta plática de cubeta a cubeta.

—¿Y tú, de dónde has venido? —dijo Girasol.

—¿Venir? —preguntó Astromelia.

—Sí, ¿en dónde has estado antes?

—Pues... aquí.

—Hija, por lo que veo no estás plantada, así que ahí no naciste.

—Entonces tengo que venir de algún lado.

—Claro, ninguna es de aquí, eso es seguro.

—¿Usted de dónde viene?

—¿Yo? Bueno, de un lugar hermoso, tan hermoso que no lo podrías creer si lo vieras.

—¿Y cómo es?

—Una tierra llena de agua, hermanas y sol, mucho sol.

—¿Sol?

—Sí, el sol, la luz más grande de todo lo que hay, lo que está entre lo azul de arriba, es como... nosotras, hechas a su semejanza para poder adorarle, seguirle con la mirada. Lo celebrábamos todos los días y cuando no estaba hablábamos

de lo grande que era y, cuando se despedía, como un farol detrás de una colina, le agradecíamos por un día más de vida, hasta que llegó ese instante horrible, diabólico, cuando me arrancaron de la tierra y cortaron mi pertenencia, no sabes cómo extraño la húmeda calidez de la tierra entre mis raíces, y al sol, sé que está sobre mí y no me abandona, pero es tan difícil creer en él sin verlo, jamás podré admirarle como antes y cada día me siento más débil por su alejamiento.

—Girasol, ¿por qué yo no recuerdo al sol?

Girasol se quedó como si se hubiera petrificado con la mirada sobre ella, hasta que habló.

—Bueno, mi niña, eso es porque eres astromelia, y las de tu tipo no son como nosotras.

—¿Y qué hacemos las astromelias? ¿También admiramos al sol? ¿Quizá al agua?

—No —dijo uno de los muchos crisantemos delante de las dos que no pudo evitar escucharlas desde otro balde gris, con su melena de espadas blancas sacudiéndose muy poco—, verás, flores como el girasol y las rosas son las más queridas por esos seres que nos toman y nos llevan de aquí, lo que te acabo de mencionar es porque no hay flores que hagan lo mismo, como seguir al sol o tener un aroma tan cautivador.

—Pero su pregunta no fue esa —dijo un ave del paraíso que estaba a tres cubetas de distancia —la pregunta fue qué tienen de especial las astromelias.

Todas las flores empezaron a discutir sobre qué hace especial a esa flor que no paraba de hacer preguntas, incluso se volvió el tema central en los puestos de al lado, haciendo que el murmullo de antes se convirtiera en un carnaval de ruidos indefinibles y voces que llegaban de lugares distantes.

—La blancura —dijo una de las margaritas.

—Lo dudo —un alcastraz le respondió— flores como esas pueden ser rosas y rojas, incluso moradas, más bien yo soy quien luce su blancura, es por eso por lo que estoy aquí, nadie luce la blancura como yo.

—¿Por qué no se lo preguntan a las otras astromelias? —preguntó la azucona— disculpen, ¿Por qué no ayudan a su hermana diciéndole de dónde viene? La pobre está muy confundida.

Ninguna astromelia dijo nada, ni una sola palabra, como si estuvieran adormecidas.

—No les van a responder, ellas ya no responden—dijo una voz fuerte y gravísima que hizo temblar a todas.

—¿De quién es esa voz? — dijo Girasol.

—Por encima de ustedes.

Encino veía la avenida Federalismo, sin saberlo, como un río, uno que llevaba unas piedras metálicas y de gran tamaño con un negro, eterno suelo negro y calor mortal debajo de ellas, y como si fuera una sentencia tendría que observar aquellas criaturas de formas largas, caminar por el resto de su vida. En ese momento, a pesar de no ser visto del todo, podían ver su inmensidad por la sombra que proyectaba en el suelo, no solía hablar mucho, solo cuando interrumpían su sueño o había algo bastante importante que sentía que debía decir, que, en este caso, eran ambas.

—Y la pregunta que te haces, Astromelia, no tiene respuesta y mucho menos sirve para algo —dijo el encino mientras sus ramas eran movidas por el viento.

—¿Por qué lo dices? —preguntó.

—He estado plantado aquí antes de los muros que las rodean y los suelos debajo de ustedes, he visto a millones de ustedes y tantos humanos envejecer debajo de mí, les puedo decir que son de temer.

—¿Humanos?

—Sí, esas cosas que van de un lado a otro, las que tambalean de forma horrosa, que se las llevan a ustedes en ramo, otra de esas es la señora que las cuida por conveniencia, mienten, mienten y vuelven a mentir, se matan, nos matan y a ustedes las matarán también.

—Qué cosas tan horribles dices, ¿Quién te crees para meterle tanto miedo a estas flores? —dijo Girasol.

—Soy Encino, un árbol que nomás no llega a viejo y los días se le olvidan.

—¿Cómo es que inventas tantas cosas?

—No las invento, Girasol, es lo que he visto y oído a través de mi existencia, he escuchado las palabras de los humanos, lo que alguna vez leyeron en voz alta bajo mi sombra, también sus espantosas risas y llantos en el panteón.

—¿Panteón? —preguntó de nuevo la astromelia.

—Shh, ya no le hables mi niña, ¿no ves que solo dice puras incoherencias?

—Un panteón es dónde los humanos plantan a los que ya se secaron con la esperanza de que vuelvan a germinar, y algunos lo logran, pero lo hacen inmóviles, así como nosotros, y de colores claros, para quedarse en esa misma posición por lo que parece es una eternidad.

—¿Por qué no estamos plantadas, así como tú o los humanos secos?

—Porque ellos solo las quieren por sus pétalos, Astromelia, no quieren ni que crezcan y mucho menos que sigan vivas, repito, por lo único que las quieren los humanos son sus pétalos, una vez estos se caen, las van a tirar como basura pa-

ra secarse, o ser olvidadas para llenarse de polvo en un jarrón abandonado en el panteón o cortadas para decorar la corona de un difunto, todos se secan tarde que temprano.

—Girasol, ¿nos vamos a secar? —Astromelia preguntó preocupada.

—¡Ninguna se va a secar! —dijo la Alcatraz— mientras nos cambien el agua y nos mantengamos con fe, marchitarnos nunca.

Después de aquello, las flores estuvieron algo angustiadas y escépticas sobre lo que Encino les había dicho, algunas apuntaban a otro lado para esconder su preocupación, otras fueron llevadas en ramos lo que restaba de la tarde, de las que más se llevaba la gente eran rosas, velo de novia, crisantemos, girasoles y claro, astromelias, era muy raro que alguien se llevara un ave del paraíso, alcatraz o azucena, aunque sí hubo una que otra abducida de la cubeta.

Al día siguiente, y en cuanto los primeros azules se veían en lo alto y las flores se sacudían los restos del sereno de sus ramas, la Astromelia notó algo diferente en Girasol.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me ves así?

—Sus pétalos.

—¿Quieres preguntarme sobre mis pétalos?

—No. Te faltan pétalos.

—Ah... eso, es normal mi niña, es solo que... he estado triste últimamente.

—¿Por qué?

—El sol, hace mucho que no lo veo —dijo Girasol entre suspiros— si tan solo pudiera salir de aquí y andar como esos seres tambaleantes, ir a dónde quisiera sin necesidad de estar plantada, ir alto, tan alto como los algodones blancos del cielo y escapar con ellos a mi sol.

—Pero si puede Girasol, yo he visto cómo las flores lo hacen —dijo Astromelia como si supiera algo obvio.

—¿Ah sí?, ¿y cómo es eso?

—Sí, son flores que tienen los pétalos pegados y los mueven para elevarse, tienen la espina en la punta y unas raíces pequeñas y negras por abajo.

—Esas no son flores —dijo la voz profunda—. Son pájaros.

—Encino ¿Qué es un pájaro?

—Unos parásitos voladores, seres pequeños que gritan entre mis hojas y me usan como casa.

—¿Cómo una casa?

—Se llevan mis ramas, las que caen al piso y en ocasiones llegan a arrancarlas como si fueran nada, trato de espantarlas con algún movimiento brusco, pero siempre terminan regresando cual tormento.

—Si se pueden llevar una rama, entonces, ¿pueden levantar una flor?

—Quizá —dijo Encino extrañado—. Nunca he visto algo así.

—¡Girasol, hay que pedirle a un pájaro que la lleve a lo alto!

—Gracias, pero la verdad no me gustaría ese recorrido—dijo mientras se le caía otro pétalo.

—¿Sigue triste?

—Un poco, sí.

Por primera vez Astromelia dejó de hablar un largo tiempo, queriendo descubrir que era lo que le pasaba a Girasol, como retirar el velo de palabras que escondía su verdadero rostro marrón que, en vez de estar rodeado de un amarillo de pétalos lisos, poco a poco se encogía y doblaba con surcos negros. Aun así, el viento daba la sensación de rocío, la lona encima del puesto se levantaba de forma sutil como un vals etéreo, los clientes llegaban, husmeaban, veían de maneras tan diferentes el espectáculo de color y vida en frente de ellos, los más pequeños con sorpresa, otros más grandes con asombro, y el resto con indiferencia, pesada y sepulcral indiferencia, solo recogían un par y se iban, eso era de lo que se trataba la estancia en ese lugar, ese era el mercado de las flores.

La única forma para Girasol de salir de allí y poder ver todo en cuanto quería, era si la compraban, de eso se dio cuenta Astromelia, por lo tanto, había que ingeniárselas para que lograra resaltar entre todas las demás y alguien decidiera llevársela, pero ¿cómo?

—Alcatraz.

—¿Sí?

—¿Sabe cómo podríamos hacer que se llevarán a Girasol?

—¿Con la que has estado hablando?

—Sí, esa.

—Hum... ¿sabes qué? Está algo arrinconada, en la posición en la que está no la ven, no luce.

—¿Y cómo la movemos?

—Solo hay una forma, y eso es convenciendo a todas las demás que están en su cubeta que la ayuden a sobresalir, pero ¿sabes lo difícil que es eso? Todas dentro de mi cubeta somos alcatraz y discutimos todo el tiempo.

—Quizá si todas les decimos —dijo una margarita anaranjada metiéndose a la conversación—, las podemos convencer, además, en cuanto Girasol salga a la vista, la van a comprar, lo suyo hasta ahora ha sido mala suerte.

Comenzaron a hablar con sus grupos, lograron convencer algunos crisantemos, rosas y azucenas, incluso pudieron tener de su lado a un ave del paraíso, famosa por autodenominarse como la más bella entre todas. Una vez hecho esto, lograron hacer que varias otras flores se recorrieran para darle más protagonismo a Girasol a la vista de los humanos, sin embargo, quienes pasaban seguían sin llevársela, ni siquiera le prestaban atención a la esquina en dónde estaba, por lo que pasaron veinte, luego treinta, después cuarenta y al final una hora sin resultados.

—Está bien —dijo Girasol —¿Quién querría a una vieja?

—Muchos —dijo Astromelia—, muchos quisieran tenerla en su casa.

Mas la tarde comenzó y con ella vino la dueña del puesto, con sus pasos cortos, pero decididos a revisar su mercancía, cual parca con la hoz levantaba el suave cuello de los alcatraces revisando que no hubieran manchas o pétalos contraídos igual que su piel arrugada, retiraba algunas rosas de los paquetes de cartón blanco y las ponía en una bolsa de mandado que llevaba consigo apoyada en su brazo temblante, entonces, llegó hasta Girasol, observó sus rayos de amarillo desecho, su tallo verde encorvado al igual que su propia espalda, y las líneas negras que tenían ya los pétalos restantes, negó con la cabeza y arrugando su rostro cansado, como si una briza le diera de lleno, levantó a Girasol con su mano izquierda, se acomodó la bolsa de la derecha y se dirigió al pequeño jardín donde estaba Encino.

—¿Qué le van a hacer? —preguntó Astromelia.

—La esconden —dijo Margarita—, la esconden para que ya nadie se la lleve.

La señora colocó a las flores sobre la tierra, tomó un costal vacío que se hallaba en el piso, empezó a hacer espacio dentro y antes de quedarse dormida Girasol pudo ver a su dios luminoso justo antes de que se escondiera detrás de los muros del panteón.

—...Sol —suspiró.

El puesto aún seguía siendo uno de los más modestos, la lona azul turquesa aún seguía ondeando como ola, enfrente aún había un pequeño jardín sin pasto ni flores ocupado por un gran encino con hojas de un verde encendido y Astromelia seguía en el balde, solo que esta vez estaba igual de callada que sus hermanas, en el interior reinaban aguas tranquilas mientras una pesadez insoportable

no dejaba de zumbar en el ambiente, lo cual, debilitaba cada una de sus partes cada vez más.

—¿A cuánto las astromelias? —las flores escucharon una voz— ¿Un ramo? En el puesto de enfrente me las han dado a veinte.

No había nada más extraño, tan increíble, inverosímil, las flores podían entender lo que antes eran balbuceos entre los humanos, una a una comenzó a hablar un poco, primero preguntándose entre sí si lo que oían era cierto, aquella figura de barba blanca y sombrero de palma estaba decidiendo que llevarse de entre todo, había un gran interés de todas, excepto una, Astromelia.

—Me las llevo —dijo el hombre antes de que la señora se llevara un ramo— ¿me podría incluir esa? No importa que esté así.

La señora se encogió de hombros y con sus dedos de uñas largas agarró a Astromelia.

—Déjame en paz, dónde sea menos con ese.

—Pobre niña, ya se la llevan —dijo Margarita.

—Pues mira —Alcatraz la miró—, cualquier lugar es mejor que este.

—Y quién sabe con quién se va —dijo Encino por última vez mientras debajo lo miraba Astromelia.

Llegaron a una casa de grandes proporciones, con un jardín frontal largo y de puro pasto, con unas rejas de herrería en negro y terminados dorados, una fachada que debajo derramaba un trío de columnas de mármol, con múltiples habitaciones y baños, pasaron por la sala perfumada, el piano de cola y un comedor con mesa de granito, hasta llegar al jardín trasero, el cual tenía una mesa de herrería blanca en medio y varias sillas tejidas alrededor, en los bordes estaba lleno de flores y de la barda que dividía el basto jardín de la siguiente casa se asomaba un árbol que lucía una cascada de bugambilias moradas.

—Ahora hay que buscarles un lugar —dijo el hombre mientras se limpiaba el sudor con un pañuelo—, y más a ti, a ti hay que plantarte de urgencia.

Una vez el hombre aficionado a la botánica y florística plantó a sus nuevas flores, las regó y cubrió del sol con una sombrilla de mano mientras decía:

—Les va a gustar aquí, a la mayoría le gusta este lugar porque da luz en la mañana y en la tarde, el sol casi no quema, cuando tengan sed vengo a regarlas.

Una vez el hombre se fue, las flores comenzaron a darle la bienvenida a las astromelias recién llegadas.

—Don Jonás es muy bueno —dijo una de las rosas— nosotros le entendemos y nos entiende.

—Oye, creo que no quieren hablar.

—¿Por qué?

—¿Ya viste sus pétalos? Vienen del mercado

—Oh...

Aquel lugar estaba habitado por refugiados, sobrevivientes a viveros, vendedores de semáforos y por supuesto, al mercado de las flores en Mezquitán, ahora todo parecía ser más amable, por primera vez Astromelia pudo sentir lo que Girasol le había dicho, la calidez de la tierra húmeda al contrario de la frialdad de agua de cubeta, el cielo con esos pedazos de algodón tan grandes al mismo tiempo que flotantes, y el sol, que al ser ya tarde se podía ver justo por encima del árbol de bugambilias moradas, el brillo más poderoso entre todo lo que existe.

—Volverás a ser feliz —dijo un pequeño clavel de poeta—, en poco tiempo echarás raíz.

Así pasó el tiempo en aquel jardín, ya no eran días de colores iguales y cuestiones tristes, sino de cielos multiformes y policromáticos, y pláticas, tanto de las mismas flores como de don Jonás con sus hijos y nietos en la mesa mientras tomaban café por las mañanas, o los niños jugaban a que eran superhéroes por la tarde.

—Me gustan los algodones —dijo Astromelia.

—¿Algodones? Aquí no tenemos algodones —le respondió una pequeña hortensia azul.

—Digo los que están arriba.

—Esos no son algodones, son nubes.

—Nubes...hum, cuando hay viento parece que bailan mientras escapan.

—Don Jonás alguna vez dijo que cuando alguien muere se va al cielo, quizá quien muere se convierte en nubes.

Las raíces invadían el subsuelo, al igual que aquel lugar y don Jonás se iba haciendo parte de Astromelia, también lo hacían sus primeros recuerdos empapados de nostalgia, ¿Qué habrá sido de Alcatraz? ¿De Margarita? ¿Y aquella ave del paraíso que las ayudó para que se llevaran a Girasol?

—Creo que muy en el fondo sabía que Girasol se iba a marchitar —dijo Astromelia.

—¿Un girasol? ¿Viste marchitarse a un girasol? —le preguntó una rosa.

—Sí, un Encino nos lo dijo, pero a todas nos dio miedo pensar en eso.

—Tarde que temprano todas las flores se marchitan para volver a la tierra.

—Lo sé, pero ella no tenía tierra.

Los niños dejaron de jugar y ahora solo se sentaban en la sala, los hijos de don Jonás dejaron de ser vistos, y llegó el día en que don Jonás cayó al suelo, al mismo tiempo que seguía regando sus flores.

Al poco tiempo de estar sin su padre, los hijos de don Jonás se empezaron a pelear como perros por el gran inmueble de avenida Chapultepec, por lo que tendrían que sacar las flores del jardín y ponerlas en algún lado, y como era una familia acomodada, compraron un gran espacio en el panteón de Mezquitán, donde en unas macetas colocaron todas las plantas del jardín y las pusieron cual guardianes alrededor del mausoleo de don Jonás.

La astromelia ya había crecido y de ella nacieron otras flores iguales, que ahora daban hacia el lado este del panteón, del cual lograba ver a un encino imponente que parecía estar frente a la avenida Federalismo.

—Aquí estoy Encino —decía Astromelia—, aquí estoy, yo sigo viva.

AUSENCIA EN ESPERA

Puente Matute Remus

Slofa

Félix

9 de marzo 1998

Es mi primera vez escribiendo en un diario, si es que se le puede llamar así, solo es una libreta vieja que encontré debajo del sofá, no sé cuánto tiempo lleva ahí abajo, pero es hora de darle un buen uso. Creo que a partir de ahora esta será la única forma de expresar lo que siento, ya nadie me escucha, incluso las paredes lucen aburridas de mis murmullos con ese terrible color todo desgastado; dejé de tener relevancia en esta casa cuando Álex, “mi hermano”, nació.

Soy un joven de 17 años adoptado por una familia de buenos recursos. Tiempo atrás fui feliz, el momento de mi adopción fue el mejor día de mi vida; me adoptaron cuando tenía 3 años y me dieron una oportunidad de conocer un mundo distinto, me dieron amor, atención, cariño, paciencia, pero todo eso no duró más de un año; cuando tenía 4 años Álex llegó a nuestras vidas, fue un milagro porque madre no podía tener hijos propios hasta ese momento, por eso había sido adoptado.

Nunca hubiera imaginado que terminaría marginado al final por la llegada del “auténtico” hijo. Después de eso fue como si yo hubiese desaparecido, toda la atención era para mi hermano y de un modo u otro, me hice a la idea de que este lugar, ya no era más mi hogar.

Me está llamando padre, debo irme.

23 de marzo 1998

Estos días no me dieron ánimos escribir, tal vez no lo haga todo el tiempo, solo en ocasiones especiales como hoy.

Ya era mediodía y al parecer todos terminaron de desayunar, bajé con reserva las escaleras y me asomé de forma torpe revisando que el comedor estuviera

solo, al no ver a nadie pasé directo a la cocina para prepararme mi propio desayuno. Nadie se molestó en llamarme para comer en familia, aunque vivimos bajo el mismo techo, ya no soy parte de ella.

Todo está en silencio, escucho la tele del cuarto de nuestros padres prendida, pero la puerta está cerrada, así que el sonido llega con trabajos, Álex parece estar escuchando música en su cuarto y yo, estoy sentado comiendo sobre un mantel húmedo por las lágrimas que escapan de mis ojos.

Tal vez debería dejar de escribir mientras como.

Álex

23 de marzo 1998

Félix está desayunando solo de nuevo, no sé qué hacer para que se sienta mejor, intenté acompañarlo a comer, aunque fuera viéndolo, pero antes de llegar al comedor escuché que lloraba en silencio, intentaba lo mejor que podía de no hacer ruido para no ser escuchado. Ahora estoy escondido en mi cuarto, quiero ayudarlo, pero no puedo enfrentar a mis padres, desde que tengo memoria lo han tratado de mala forma, lo humillan, lo excluyen y cuando yo quiero acercarme, él me aleja.

¿No me quiere? Somos hermanos, pero nunca me ha tratado como uno.

12 de abril 1998

Llevaba tiempo sin escribir, las cosas seguían del mismo modo, así que no creí necesario venir y relatar las mismas circunstancias, pero todo es diferente. Pronto será el cumpleaños de Félix, cumplirá 18 y se le ve muy emocionado por alguna razón, padre lo vio y le preguntó de forma muy seca:

—¿Qué te sucede?, ¿por qué no has dejado de caminar como loco por toda la casa?

Félix lo miró y en cuanto sus ojos se posaron en él dejó de sonreír.

—Pronto me iré de aquí.

Me tapé la boca desde donde estaba escondido porque estuve a punto de revelar mi presencia; en eso madre se metió de forma repentina en la conversación.

—¿Al fin dejarás esta casa? Ya era hora, para serte sincera pensé que te irías antes. Adelante —lo señaló— lárgate, nadie de esta familia te necesita.

Ambos dejaron de mirarlo, como si ya no estuviera ahí. Vi sus puños mostrar la blancura que pintaba sus nudillos por la fuerza con la que apretaba estos,

parecía querer llorar, pero luego soltó su agarre dejando caer los brazos a sus costados. No podía creer lo que escuchaba, esto había ido demasiado lejos. La conversación terminó con la retirada de mi hermano a su cuarto.

¿Ahora qué se supone que haga? No quiero que se vaya, quiero ser cercano a él como lo son mis amigos con sus hermanos, quería jugar, reír, bailar, hacer muchas cosas a su lado y ya no podré hacerlo.

No me gusta llorar, aunque siempre termino llorando por él.

Félix

20 de abril 1998

Mañana es mi cumpleaños, considero que no tiene nada de emocionante un cumpleaños, mucho menos si es el mío. Las personas suelen festejar en familia o con amigos, hay música, comida, un pastel y los invitados le cantan esa canción ridícula de todos los años al festejado, o eso es lo que he visto en fiestas de mis compañeros y en internet, ese tipo de lujos no son para alguien como yo.

Hace rato salí a dar una vuelta a la glorieta de la Estampida, la cual lleva un año que movieron cerca de mi casa, en el cruce de López Mateos y Niños Héroes, así que me di la oportunidad de una despedida a esta zona antes de salir mañana de aquí, me mudaré a la casa de un amigo que vive del otro lado de la ciudad para no tener que volver a pisar estos rumbos.

El frío de la noche se colaba entre mis ropas y hacía volar mi cabello, parecía estar imitando la imagen de los caballos que estaban a un lado mío, yo también quería correr con ellos a cualquier lugar lejos de todo, desaparecer del ojo ajeno y montar el sol al horizonte, recuperar la felicidad que en algún punto perdí.

Estando dentro de mi cuarto me doy cuenta de que no le tengo aprecio a nada bajo este techo, se siente como si fuera a dejar un lugar vacío, algo que nunca me perteneció y no me dolerá dejar atrás.

Tal vez sea hora de que deje de escribir en esta libreta.

Álex

21 de abril 1998

Se fue.

No pude dormir bien anoche y estuve deambulando en silencio por los pasillos hasta que se dieron las seis de la mañana y Félix salió de su cuarto mirando la puerta por unos segundos muy largos con una mirada hueca, cuando giró para seguir su camino se detuvo por mi presencia, no dijo nada, solo me observaba en silencio con la maleta sostenida con una de sus manos.

—Félix —fui el primero en interrumpir el pacífico pero incómodo silencio que gobernaba— no te vayas por favor, aún podemos buscar una forma de que estés cómodo en casa...

—¿No te cansa ser egoísta? —no había terminado de hablar y me interrumpió diciendo aquello— Por favor. Álex, sé realista, ¿en serio crees que existe algo que pueda hacerme sentir cómodo en esta casa?

No sabía qué decir, parecía tener una idea, pero por más que lo intentaba no salían de mi boca las palabras, se aferraban de forma desesperante a los pliegues de mis labios callándome. Él se veía muy irritado ya, me hizo a un lado y siguió caminando hasta la puerta principal.

Cada paso que daba resonaba en mi cabeza, estaba más y más lejos de mí, debía detenerlo, debía decirle lo que sentía, debí hacer tantas cosas que deseaba, pero no lo hice; la puerta se cerró detrás de él y quedé varado en medio de la sala.

Lloré, de la misma forma en que lo hago ahora.

5 de septiembre 2011

Ya pasaron trece años desde la última vez que escribí en este diario, trece años de la partida de mi hermano que sigo sin poder olvidar.

Tengo 26 años, las cosas no son iguales a como solía ser ni en mi vínculo familiar, ni en mi entorno. Hace unos meses inauguraron el puente Matute Remus, un gran puente blanco que se encuentra sobre la calzada, es muy atractivo y combina a la perfección con la zona; tiempo después de eso, en junio de este mismo año, inauguraron de igual forma el hotel Riu, un edificio muy alto para mi gusto, pero con un diseño moderno.

Me pregunto si le hubiera gustado a Félix dar una vuelta por aquí con estas nuevas atracciones visuales, disfrutaba de dar paseos por los alrededores cuando las cosas se volvían asfixiantes en casa y las oportunidades que tuve para seguirlo nunca las desaproveché. Siempre que salía, sin falta, iba a la glorieta de la Estampida y se sentaba en el pasto a un lado de los caballos mirando el cielo, podía quedarse horas así y apostaba a que nunca se aburría.

De verdad me hace falta, pese a que las conversaciones largas no eran parte de nuestra rutina como hermanos que nunca se nos permitió ser, me sentía se-

guro a sabiendas de que podía acudir en cualquier momento a alguien que no fueran los estrictos de mis padres. Sabía que lo trataban mal por mi culpa, me hice consciente de ello conforme crecía; él nunca fue grosero con ninguno de nosotros, por más que padre y madre lo humillaban y acorralaban, siempre los trató con respeto y no contestó mal, sin importar que tan fuerte fuera la ofensa.

Tal vez por eso me agradaba tanto, verlo siendo firme en su postura, pese a las adversidades que le atacaban mostraba valentía, reflejaba seguridad, aunque la tristeza no perdía tiempo en tomar lugar. Por eso deseaba ayudarlo, de forma genuina creí que encontraría una forma de que todo cambiara para bien, pero no lo conseguí, solo gané un vistazo de su espalda encorvada mientras la puerta se cerraba detrás de ella.

¿Seguirá, aunque sea dando vueltas por el rumbo?

Lo dudo, a pesar de tener tantos pensamientos en contra, en el fondo deseo que sí lo haga, para poder verlo de nuevo.

Te extraño, hermano.

24 de diciembre 2011

Es nochebuena, estoy en casa de mis padres dándole un vistazo a mi antigua habitación, me mudé cuando cumplí 22 años y conservé mi cuarto de la misma manera en que lo tenía cuando se fue Félix, no tuve el valor de cambiar algo porque tenía la idea de que, si lo hacía, los recuerdos que existían de él desaparecerían para siempre.

Estoy sentado en mi cama mientras escribo esto, es verdad que todo luce justo como lo dejé, madre ha estado limpiando este cuarto, pero respetando el lugar de mis pertenencias, es divertido porque no fue lo mismo para mi hermano.

Cuando se fue, ese mismo día mis padres no dudaron ni un segundo en sacar lo que dejó atrás y tirarlo afuera para que los de la basura hicieran su trabajo; yo miraba desde la cochera cómo sacaban su librero, la base de su cama, su colchón y las pocas cajas que llenaron de lo mínimo que tenía, nunca le regalaban cosas y si quería algo, tenía que buscar una manera de ganárselo rebajándose a sus deseos.

Oh, hermano, en serio que lo estoy lamentando tanto, si tan solo supiera dónde te encuentras llegaría corriendo a tu encuentro.

¿Tan difícil era para ti dejarme entrar en tu vida?

Si era así, ¿por qué fue tan fácil que tú entraras en la mía?

31 de diciembre 2011

No pude dejar las cosas como estaban, llevo una semana investigando dónde podría estar Félix, le he preguntado a vecinos, compañeros, amigos y al fin, conseguí información sólida; tal parece mi hermano nunca habló muchos detalles sobre nuestra familia, sus amigos con los que me comuniqué decían saber muy poco sobre la relación de mi hermano con nuestros padres, solo que tenía planeado salir porque sentía que quedándose en casa no iba a ser capaz de seguir sus sueños, lo cual de cierta manera, era lo correcto.

Después de una exhaustiva búsqueda en la que creí, no encontraría nada, por fin descubrí su paradero; ahora vive por Tlajomulco, me siento aliviado porque no está fuera del estado y será más sencillo toparme con él, ahora lo complicado de todo esto es, encontrar una forma de acercarme sin que escape de mí.

Cuento con mucho tiempo para hacerlo, por mientras estoy satisfecho sabiendo que mi hermano sigue cerca, aún puedo intentar sanar nuestra relación.

5 de enero 2012

Padre y Madre están preocupados por mi salud, el año anterior tuve una terrible infección y desde aquel entonces mi cuerpo ha estado presentando temperaturas altas de forma consecutiva, tengo momentos donde mis extremidades tiemblan de la nada y algunas manchas se volvieron visibles; fuimos al doctor hace algunos meses por el mismo motivo y no se me logró detectar algo anormal, me recetaron medicamentos para intentar controlar mis temblores y el asunto de la temperatura, pero no siempre surten buen efecto.

Padre insiste en que vaya a otro doctor y me realice más análisis, pero no tengo tiempo, trabajo casi diez horas al día y cuando tengo libre mi horario lo utilizo para seguir los pasos de mi hermano. No creo que sea algo grave, tal vez solo es mi cuerpo reflejando mi cansancio y el estrés laboral, tengo la creencia de que solo necesito de un buen descanso y unas vacaciones, cosa que podré tener una vez haga lo que no pude hacer trece años atrás.

Mis problemas se vuelven mínimos si los comparo con la mala vida que le dimos a Félix.

14 de enero 2012

Lo vi, aunque para ser más específico lo seguí, di con la que ahora era su casa y coincidió en su salida de la fachada, se subió a un carro que tenía pinta de ser suyo y arrancó. Estaba siguiéndolo de cerca, pero manteniendo una distancia prudente para no levantar sospechas, cada vez nos acercábamos más a la colonia

donde solíamos vivir con mis padres, me pareció demasiado extraño porque yo podría jurar que él jamás se acercaría allí de nuevo y menos por voluntad propia.

Cuando paramos fue en el hotel Riu Plaza Guadalajara, el hotel que estaba en la misma avenida del Matute Remus; en efecto no había duda de que algo extraño sucedía aquí.

¿Por qué estabas tan tranquilo estando cerca de tu antigua casa? No dejaba de preguntarme eso.

Bajó de su carro y se recargó en la puerta de este quedándose en esa posición, por lo que fueron 10 minutos; esos fueron los 10 minutos más eternos y desesperantes de mi vida, entre el lapso de un minuto a otro tenía la presión de salir corriendo de mi carro a su encuentro, pero ¿qué diría?, ¿por dónde debía comenzar?

Me sudaban demasiado las manos, mi respiración se volvió pesada y sentía como si se me tensara el cuerpo, esperaba un milagro de forma ansiosa y justo cuando mi voluntad se estaba poniendo encima de mis reacciones involuntarias físicas, una chica salió del hotel corriendo de brazos abiertos en su dirección.

La chica lo besó de forma apasionada y le sonrió coqueta. Félix estaba sonriendo, una sonrisa que era desconocida para mí, junto con una danza de felicidad que bailaba sobre todo su rostro y se asentaba en sus mejillas, resaltando el brillante sonrojo que sobresalía de estas.

Ese rostro con el que conviví durante trece años no se comparaba en nada, con el iluminado que vi en ese momento.

Ya era un total desconocido, esa sonrisa era la clara muestra de que la unión que pudimos tener, alguna vez, estaba enterrada en lo más profundo del subsuelo.

Parece que me has dejado y esta vez para siempre.

2 de febrero 2012

Algo no está bien conmigo, desde la última vez que vi a Félix mi cuerpo no ha respondido de la mejor forma, tengo días donde me cuesta mucho respirar y mi pecho duele, siento el rápido latido de mi corazón entorpecerme y no sé qué hacer.

Salí en busca de un médico y por instinto terminé yendo de nuevo al hotel Riu esperando al menos ver a mi hermano de paso si es que tenía suerte y la tuve, fue como si el destino me volviera a sonreír.

De nuevo estaba ahí, tan cambiado, tan diferente pero tan brillante, no podía negar que me gustaba esta versión nueva de él; la chica de aquella vez también

apareció, pero ahora lo saludó y entró rápido al recinto, parecía haber olvidado algo.

De verdad deseaba hablar con Félix, tanto fue mi deseo que sin darme cuenta bajé del carro y lo tomé del hombro; volteó a ver de qué se trataba y palideció al saber de quién era la mano que sostenía su hombro, estaba seguro de que me reconoció a la primera por su mirada de sorpresa y los temblores de su cuerpo.

Le sonreí como pude.

—Hola, hace tanto tiempo —no dijo nada, pero tampoco se alejó, así que continué— ¿Cómo has estado? Crees, hum, ¿crees que podemos hablar?

De nuevo este silencio mortal que ya conocía, me negaba a mirarlo a los ojos y observaba de forma fija el suelo, creía que al verlo directo a los ojos escaparía, pero cuando estaba por perder mi esperanza de obtener una respuesta positiva sacó su celular, tecleó algo que no alcancé a visualizar y dijo:

—Vamos, hay que sentarnos en las bancas que están debajo del puente.

Caminó primero y lo seguí sin decir palabra alguna.

—He estado bien, tengo una nueva vida ahora por cómo puedes ver —dijo mientras me sentaba a un lado suyo.

Asentí un poco y miré el pasar de los carros que transitaban la avenida.

—No te ves muy bien Álex, ¿tú estás bien? —sentí su mirada sobre mí, así que volteé a verlo de igual forma.

—Estoy bien Félix —tragó con fuerza cuando dije su nombre—, solo un poco cansado, el trabajo es complicado, pero nada que no pueda resolver.

Asintió y su mirada empezó a divagar por cualquier lugar menos en mi rostro, parecía querer decir algo, pero tardó un rato en hacerlo.

—Entiendo, yo... —carraspeó— ¿Puedo preguntar cómo están Martha y Carlos?

Reí a secas para mis adentros, Martha y Carlos eran nuestros padres, era la primera vez que lo escuchaba llamarlos por sus nombres.

—Están igual que siempre, solo que ya se volvieron ancianos y son más insoportables —negué con la cabeza y él sonrió.

—Ya veo... —susurró y su celular empezó a sonar, lo sacó de su bolsillo y puso los ojos en blanco—. Lo siento mucho Álex, tengo que irme, pero créeme que me alegró mucho verte, sigue manteniéndote saludable y fuerte, siempre fuiste un gran muchacho.

Sacudió mi cabello de forma cálida y me dedicó una sonrisa aún más grande que la que le dedicó a aquella mujer.

Abrí los ojos de par en par mientras veía cómo partía con prisa a su carro y se alejaba en este, de forma inconsciente las lágrimas brotaron de mis ojos y no pude parar de llorar por lo que fueron un par de horas.

Me sonrió, me acarició el cabello, habló conmigo en un plan amistoso y me miró como tanto anhelé.

¿Estaba alegre de verme? No puedo creerlo, no puede ser verdad.

Me tengo que ir, aún tengo que asistir al médico, siento que en cualquier momento podría desmayarme de la emoción.

Félix

2 de marzo 2012

Hoy se cumple un mes desde que Álex falleció.

La verdad no entiendo de dónde estoy sacando el valor de redactar esto, pero aquí vamos.

El día que me encontré con él no se le veía muy bien, pero por la forma en que contestó yo supuse que era verdad lo que decía y no lo fue; después de verme acudió al médico porque ya llevaba una racha de meses en los que su salud se veía afectada sin saber el motivo claro y resulta que una vez estando en consulta, antes de ser examinado, murió de forma repentina; se descubrió que tenía septicemia, una enfermedad que se le conoce como “asesino silencioso” y nunca se le detectó.

Estaba tan desesperado en buscarme que se descuidó en el proceso y perdió la vida.

Se me informó de su muerte dos días después de esta, nuestros padres me buscaron y me dieron la noticia cara a cara junto con algunas de sus pertenencias y su diario, al principio la noticia me dolió, pero no tanto como lo pintan los demás cuando pierden a un familiar, lo que más me sorprendió fue el hecho de que ellos me entregaron de forma tan abierta y despreocupada el diario de su hijo.

Ya entiendo por qué lo hicieron.

Lo leí y no hubo página en la que no lloré, cada palabra, cada letra que escribía pensando en mí fue un golpe directo en mi conciencia; justo ahora que lo he perdido, es cuando más quiero verlo.

No había forma de regresar atrás a estas alturas, no me di cuenta del daño que le estaba haciendo porque me encerré en mi propio dolor matando la posibilidad de formar un lazo con la única persona que de verdad se preocupó de

manera auténtica por mí, la única persona que me escuchaba llorando cuando creía que nadie lo hacía, la única persona que buscaba sin éxito una solución a un problema que ni suyo era.

¿Qué hago ahora? ¿De verdad no puedo controlar el tiempo y darle al menos un día como siempre lo deseo? Con su hermano, un hermano con el cual jugar, uno que lo escuche, que lo abrace, con el que pueda reírse, llorar y que lo pueda amar.

En sueños lo veo, me sonrío como lo hizo esa vez debajo del puente y me da un abrazo que se siente tan real, tan cálido, pero al mismo tiempo me hace consciente de que solo se trata de un sueño por lo bien que se siente, despierto y vuelvo a estar solo en este cuarto lleno de oscuridad con su recuerdo en todas partes.

2 de junio 2012

Escribiré esto como si Álex lo fuera a leer.

Lo siento tanto, de verdad lamento haberte alejado por tanto tiempo, por pintarte una línea que no merecías. Ahora que tengo pleno conocimiento del daño que traje a tu vida, me arrepiento de tantas cosas, créeme que hubiera amado más que nada en el mundo, poder dar paseos contigo, salir para acompañarte con tus amigos, hablar con mis padres para convencerlos de llevarte a mis fiestas, jugar en una consola por horas, hacer test extraños por internet, practicar algún deporte, compartirte lo que hice en el día, escuchar lo que tú hiciste en el tuyo.

Ahora, ya no puedes regresar, esta vez no fui yo el que pintó la línea, fue el destino y lo que me queda de ti, son estos episodios amargos donde siempre tuve oportunidad de mejorar como tu hermano y no lo hice, eso y nuestra última charla, la interacción final debajo del puente donde siempre veo tu sombra.

Espero puedas perdonarme desde donde estés.

2 de febrero 2013

Sigo viniendo a este lugar y ahora escribo esto sentado en la misma banca donde toqué tu pelo por primera vez.

Álex, sí me gusta este puente.

Gracias.

SUEÑO REMOTO

Ex claustro de Santa María de Gracia

Thaily Ailed Sánchez

Dicen que nuestro pasado siempre nos acecha, que es como un fantasma que toda la vida nos persigue. Dicen que debemos dejar que el pasado sea el pasado, pero ¿y si el pasado no nos deja convertirlo en la memoria del futuro? Dicen que el pasado es lo que recordamos, lo que imaginamos recordar, pero ¿qué tal si el pasado nos convence en no dejarlo ir? El pasado siempre está presente.

Aquel día había comenzado como cualquier otro: la alarma programada a las seis de la mañana, el olor a avena y café, me coloqué mi chamarra favorita y preparé mi mochila. Salí de mi casa para tomar el tren de la línea tres. Llegó después de diez minutos de espera y un par de decenas de miradas adormiladas con destellos de esperanza abordaron al mismo tiempo que yo.

Cinco estaciones. Veinte minutos de camino.

“Estación Ávila Camacho”, dijo la voz proveniente de las bocinas.

Tres estaciones más.

“Estación la Normal”.

Vagones que trasladaban sueños silenciosos sobre la ruidosa mañana.

“Estación Santuario”.

Voces de pasos iban y venían al son de una sinfonía rota.

“Estación Guadalajara Centro”.

El efecto hechizante del tren se desvaneció y salí de él segundos antes de que las puertas se cerraran. Subí y subí, el laberinto de escaleras parecía infinito. Unas cien escaleras más y por fin dejé atrás ese mundo escondido.

El sol salía, su resplandor apenas superaba la altura de la parroquia del Sagrario Metropolitano. Dejé la plaza de armas atrás y continué por el camino de jacarandas que sus hojas verdes comenzaban a despertar con los rayos del alba. Y los boleros, al igual que los árboles, se encontraban en fila a lo largo de la plaza de la Liberación, esperando transeúntes con la cera y el cepillo de crin a un lado, y el pañuelo y el betún en el otro. Pasé frente aquella emblemática construcción de estilo neoclásico, dejando unas cuantas e insignificantes pisadas más que se sumaron a la historia de su existencia.

Una cuadra después llegué a la escuela. Las mentes creadoras comenzaron a llegar y ya no se sentía tan sola como lo parecía por fuera. Alumnos por todos lados. Un nuevo semestre comenzaba.

Mi primera nueva clase se llamaba “laboratorio fotográfico blanco y negro básico”. Un comienzo en el revelado de fotografías análogas. El aula estaba en el segundo piso, en medio de un patio lateral del claustro donde desfilaban todas las personas.

8:00 am.

Entramos al aula, el cual era un cuarto oscuro, y la única luz permitida era la roja. Esta provenía de unos focos a lo largo y ancho del techo. El profesor hablaba sobre la introducción del curso, los objetivos de la clase y los materiales que necesitábamos, sobre todo de las precauciones y medidas de seguridad, ya que se hacía uso de diversos químicos para revelar las fotografías.

9:35 am.

Luego de un recorrido en el cuarto oscuro y una gran explicación sobre este mismo, se terminó la clase. Era temprano como para ir a mi siguiente clase, aún faltaban un par de horas para que comenzara. Podría haber ido a caminar por el primer piso o explorar la terraza del tercero, no sabía qué hacer, ni siquiera conocía a nadie más; ni en la escuela ni en toda la ciudad en general. Siendo concreta, solo llevaba un par de semanas viviendo en la ciudad, en esa enorme y laberíntica ciudad.

¿Qué más daba explorar un nuevo lugar por mi cuenta?

Metí la mano en mi mochila para tomar mi celular y ver de nuevo la hora. No estaba. No había rastro de él en ninguna bolsa. Era posible que lo hubiera olvidado en el aula, así que regresé por la misma ruta por donde había caminado y entré de nuevo.

Estaba en completo silencio, solo unas cuantas gotas cayendo a lo lejos haciendo eco, como si la humedad rebotara por los muros rojos tenues e intentaran decir algo. Como si las dimensiones del cuarto se hicieran pequeñas y trataran de tocarme, de aplastarme...

Busqué lo más rápido que pude y en cuanto vi mi celular en una de las mesas salí corriendo. Fue extraño, tal vez me mareé, solo necesitaba conseguir un poco de agua y me sentiría mejor. Salí tan apresurada que apenas había prestado atención por dónde caminaba, o, mejor dicho: en dónde estaba.

Bajé al primer piso, en el pasillo que rodea el patio del edificio, cerca de la entrada. ¿No era el mismo?

No.

Los murales, las plantas en esas macetas enormes, los baños y los molinetes de metal de la puerta de entrada ya no estaban. Traté de calmarme, seguro seguía mareada. Me acerqué a la multitud que había en el centro del patio, ellos podrían saber qué estaba pasando.

¿O... ellas?

Eran monjas y muchas chicas jóvenes que rondaban la misma edad. Al parecer estaban anotando algo en los papeles que tenían sobre tres mesas alineadas iguales.

Sabía que no tardaría mucho tiempo en entrar en pánico, pero traté de pensar razonablemente: tal vez abrí la puerta equivocada cuando trataba de salir del cuarto oscuro y por accidente entré a algún otro lugar. Sí, eso debió pasar.

Me dirigí a la puerta para salir de allí.

—Disculpe, ¿a dónde va? —dijo la voz de una mujer. Me giré y la que me habló fue una de las monjas. —¿Y qué hace vestida así?

—Lo lamento, entré por accidente, creí que aquí era la universidad —dije.

—¿Universidad? ¿Señorita, de qué está usted hablando? —preguntó confusa mientras analizaba mi vestimenta de arriba a abajo.

—Sí... El CUAAD, ya sabe, es el Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño. En realidad, luce muy parecido a este lugar: con un enorme patio cuadrado en el centro.

Pero, por más obvio que lo dijera, la mujer me absorbía con su grandísima confusión una y otra vez.

—¿Se refiere a la que está cerca del templo del Santísimo Sacramento?

—No, no. Ese lugar es la rectoría de la UdeG.

No, ni una pizca de que me hubiera entendido.

—Bueno, sea como sea, señorita, tiene que vestirse más adecuada con las prendas que le daremos una vez se registre: por allá —señaló con su mano las mesas que estaban en el patio.

—¡Hum!, ¿registrarme para qué? —yo solo quería salir de ahí y buscar mi escuela.

—Hoy se unen nuevas integrantes al convento, y es importante tener registro de todas, incluso de la servidumbre.

La que ya no comprendía nada, era yo.

Me encaminó al centro del patio.

—¿Cuál es tu nombre? —me preguntó la monja que estaba sentada detrás de la primera mesa a la izquierda.

—Elisa Carrillo— solté apenas audible.

Me preguntó varias cosas más y luego me entregó unas prendas de ropa, lo que parecía ser un tipo de uniforme.

—Ya que están todas registradas —, dijo una monja— a cada colegiala se le asignará una fámula. Estas siempre las acompañarán en todo momento, les servirán como apoyo para sus actividades diarias. Su único deber y preocupación será dedicar su tiempo al rezo y a la devoción. Ahora bien, les diremos quién será su fámula a cada una de ustedes, nuestras nuevas colegialas —seguido de esto comenzó a decir nombres que yo apenas escuchaba. Estaba sumida en mis pensamientos.

¿Monjas, colegialas, fámulas? ¿Qué no este tipo de lugares se habían prohibido en el país hace más de cien años?

Podía ser que aún existía alguno ahí y la mayoría no sepa de su existencia, después de todo Guadalajara formó parte de la Nueva Galicia. Estaba convencíendome de que así fuera.

—¡Elisa Carrillo! —Mis pensamientos se esfumaron al instante—. Tu acompañante será Catalina— al parecer yo era la última de la lista.

—Muy bien, señoritas. Ahora que el registro está completo, sus acompañantes las guiarán a sus cuartos y les darán un pequeño recorrido por el lugar— dijo otra de las monjas—. Ellas asistirán a cualquier necesidad suya. Nos vemos mañana antes de que salga el sol aquí mismo para dar comienzo a sus tareas.

Las monjas comenzaron a recoger los papeles y las mesas, mientras que las demás chicas se dispersaron por todo el lugar.

—Buenas tardes, yo soy Catalina —dijo una chica acercándose a mí—, me asignaron a ti para ser tu asistente.

No parecía muy mayor que yo, casi aseguraría que teníamos la misma edad. Además, su estatura no diferenciaba casi nada de la mía. Si era de mi edad podría comprenderme más que la monja a la que le había preguntado antes sobre mi escuela.

—Mucho gusto, yo soy Elisa —le sonreí.

—Bien, sígueme —dijo dirigiéndose hacia las escaleras.

—Espera, yo no debería estar aquí. ¿Sabes cuál es la salida?

—¿Quiere... salir? —preguntó extrañada—. Eso no está permitido, una vez dentro ya no puede.

—Bueno, ¿pero por qué?

—Señorita, en serio no puede, y si lo intenta será castigada por las monjas mayores. Le aseguro que no quiere eso —dijo mirándome con preocupación.

¿Por qué no podía irme?

¿Qué estaba pasando?

—Escucha, de verdad no tengo ni la menor idea de qué es lo que está pasando, ni siquiera sé en dónde estoy— si de un sueño se trataba, yo ya quería despertar.

La chica frente a mí se limitó a mirarme con más extrañeza aún, y luego me indicó en voz baja, casi inaudible:

—Sígame —me tomó de la mano llevándome a un cuarto en el segundo nivel. Me indicó que me sentara en una silla, pero antes de hacerlo ella también cerró la puerta asegurándose que nadie nos hubiera visto entrar—. Bien, ahora cuéntame.

Y así lo hice. Le conté todo sobre este día: desde que me desperté hasta cuando aparecí como por arte de magia en este lugar. Aunque parecía que ella no me creía ni una palabra. Pero, cuando fue el turno de ella de explicarme en dónde estábamos, yo era la que no le creía a ella.

—Este lugar, estamos en el Convento de Santa María de Gracia —no era posible, ¿o sí? —. ¿Eso era lo que quería saber?

—¿Y en qué año dices que estamos? —pregunté aun tratando de procesar la información anterior.

—Primero de septiembre de 1866 —mismo día que cuando estaba en la escuela, pero ciento cincuenta y seis años de diferencia.

Eso significaba que me encontraba en el mismo lugar, en mi universidad muchísimo antes de que se convirtiera en ella. Fue como si hubiera viajado en el tiempo. ¿Cómo podría haber sido posible eso?

—No creo que nada de esto sea real, tal vez solo estoy soñando —afirmaba más para mí misma.

—Bueno, yo creo su historia, y usted podría considerar creer la mía. Parece justo.

Era cierto, ella debía estar tan desconcertada como yo. Dos historias, dos personas de dos tiempos distintos, dos pares de ojos perdidos en la marea de la reflexión.

Permanecimos así, en silencio, por un par de horas. Nos mirábamos sin decir nada. Caminábamos en círculos por el cuarto sin decir nada. Pensábamos sin decir nada.

—Si quiere salir de aquí —hizo una pausa—, disculpe el atrevimiento, pero tendrá que hacer lo que le diga.

—Por supuesto —ella era la que conocía el lugar en... este tiempo.

—Aunque tendrá que esperar doce días, si es que todo sale bien.

—Espera, no, no; no comprendes. Tengo que irme ahora mismo.

—Escuche —dijo casi en un susurro—, le aseguro que es su única oportunidad. Confíe en mí, ese día las madres asistirán a un espectáculo; y sin ellas a la redonda, podrá salir de aquí.

No me quedaba otra opción.

Así pues, comencé con la rutina al día siguiente: reunidas todas en el patio, las monjas nos dieron lo que parecía un itinerario escrito a mano. Ahí estaba cada actividad a realizar cada día y los horarios para reunirnos en el refectorio.

Divididas en pequeños grupos, nos llevaban a diferentes áreas del convento donde realizábamos diversas actividades. Pero, dedicábamos la mayor parte del tiempo al rezo y devoción aprendiéndonos oraciones. Resistía y hacía lo que las demás solo para seguir con el plan de Catalina; solo para poder salir de ahí.

Las actividades que realizaba fuera de las horas de rezo eran: preparar platicillos, dulces y bebidas típicas; la costura y la jardinería. Esta última era la única que disfrutaba, era la única que calmaba mi ansiedad y me traía algo de paz, además de que eso implicaba pasar las últimas horas del día en el tercer piso regando o arreglando las plantas del lugar, especialmente las flores. Había de cualquier tipo de flor: rosas, flor de tigre, flor de corazón, flor de manita, y otras tantas que no había visto antes. Allí arriba era un mirador a la ciudad; se distinguía la lenta y antigua vida: las farolas iluminando las calles, se escuchaba el galope de los caballos por las calles empedradas, a personas caminando entre sombras y silencio, y otras cuantas platicando bajo el efecto del atardecer.

—¿Cuál es tu sueño? —Solté de repente.

—¿Mi sueño? —Catalina me miró de la misma forma que la primera vez que me vio.

—Sí, lo que quieres hacer en el futuro, tu futuro.

—No lo sé —parecía triste—. No sé si pueda decidirlo yo, estoy atrapada aquí.

—Podemos escapar juntas —era una gran idea.

—Claro —sonrió, no feliz, no. Era más como un tipo de sonrisa de las que ocultan lo que nos da miedo mostrar.

—Claro —repetí—. Por cierto, llámame, Elisa.

Permanecemos así, mirándonos como si con la mirada comprendíamos todo en absoluto. Sintiendo el frío de las estrellas y la calidez del viento.

La mañana siguiente continuamos con las actividades a realizar de manera usual, como los pasados once días. Después de horas y horas de rezo, entramos al refectorio a comer. Faltaba poco para que el sol cayera. Faltaba poco para salir de ese lugar.

—Mira, las madres se dirigen a la puerta —Catalina vigilaba por la ventana del cuarto—, significa que ya va a comenzar el espectáculo.

—¿Qué espectáculo?

—Van al teatro. Las escuché hablar un día cuando estaba yo en la cocina recogiendo su almuerzo, mencionaron algo sobre el estreno y un espectáculo llamado “Lucia di...”, algo.

—¿Lucia di Lammermoor?

—¡Sí! Justo eso —no podía creer que estaba en el día en que se estrenaba el teatro Degollado.

Acto I.

Una vez que todas las demás chicas se habían dormido, comenzamos a empaquetar cosas que habíamos escondido debajo de nuestras camas: un poco de comida que Catalina tomó de la cocina a escondidas, ropa limpia, un par de libros y unas cuantas monedas.

Acto II.

Salimos al claustro a esperar que las cocineras terminaran de limpiar la cocina para luego regresar a sus cuartos.

El claustro que era el patio principal se comunicaba con todos y cada uno de los espacios y salones del edificio, desde cualquier nivel se podía observar el movimiento del otro. Desde donde estábamos escondidas se observaba la sala capitular, el templo y las celdas.

Acto III.

Había llegado la hora. Bajamos con tal sigilo que nuestras pisadas eran inaudibles. Atravesamos las celdas y la cocina. Ya casi salía, ya casi despertaba de este sueño.

—Bien, llegó el momento de despedirnos —dijo Catalina mientras abría con mucho cuidado la puerta.

—¿Te quedarás?

—Solo mientras figuro cuál es el futuro que quiero —sonrió—. Mientras despolvo los sueños que alguna vez tuve.

Antes de dar un paso fuera, le pregunté:

—¿Cómo sabré si esto fue real o tan solo un sueño?

—Busca mi mensaje en tu lugar favorito.

Me di la vuelta y me adentré en la oscuridad de la calle. No veía nada, ni siquiera la luz de las farolas. ¿Cómo se suponía que iba a guiarme? Necesitaba una vela, así que regresé a abrir la puerta, pero al empujarla el escenario se volvió luminoso, tanto que instintivamente cerré por completo mis ojos. Segundos des-

pués de adaptarme a ella, descubrí que estaba en la universidad, y justo afuera del salón que me había hecho imaginar todo lo anterior.

No tenía explicación. Un sueño nada más, ¿no?

“Busca mi mensaje en tu lugar favorito”, recordé muy en el fondo aquellas palabras.

El jardín.

Avancé unos metros imaginándome el jardín con sus montones de flores de cada color por todos lados. Y justo en la esquina, donde se apreciaba la ciudad y las noches pasaban lentas y tranquilas, sobre el muro de piedra se hallaban talladas palabras que tenían todo el sentido de los silencios pasados:

“Estrellas

cielo

mar

y

amor,

libres sean”.

ACERCA DE LOS AUTORES

Silvia Quezada

Nació en Guadalajara, Jalisco, en 1957. Es doctora en humanidades y artes. Dirige la revista *Ahuehuate* del Seminario de Cultura Mexicana, corresponsalía Guadalajara, así como el programa de radio del mismo nombre en el Sistema Jalisciense de Radio y Televisión. Pertenece a la Benemérita Sociedad de Geografía y Estadística del Estado de Jalisco, forma parte del Ateneo ARS y del consejo de redacción de *Periplos*, revista del Centro Guadalajara del PEN Internacional. Ha publicado diecinueve libros individuales.

Adán Madrigal

Violinista y compositor, nacido en Guadalajara, Jalisco. Licenciado en Artes por parte de la Secretaría de Cultura, ha participado en numerosos proyectos musicales, de danza, teatro y *performance*, así como en diversas orquestas sinfónicas y ensambles de cámara. Es integrante de El Cuervo de Poe, banda mexicana de metal alternativo. Su trayectoria como compositor incluye la musicalización de cortometrajes, videodanzas y obras multimedia. Es egresado de la Licenciatura en Escritura Creativa de la Universidad de Guadalajara y lleva a cabo proyectos que involucran tanto el sonido como las letras, en su inquietud por explorar las relaciones artísticas interdisciplinarias.

Carla González Arellano

Nació el 28 de diciembre de 2003 en Guadalajara, Jalisco, es estudiante de la Licenciatura en Escritura Creativa de la Universidad de Guadalajara. Ha realizado trabajos individuales para la elaboración de textos museográficos en la galería del Apartamento, con la obra de María José de Simón titulada “El

equilibrio entre lo inaudito y lo excepcional”. Actualmente, se interesa por el género de la narrativa, en la escritura de cuentos y la literatura mexicana.

Dacara

Daniela Castro Rangel nació el día 22 de noviembre de 2001 en Guadalajara, Jalisco. Es estudiante del sexto semestre de la carrera de Escritura Creativa, en la Universidad de Guadalajara. “Oscuridad roja” es su primera publicación.

Fa Padilla

Fátima Nohemí Padilla Ruiz nació en Guadalajara, Jalisco, el 14 de septiembre de 2002. Actualmente, es estudiante de la Universidad de Guadalajara en la carrera de Escritura Creativa. “Llena eres de gracia” es su primera publicación, en la que trata uno de los temas más recurrentes en su escritura: la religión. Otros temas de su interés son el feminismo, las maternidades y ser humano y sus dinámicas sociales, en los cuales explota las posibilidades en la poesía y la narrativa.

Fernanda De La Mora

Estudiante de la carrera de Escritura Creativa en la Universidad de Guadalajara. Fanática de las novelas de fantasía, la poesía y la magia, con un libro en mano acompañándola allá donde va. Empezó a inmiscuirse en la literatura, siendo escritora por *hobby* desde una edad muy temprana; hoy en día, dedicándose a ello como mero oficio, participa con este trabajo, que se convierte en su primera publicación.

Fernanda Ruiz

María Fernanda Ruiz Estrada, nació en Guadalajara, Jalisco, el 26 de abril de 2001 y es estudiante de Escritura Creativa en la Universidad de Guadalajara. “Líbranos del mal” es su primera publicación, inspirada en temas que tienen relación con el género de la ciencia ficción y con el interés de mostrar la naturaleza del ser humano en su máximo esplendor.

Georgette Yañez

Autora de pequeños escritos, poemas y algunos cuentos, nació el 18 de enero de 2002 en Zapopan, Jalisco. Su primera publicación fue de parte del concurso «El Joven Gran Escritor 2019» a sus diecisiete años, con el cuento “Virus Proxy”, que resultó ganador. En busca de mejorar su técnica, cursa la Licen-

ciatura en Escritura Creativa, pues sabía que no hay nada que la alegre más que escribir.

Helena de la Peña Llamas

Nació en Durango, en 2001, y es egresada de la Licenciatura en Escritura Creativa de la Universidad de Guadalajara. Algunos de sus textos se han publicado en *Tiempo de mujeres: calendario literario* de La Zonámbula (2022); en *Hestia*, revista del colectivo literario Las Sin Sostén (2023); en la edición de otoño de 2023 de la revista *Hipérbole Frontera* y en ediciones de *La Gacetita* de la UdeG (2023). Además, produce y conduce *Libros para llevar*, un *podcast* de literatura contemporánea.

Iago Ferrer

Actor y escritor interesado en la narrativa y los diferentes medios en los que se difunde, y fascinado por la creación de personajes. Nacido el 9 de mayo de 2002 en Barcelona, España. Es estudiante de la carrera de Escritura Creativa en la Universidad de Guadalajara.

Sara Pendragon

Sarahí Navarro Tovar nació en Guadalajara, Jalisco. Su familia ha apoyado moralmente su crecimiento en la escritura y, a pesar de las dificultades económicas, le ha facilitado sus primeros acercamientos al arte y al aprendizaje, desde la infancia. Sara disfruta de las buenas historias en cómics, anime, series y películas. Al escribir, tiende a inclinarse hacia la literatura fantástica, pero le agrada leer un poco de cada género y disfruta especialmente narrar cuentos de horror.

Luis Antonio Pulido

Estudiante de la Licenciatura en Escritura Creativa en la Universidad de Guadalajara. Creció en Chapala, lugar donde nació su amor por escribir y contar las historias que desde niño escuchó. En esta antología presenta su obra “Bajo la lluvia”, inspirada en el anecdótico Café Madoka.

Marisela Valdez

Marisela Ornelas Valdez es una escritora mexicana que nació en Guadalajara, Jalisco. Estudia la Licenciatura en Escritura Creativa en la Universidad de Guadalajara. Se ha visto inspirada por escribir novela, cuento y dramaturgia

en los géneros de horror, fantástico y realismo mágico. Su cuento “La Sombra” es su primera publicación.

Mel Ramírez

Nació el 15 de febrero de 2003 en Monterrey, Nuevo León, y es estudiante de Escritura Creativa en la Universidad de Guadalajara. “La banca del parque rojo” es su primera publicación. Le gusta escribir historias de mundos fantásticos e inspirarse de sus autores favoritos y de las personas que la rodean.

Miguel Ponce

Miguel Ángel Ponce Argüelles nació en Guadalajara, Jalisco, el 19 de septiembre de 2001 y es estudiante de la Licenciatura en Escritura Creativa. El cuento “Raíces” es su primera publicación, cuya producción está orientada hacia la poesía y la narrativa.

Slofa

Sheyla López Facio nació el 9 de agosto de 2002 en Guadalajara, Jalisco. Actualmente, es estudiante en la carrera de Escritura Creativa en la Universidad de Guadalajara. “Ausencia en espera” es su primera publicación y entre sus intereses literarios principales se encuentra la narrativa.

Thaily Ailed Sánchez

Es estudiante de la Licenciatura en Escritura Creativa. “Sueño remoto” es su primera publicación. A pesar de que ama capturar la vida con poesía, le gusta aventurarse en el misterio de los demás géneros.

Raíces.

Guadalajara como espacio narrativo
se terminó de editar en noviembre de 2023

en Editorial Página Seis, S.A. de C.V.,

Teotihuacan 345, Ciudad del Sol,

C.P. 45050, Zapopan, Jalisco.

Tels. (33) 3657-3786 y 3657-5045,

<www.pagina6.com.mx>, <p6@pagina6.com.mx>.

La edición consta de 1 ejemplar.

Diagramación y corrección: Felipe Ponce y Elizabeth Alvarado.

Las ciudades cobran una especial importancia en la novela, son los espacios de convergencia de los personajes, los escenarios sutiles donde se desarrollan las acciones, los paisajes de un tiempo definido y una época precisa. Guadalajara como espacio narrativo es un hecho en muchas obras contemporáneas, las cuales nos permiten disfrutar de la vista imaginaria de grandes construcciones, lugares abiertos, sitios cerrados de carácter público, colonias en la periferia, incluso de mercados y hospitales. Recrear Guadalajara es un oficio de quienes la aman.

Los jóvenes estudiantes de la Licenciatura en Escritura Creativa de la Universidad de Guadalajara se suman a las aventuras librescas en las páginas de este libro. Cada uno ha elegido su lugar favorito para imaginar historias que recrean los espacios de la zona metropolitana. Es notable la asociación que realizan en sus escritos con otras artes, así como su gusto por lo sobrenatural. Pasar la vista por los renglones mostrará a los lectores las técnicas narrativas del siglo XXI, como el tachado o los planos simultáneos.